

FEDERICO OZANAM.

UN SEGLAR

COMPROMETIDO

María Teresa Candelas Antequera (Hija de la Caridad)

La Milagrosa, Madrid, 1997

PRESENTACION

Jesús les dijo otra vez: "La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envió" (Juan 20.21)

Durante su larguísima y fecunda historia al servicio de los seres humanos, de su salvación, entendida esta última como entera, completa y no únicamente espiritual, la Iglesia extendió el mandato de Cristo que precede a estas líneas, no siempre del mismo modo.

Ciñéndonos a los últimos tres siglos de su historia, que son los que realmente interesan a la intención de presentar este importante texto de Sor María Teresa Candelas, H. C., el vuelco en su interpretación eclesial es realmente formidable. Efectivamente, de una misión que se entiende en la práctica como vinculada exclusivamente a aquellos que han dedicado su vida a seguir los consejos evangélicos con la intensidad de la consagración, el Concilio Vaticano II vuelve a las raíces mismas del Evangelio y nos recuerda que es misión de todos aquellos que, a través del Bautismo, hemos recibido el sacerdocio común y real de Cristo afirmando: *"...incumbe a todos los laicos colaborar en la hermosa empresa de que el divino designio de salvación alcance más a más a todos los hombres de todos los tiempos y de todas las tierras. Ábraseles, pues, camino por doquier para que, a la medida de sus fuerzas y de las necesidades de los tiempos, participen también ellos, celosamente, en la misión salvadora de la Iglesia"* (Constitución Dogmática Lumen Gentium 33).

Varios siglos atrás, San Vicente de Paúl irrumpe en la vida de la Iglesia suscitando una conmoción profundísima. La visión del Cristo pobre y abandonado, servido desde la secularidad que, aun asumiendo votos anuales, es una auténtica revolución en un mundo que no concebía, en la práctica, la acción de la Iglesia, mas que a través de los sacerdotes (seculares o regulares), ni otra fórmula de vida religiosa femenina que aquella protegida por los muros del claustro. El nacimiento de las Hijas de la Caridad, con aquel espíritu que resumía así San Vicente: *"las Hijas de la Caridad no son religiosas sino personas que van y vienen como seglares..."*, supuso un paso de gigante en una concepción de la

responsabilidad de los laicos en la vida de la Iglesia, que retomaría más tarde Federico Ozanam, ya en el siglo XIX, para ser plenamente confirmada su validez y necesidad a la universalidad eclesial, en el Concilio Vaticano II.

De este importante servidor de la Iglesia, Federico Ozanam, escribe una Hija de la Caridad. Las páginas que siguen a continuación, son el resultado de años de trabajo, también de enamoramiento de Federico y de todo lo que él representó, de una hermana de aquella Sor Rosalía Rendu H.C., sin cuya existencia difícilmente se comprendería la historia de las "Conferencias de San Vicente de Paúl" que Federico y sus compañeros fundan en el París de 1833 y que hoy son, posiblemente, el movimiento organizado católico más importante del mundo.

De Federico Ozanam, catedrático, político, padre de familia, seglar comprometido, profundo convencido de la misión de los laicos en la Iglesia, el Padre Jaime Corera C.M. ha escrito: "*...que el original espíritu vicenciano podía ser adaptado con cierta facilidad a los cambios radicales de la historia, lo prueba hasta la saciedad el caso de Federico Ozanam. El suyo nos parece el único intento serio llevado a cabo de adaptación afortunada del original espíritu vicenciano a un tiempo social e histórico muy diferente del que le tocó vivir a San Vicente.*" De él, de Federico, tratan las páginas a las que quieren servir de presentación estas líneas. Cuando el lector las recorra, le sugiero que las saboree despacio. Que intente situarse en la época histórica que sirve de marco a la vida de aquellos jóvenes fundadores. Pues, si bien Federico es el principal de ellos, de los fundadores, Sor María Teresa nos deja abierto un campo amplísimo en el que se adivina la acción del Espíritu en un grupo eclesial que, en aquella época, no era desde luego "al uso:" Tendrán aún que pasar muchos años, como antes señalé, para que al menos desde el pensamiento y la regla escrita, la Iglesia admita la posibilidad dinámica de la responsabilidad de los laicos en su vida y escriba líneas tan exigentes en ambas direcciones: hacia la jerarquía y hacia los seglares, como las más arriba citadas de la Constitución Dogmática.

Del deber de los seglares como evangelizadores y no únicamente como sujetos pasivos de evangelización.

Aquel grupo de cristianos comprometidos con su tiempo, con visión profética de su responsabilidad eclesial, recorre todos los campos con su actuación y, singular mente, Federico Ozanam. Hasta tal punto profundiza éste en su denuncia, denuncia de cristiano, que la autora escribe en las páginas que siguen: "*...este artículo podría catalogarse dentro de los sermones de un clérigo...*" Se refiere al escrito por Federico bajo el título "A las gentes de bien" (publicado en L'Ere Nouvelle, el 15 de septiembre de 1848), que sin duda habría de ser un importante revulsivo para la sociedad de su época.

Aquel grupo de intelectuales cristianos, de cuyo esfuerzo intelectual nacería el Instituto Católico de París, fue capaz de entregarse con responsabilidad, a la cooperación directa en la Historia de la Salvación.

Cuando hoy el mundo sigue caminando y colaborando en la misma historia salvífica, se hace necesario presentar personas no consagradas, mujeres y hombres, de un talante tal que, al margen de su estado civil y profesional, sin reduccionismos, sean capaces de entregarse y contribuir a tan hermosa misión, sintiéndola suya, haciéndola suya y en plena comunión de oración y acción con sus pastores. Potenciando al máximo toda la riqueza de la Iglesia, para decir a los hombres que Dios los ama.

Lo hace perfectamente Sor María Teresa Candelas H.C. al escribir sobre Ozanam. Por ello, a todas las personas de buena voluntad, a todos los que siguen creyendo en la capacidad del hombre para ser mejor cada día, a todos los que tienen a Cristo como modelo de vida, les

auguro una feliz lectura. Una lectura que será también oración en el literal sentido de elevar el alma a Dios pues, hablando de Federico, Dios está continuamente presente. En particular, los seglares comprometidos, encontrarán un texto que les abrirá nuevos caminos y convertirán en libro de consulta frecuente.

José Ramón Díaz-Torremocha VIII Presidente de la *Sociedad de San Vicente de Paúl* en España

PRÓLOGO

El Sínodo de los Obispos celebrado en Roma en octubre de 1987 bajo el lema *"Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo a los veinte años del Concilio Vaticano II"*, juntamente con la Exhortación Apostólica postsinodal *"Christifideles laici"* (los fieles laicos) de Juan Pablo II (1988), ha constituido un nuevo impulso del laicado en la Iglesia, actualizando la preocupación conciliar por esa rama del árbol eclesial, los seglares. En esta corriente de revitalización y valoración del laicado se inserta este estudio síntesis sobre la vida y obra de Federico Ozanam, escrito por Sor María Teresa Candelas.

La Exhortación de Juan Pablo II señala, juntamente con aspectos positivos, algunas tentaciones que han acompañado al florecimiento del laicado desde el Concilio. Y entre otras: "una práctica dejación de sus responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político; y la tentación de legitimar la indebida separación entre fe y vida, entre acogida del Evangelio y la acción concreta en las más diversas realidades y terrenos:" (Ch. L. 2).

A través de la lectura de este estudio biográfico sobre Ozanam se descubre que este fiel laico supo vencer la tentación de separar fe y vida, fe y cultura, fe y compromiso social. "Soy de la Iglesia y de la Universidad..." "Que la caridad complete lo que la justicia por sí sola no puede realizar." Son dos convicciones de Ozanam que revelan un espíritu que vibra y se empeña con su fe y su profesión, con la cuestión social y con la moralidad exigida ante toda reforma de estructuras. Similar camino es el que señala Juan Pablo II a los laicos de hoy.

No se trata de esa pretendida manía latente y patente en muchas biografías sobre personajes históricos a los que se presenta como precursores de corrientes actuales de pensamiento y acción. Se trata más bien de constatar y resaltar que en la historia del cristianismo ha habido creyentes que vivieron su fe en medio del mundo, y que el laico cristiano de hoy no puede vivir esa misma fe sin estar inmerso en las realidades contemporáneas, distintas, sin duda, a las anteriores, lo cual conlleva modos de pensar y de actuar también distintos. Ese es el dinamismo evangélico de la fe. Eso es lo que Juan Pablo II pide a los laicos cristianos hoy: "Nuevas situaciones, tanto eclesiales como sociales, económicas, políticas y culturales reclaman hoy con fuerza muy particular la acción de los fieles laicos. Si el no comprometerse ha sido siempre algo inaceptable, el tiempo presente lo hace aún más culpable. A nadie le es lícito permanecer ocioso:" (Ch. L. 3).

Efectivamente, la autora nos presenta al creyente Ozanam plenamente inmerso en el contexto político, social y eclesial del turbulento siglo XIX francés, viviendo su fe ilustrada y militante, combativa a veces, implicando su pensamiento y acción tanto desde la cátedra universitaria y las diversas publicaciones como a través de las organizaciones que fundó y animó.

Sor María Teresa proyecta en este trabajo académico lo que ella es: una Hija de la Caridad, profesora de Historia y catequista de jóvenes. Y una intención: que los jóvenes de hoy también venzan la tentación de vivir la fe al margen de la historia presente. Porque también es consciente de que esa sigue siendo una fuerte tentación para muchos laicos cristianos, para el laico vicenciano en concreto. Ozanam es un testigo que puede iluminar el cómo vencerla.

Como Hija de la Caridad la autora es consciente de la responsabilidad que le incumbe en la animación del laicado vicenciano. Este trabajo es su aportación práctica a esa animación. La figura polifacética de Federico Ozanam aparece lógicamente vinculada con el espíritu de

Vicente de Paúl. En el modo de comprender a Cristo y al pobre, la riqueza y la pobreza, la cercanía en el estar y situarse ante los pobres, la justicia y la caridad, etc., resuena el espíritu vicenciano. No en vano le declaró patrono de la Sociedad que fundó y que puso bajo su advocación, las "Conferencias de San Vicente de Paúl:" Como tampoco fue en vano el encuentro y el trato en colaboración de Ozanam y sus compañeros con Sor Rosalía Rendu, Hija de la Caridad.

Deseo que esta publicación de Sor María Teresa colabore al esfuerzo de "aggiornamento" en el que está empeñada la Sociedad que fundó Ozanam, las "Conferencias de San Vicente de Paúl:" Una permanente reflexión sobre la vida y acción de su fundador y la lectura simultánea de los signos de este tiempo son el camino trazado por el Concilio para toda auténtica renovación. La incorporación de nuevas generaciones con un fino sentido de justicia y caridad, de compromiso social con los marginados, de un voluntariado cristiano inspirado en Vicente de Paúl, a lo Federico Ozanam, con un amor sincero a la Iglesia comunidad de servicio y pueblo de Dios encarnado en el mundo, impulsará a las "Conferencias de San Vicente de Paúl" a vivir su condición de laicos cristianos en y para el mundo de hoy.

Fernando Quintano, C. M. *Director General de la Compañía de las Hijas de la Caridad*

INTRODUCCIÓN

Federico Ozanam ha sido examinado obteniendo una calificación "cum laude". Un examen total sobre el amor, sobre Dios encarnado en los pobres, los hambrientos, forasteros, enfermos, encarcelados... (Mt. 25). Como un excelente discípulo de Jesús, actuó siempre en consecuencia, conformando su vida a las exigencias del Reino. En el amor gratuito y universal, hacia los más pequeños, vivió una relación vital con el Cristo sufriente.

Por este motivo, el Papa Juan Pablo II ha querido honrarle aupándole a los altares. Una vez reconocidas sus virtudes heroicas, nos invita a descubrir, en este siervo de Dios, su personalidad y su Obra y nos lo propone como modelo de vida cristiana.

Efectivamente, es una figura ante la cual hay que descubrirse. A medida que se profundiza en sus escritos, su vida, su obra, se advierte una personalidad exquisita y noble que atrae y cautiva. Alma sensible a la Verdad, la belleza, el bien... Se le ama desde el primer momento.

De vez en cuando se necesita desempolvar y exhibir modelos de identidad:

- Que nos descubran, con su ejemplo, la importancia del actuar humano.
- Que nos permitan sobrevolar las mezquindades y divergencias de pareceres.
- Que nos hagan descubrir, en ellos, instrumentos de Dios, el cual mueve los hilos de la transcendencia del tiempo y de la historia.
- Que somos hombres y no máquinas, con un destino eterno, llamados a colaborar con Dios para hacer un mundo más justo y más humano sobre la mediocridad y el marasmo en que la materia nos envuelve.

En definitiva, hombres que, con su ejemplo, nos lleven a un vivir sin traumas, sin amarguras, sin espantos y desalientos ante las contrariedades y desgracias de este mundo, para que, siguiendo sus pasos, podamos llegar a ser testigos del amor de Dios a los hombres, infundiendo alegría, amor y esperanza.

Federico Ozanam fue en su día una voz arrebatada y profética ante una multitud desorientada. Precursor de un quehacer laico en una Iglesia estancada por el paso de la "revolución" y que él, en su amor hacia ella pretendió iluminar cual ardiente antorcha que se eleva hacia lo alto. Fue un hombre de gran hondura espiritual, pleno de amor a Dios, sin superficialidades ni incoherencias. Ecuánime en la juventud, sensato en la madurez, responsable en sus estudios y en la universidad y muy cariñoso con los amigos y en la intimidad del hogar. Cristiano consciente y comprometido, supo hacer valer sus convicciones en cualquier ambiente de la vida por muy hostil que se presentara. Apareció como un "injerto" en el árbol revolucionario que Vicente de Paúl plantara en el siglo XVII, contribuyendo así, con una "nueva rama", al crecimiento de la familia vicenciana. Y esto, en un momento histórico en que la Iglesia y la misma Familia de Padres Paúles e Hijas de la Caridad, estaban ocupados en replantearse, en términos "nuevos", su nueva Misión y a definir "su lugar" en la sociedad que se estaba gestando. La Revolución Francesa había acabado, sumariamente y por decreto, con la Congregación de la Misión, la Compañía de las Hijas de la Caridad y las Damas de la Caridad. A principios del siglo XIX, también por decreto, volvieron a ser restituidas, tanto la Congregación de los Padres como la Compañía de las Hermanas, no así las Damas, que tardaron más de medio siglo.

Es en este espacio cuando aparece en la historia Federico Ozanam. Con una gran preocupación por el devenir histórico, en todos los aspectos, sobre todo en lo que concierne a la "cuestión social:" Ante todo y sobre todo le preocupan los problemas surgidos de la incipiente revolución industrial que afecta, más particularmente, al sector marginal de la sociedad: el proletariado. Con visión de futuro se planteó la necesidad de reestructurar

nuevos conceptos de trabajo, salarios, asociacionismo obrero, preconizando la "lucha de clases" que más tarde esgrimirían voces socializantes. Frente al pensamiento de Marx y de otros socialistas, Ozanam aparece como "colchón amortiguador" entre las dos clases antagónicas intuyendo el futuro de la lucha de clases que se avecinaba (Curso de Derecho Mercantil de Lyon, 1839): "...los dos campos son éstos: de una parte los productores o los empresarios, y de otra, los trabajadores, la parte laboral... Es necesario reconciliar los intereses respectivos de las dos partes entre las cuales se fundamenta la sociedad moderna... No es una cuestión política, es una cuestión social:"

Para ayer y para hoy, Federico Ozanam marcó unas pautas dignas de tener en cuenta: *"El primer deber de los cristianos es el de no espantarse y el segundo, el de no espantar a los demás. Al contrario, tranquilizar a los espíritus perturbados, haciéndoles considerar la presente crisis como una tormenta que no puede durar mucho. La Providencia está ahí y no se ha visto jamás que haya dejado prolongarse más de algunos meses esas sacudidas financieras que perturban el orden material de las sociedades. No nos preocupemos demasiado por el día siguiente y no nos digamos ¿qué comeremos y con qué vestiremos?. Tengamos valor, busquemos la justicia de Dios y el bien de la Patria y el resto se nos dará por añadidura..."* (Lettres, al Abate Ozanam, París, 6 mars 1848, tomo III, pág. 392).

Podríamos caer en el peligro de ver a este hombre como un "programador de ideas", sin más, pero no, a pesar de su constante preocupación insistiendo una y otra vez, hizo suya la situación de su Patria buscando soluciones concretas, humanas y cristianas en favor de los oprimidos, los obreros y los pobres. Siguiendo su ejemplo, hoy podemos tomarle como modelo, teniendo en cuenta, como él lo hizo, la situación histórica del momento que nos ha tocado vivir. Ni mejor ni peor, pero con una amplia plataforma para poder gastarnos y desgastarnos en favor de la implantación del REINO.

Madrid, 23 Abril 1997 Ma Teresa Candelas *Hija de la Caridad Provincia Santa Luisa de Marillac*

CAPÍTULO I: ALGUNOS RASGOS BIOGRÁFICOS DE FEDERICO OZANAM

I. UN GRAN PERSONAJE DEL S. XIX

La figura de Federico Ozanam ha llegado a ser emblemática por varias razones: la ascendencia que tuvo sobre los estudiantes católicos de París en los años 1831-1836, donde llegaron a "querer hacerle JEFE de la juventud católica"; la fuerte personalidad que se labró en su madurez como profesor, padre de familia y fiel amigo, y, por último, la gran impresión y emoción que suscitó su muerte prematura a los 40 años, en 1853.

A pesar de su corta vida, su obra es un monumento. Articulada en torno a un proyecto: mostrar la verdad del cristianismo y el papel de la Iglesia como fermento permanente en la obra salvadora del Plan que Dios tiene sobre el hombre. Pero como él mismo dice: *"Los tiempos cristianos no han sido siempre de oro, sino que los ha habido de hierro"*.

No siempre ha predominado la belleza, la bondad y la verdad. Ante la situación del entorno, trabajó para hacer resurgir de las ruinas una sociedad nueva.

En los albores del siglo XIX corrían distintos vientos herederos de la Revolución Francesa. Se respiraban "nuevas ideas" acerca del gobierno, la religión, la sociedad y la economía, instituciones a las que se pretendía modificar creando una nueva sociedad clasista. A este siglo se le puede definir como el siglo de las revoluciones, o mejor aún, el de las transformaciones.

Años turbulentos, de duda continua, donde, entre las mareas y grandes oleajes, era difícil saber de qué lado poder anclar. Las incipientes ideas liberales y democráticas frente a las ya enraizadas galicanas, deístas o volterianas, habían ocasionado un fuerte colapso moral y habían levantado una ola de ateísmo que, avanzando con ímpetu y violencia, pudo creerse, en su día, que ahogarían en Francia todo brote religioso.

Este será, pues, el escenario donde se desarrollará la vida de Federico Ozanam. Ante este panorama, ardua tuvo que ser la tarea de los grandes católicos como Chateaubriand, Lacordaire, Montalembert..., amigos personales de Ozanam. El se enroló en sus filas para contribuir a la actividad en favor de la causa cristiana.

Constantemente puso su clara y aguda inteligencia al servicio, la defensa y la búsqueda de la Verdad; su corazón, pleno de amor a Dios y a los hombres, fue capaz de mover y suscitar admiración en miles de discípulos que acudían a oírle. Primeramente en Lyon, donde se le creó una cátedra de Derecho Mercantil, hecho sin precedentes. En la cátedra rebasó las cuestiones jurídicas y sus alumnos, futuros comerciantes, recibieron las normas para ejercer su oficio aplicándolo a los primeros problemas sociales. Para ello tuvo que hacer digresiones históricas y filosóficas, de ello dará cuenta a sus amigos en sendas cartas como Perssoneaux, el 15 de enero de 1840, y a Lallier, el día 15 del mes de febrero del mismo año: *"Invado incluso el terreno de la economía social. Me esfuerzo por vivificar la enseñanza de la letra de los códigos por su espíritu, por consideraciones históricas y económicas. Me esfuerzo por inspirar a mis auditores el amor y el respeto por su profesión y por consiguiente, la observación de los deberes que ella impone. Les digo verdades severas y su benevolencia me da, de buena gana, derecho a ello..."*

Más tarde será ávidamente escuchado en el corazón mismo de París: en las aulas de la Sorbona.

1. Primeros pasos

Fue hijo de Juan Antonio Ozanam y María Nantas, oriundos de Lyon. Nació en Milán (ciudad entonces de influencia francesa), el día 23 de abril de 1813, y era el quinto hijo de la familia. En el hogar nacieron otros trece, de los que solo tres sobrevivieron: Alfonso, que se ordenó sacerdote a los dieciocho años, Federico, y Carlos, el pequeño, cuyos estudios le llevaron a continuar la actividad paterna: la medicina.

Es un hogar profundamente cristiano, donde se rivaliza en fervor y caridad, lección que imparten con gran eficacia los progenitores. Este hecho marcará la vida de sus hijos. Pasó Federico su infancia en Lyon donde se reinstala la familia al regreso de un voluntario exilio por razones políticas y económicas. Cursó sus primeros estudios en el Colegio Royal de Lyon con sobresalientes calificaciones, dejando profunda huella de sus extraordinarias dotes literarias.

A los quince años obsequió a sus padres con un libro de poesías, demostrando no sólo su talento sino su profundo amor filial; a los dieciocho años, una revista, "*L'Abeille française*", recogió los primeros ensayos que le llevaron a consultar a los grandes maestros del saber. "*Saber decenas de idiomas para poder consultar fuentes y documentos, y conocer suficientemente la Geografía, la Geología y la Astronomía para poder discutir los sistemas cronológicos y cosmogonías de los pueblos, así como la Historia Universal en toda su extensión, y la Historia de las creencias religiosas. He aquí lo que tengo que llevar a cabo para llegar a la expresión de mi idea...*"

Su afición por el saber, ya desde entonces, era grande. En este año también escribió un folleto refutando las ideas de los santsimonianos.

Le urge luchar contra las corrientes adversas al cristianismo y cerrar el paso a cualquier peligro que le amenace. Su padre vio con alegría los derroteros que iba tomando el hijo, pero quiere para él que se labre un porvenir que sólo vislumbra a través del camino del Derecho, y para ello le envió a París en el otoño de 1831.

2. Estudiante en París

El período que pasó en la capital francesa como estudiante será un tiempo fecundo (1831-1836). En él trazó las líneas maestras de su corta vida. Conjugó su tiempo entre el estudio jurídico y el campo de las letras. Aprovechó las grandes bibliotecas que le brindaba la capital parisina. Su amor a la ciencia, junto con la práctica de una fe activa, nos mostrará a un joven tenaz e incansable, precursor de una acción caritativa social, donde pudo aproximarse a la miseria, tocarla con el dedo y esclarecer sus causas.

Llegó a la capital quince meses después de la Revolución de julio cuyos restos aún humeaban. Los sacerdotes se veían amenazados por turbas anticatólicas. La ciudad de "las luces" estaba sumida en sombras antirreligiosas. El pueblo enardecido había incendiado los templos, y los intelectuales buscaban destruir el pensamiento católico enseñando en sus clases doctrinas ateas, deístas y volterianas cuya hegemonía era evidente. La Sorbona, que antaño enarbolaba banderas católicas ortodoxas, estaba convertida en un foco de campaña anticlerical.

Nuestro joven, no hay duda, se siente muy desorientado y así lo escribe en una preciosa carta a su primo Falconnet: "*Separado de los que amaba, siento en mí algo infantil que me atrae, la necesidad de vivir en el hogar doméstico, a la sombra del padre y de la madre, algo de una invencible delicadeza que se marchita con el aire de la capital. París me desagrada... Para mí esta ciudad sin límites, donde me encuentro perdido, es Babilonia, el lugar de exilio y de peregrinación y Sión es mi villa natal con los que dejé allí con la provincial sencillez, con la claridad de sus habitantes, con sus altares y sus creencias respetadas...*"

Se encuentra desconcertado y perdido en la gran urbe, con poca edad y no más peculio, pero con una riqueza incalculable y profunda: su ardiente fe religiosa, que al mismo tiempo era creencia y acción. Por eso pudo, en menos de tres años, llevar a cabo obras de trascendental importancia. Tuvo la suerte de encontrarse grandes amigos de personalidad destacada; esto le hará desterrar la nostalgia vivamente sentida. Su paisano, el sabio Andrés María Ampère, profundamente cristiano, descubrió, desde el primer momento, la riqueza de espíritu de este joven lyonés; le hospedó en su casa y lo cuidó como si de un hijo se tratase. No sólo le brindó su amistad y su nutrida biblioteca, sino que le introdujo en las tertulias del conde de Montalembert donde, en sus prolongadas veladas, tuvo ocasión de codearse con grandes figuras, como Ballanche, Alfred de Vigny, Eckstein e incluso con Victor Hugo. Otros importantes franceses le brindaron su amistad; Lamartine, al cual le deberá el gusto por la política, Lacordaire, Lamennais y Chateaubriand, que con las influencias del "Genio del cristianismo" le tendió un puente entre el pasado y el porvenir.

No podemos olvidar tampoco al Padre Marduel, que sería para él de una ayuda tan eficaz que le haría exclamar: *"Me hubiera echado a perder o me hubiera consumido en la tristeza si no le llego a tener."*

En estas reuniones tuvo su primer contacto con la injusticia social y la miseria que padecía el pueblo parisino, y cuyos ecos palpitantes eran frecuentes temas de conversación durante tan prolongadas veladas. Ozanam mismo nos cuenta sus impresiones: *"Se habla de literatura, de historia de los intereses de la clase pobre, del progreso de la civilización. Se respira tal fragancia de catolicismo y fraternidad que uno se anima, siente arder su espíritu y se lleva consigo una dulce satisfacción, una alegría pura, un alma llena de sí misma, llena de resoluciones y de alientos para el porvenir..."*

La desorientación que sufrió Federico Ozanam, la padecieron también los jóvenes compatriotas que llegaban a París. En nombre de la libertad se había iniciado una terrible guerra que se ensañaba con el cristianismo: la enseñanza, la imprenta, la literatura, las tradiciones y ecos populares, parecían arrollados por corrientes desenfrenadas. Las escuelas, bajo un vano conformismo, se dejaban llevar por una grosera y petulante irreligiosidad.

Es en medio de esta juventud, "fuera de eje", donde Federico Ozanam vive, sufre mucho en su propia carne el extrañamiento y la soledad que sobrecoge en la gran urbe a los jóvenes de provincia.

La peligrosidad de este ambiente tan enrarecido, moralmente, sólo servirá para excitarlo, e impulsado por su temperamento y celo ardiente, se decidió a actuar. Pronto advirtió que en la Sorbona existían jóvenes ávidos de lo espiritual, jóvenes católicos de muy buena ley, pero dispersos y asustados. Son "las margaritas en medio de los puercos", que, impotentes ante una gran masa hostil, son incapaces de protestar contra maestros que anuncian la muerte del cristianismo.

He aquí su gran labor que no dudará en emprender a pesar de su corta edad de diecinueve años; unirlos para hacerlos fuertes y conquistadores, y abrirles cauces. Sueña con la acción, expresada en una fundación que agrupe a estos jóvenes. Desde París informa a sus amigos; concretamente así escribe a su primo: *"Tú no ignoras cuánto deseaba rodearme de jóvenes que sintieran y pensarán como yo. Ahora ya sé que existen. Pero se encuentran dispersos y resulta difícil la tarea de querer reunir a los defensores alrededor de una bandera..."*

La unión hace la fuerza. Y cuando, poco a poco, van aumentando en número, se atreven a levantar protestas contra profesores irreligiosos que, aprovechando su cátedra, lanzan improperios contra la religión. Federico Ozanam piensa que a ellos, agentes pasivos de la

enseñanza, les toca emprender una campaña de resistencia y de defensa al mismo tiempo. Así se lo escribe a sus amigos de Lyon: *"En nuestras filas, de día en día más pobladas, tenemos jóvenes generosos que se han consagrado a esta alta misión, que es también la nuestra. Cada vez que un catedrático levanta la voz contra la Revelación, voces católicas levántanse también para responder. Algunos estamos unidos para este fin. Dos veces he participado ya en esta noble tarea, dirigiendo mis objeciones escritas a estos señores. Nuestras respuestas, leídas públicamente en clase, han producido efecto en el catedrático, que casi se ha retractado, y en los oyentes que han aplaudido. Lo más útil de esta obra es, no sólo demostrar a la juventud estudiantil que se puede ser católico y tener sentido común, sino que también al mismo tiempo, se puede amar la religión, la libertad y sacar a los jóvenes estudiantes de la indiferencia religiosa, y acostumarlos a la grave discusión de cuestiones serias..."*

No hay duda de que Federico Ozanam había sido elegido para dirigir a los demás. Los jóvenes sentían hacia él una atracción especial y, convencido de ello, se pone a su disposición. Sigue siendo el confidente su primo Falconnet: *"Dios y la educación me han dotado de algún tacto, de alguna amplitud de ideas, de cierto margen de tolerancia. Se quiere hacer de mí una especie de Jefe de la juventud católica del país. Numerosos jóvenes llenos de méritos me conceden esta estima de la que me siento muy indigno, y hombres de edad avanzada y madura me impulsan a seguir adelante. Tengo que estar al frente de todas las gestiones y cuando haya algo difícil que hacer, he de ser yo el que lleve el fardo..."*

En el año 1836 se le concedió el título de doctor en Derecho, título que adquirió a fuerza de constantes renunciaciones. El hecho de tener que trabajar en el campo jurídico le estremece, y sólo por amor a sus padres logró alcanzarlo. Sus aspiraciones iban por otros derroteros que se afianzaron a través del contacto con el mundo intelectual parisino.

Federico Ozanam tuvo que sostener una verdadera lucha frenando su vocación literaria e intentando conjugar su tiempo con los estudios de Derecho. Creía no aprovecharlo al ocuparse del perfeccionamiento de cuatro idiomas para los estudios de literatura comparada. Como había prometido a sus padres, procuró mantenerse y, en ese tira y afloja, pasó un año muy doloroso, lleno de incertidumbres y remordimientos, preguntándose continuamente si su amor a las letras era realmente una vocación y si ello entraba en los "planes de Dios". Así pues, le vemos dividido, no frustrado, entre los deseos de sus padres y sus trabajos predilectos.

Conocemos sus luchas a través de una preciosa carta escrita a su amigo Dufieux: *"Hace alrededor de un mes que trabajo poco, ya sea en los exámenes de Derecho o en mi tesis de literatura. Por haber querido dividirme así he hecho poco., Si yo hubiera consagrado al estudio del Derecho las facultades que Dios me ha dado, y los cinco años de estancia en París que debo a mis padres, hubiera podido adquirir en la abogacía un rango superior que ahora no puedo esperar conseguir. Todas estas reflexiones me agitan y me atormentan... Tengo pesar de causar pena a mis padres y, sin embargo, me sería muy duro permanecer confinado en la estrecha esfera del Foro. ¿Es esto orgullo? ¿Es vocación? ¿Es inspiración de lo alto o tentación de abajo? Todo cuanto he hecho cinco años acá ¿es razón de locura?... Ruegue para que Dios responda a todas estas preguntas... Me parece que estoy resignado a hacer su voluntad por humilde que sea el papel que me señale, por dolorosa que sea la misión que El me prepare. ¡Espero que esta voluntad me sea conocida! Que yo no me sienta débil, impotente, inútil..."*

3. De vuelta a casa

En otoño de 1836, después de cinco años pasados en París, regresó a su ciudad natal y sin mucho entusiasmo, prestó juramento para ejercer la profesión de abogado. Pleiteó, redactó documentos, pero jamás pudo aclimatarse a la atmósfera de los complicados trabajos judiciales. Aunque murió el padre el día 12 de Mayo de 1837, continúa en el mundo de la abogacía para seguir ayudando a su madre, puesto que la situación económica no era lo suficientemente amplia para mantener la casa.

Su verdadera vocación estaba en la enseñanza y en el mundo de las Letras. La ocasión se presentará cuando en 1838, Victor Cousin, Ministro de Instrucción Pública, le ofreció una cátedra en el Colegio de Orleans ya que tenía de él un perfecto conocimiento con motivo de su tesis par.1 el doctorado de Letras.

El año 1839, al doctorado de Leyes añade el de Letras, con una brillante tesis sobre Dante que le sitúa como un especialista en la materia. Este mismo año, tras una larga enfermedad, murió su madre, dando de esta manera por terminado el compromiso con una profesión que le desagradaba.

En Diciembre de 1839 comenzó un Curso de Derecho Comercial cuya cátedra fue fundada por la Municipalidad de Lyon para este fin. A lo largo del año, día tras día, trató de infundir en sus alumnos la "doctrina comercial junto con los principios de la doctrina social". No teniendo una materia específica ni un programa concreto que seguir, no tuvo que limitarse a los artículos de un Código, sino que ampliamente los desbordó en sus 47 lecciones. En ellas tocó, no sólo los principios generales del Derecho, sino la situación y conflictos que acarrearón el nacimiento del proletariado industrial y el deber que tenían los cristianos de tratar de paliar y amortiguar el choque que se avecinaba.

4. Profesor en la Sorbona

En enero de 1841 suple al famoso profesor Fauriel en la Universidad de la Sorbona de París. Aprobado, con el número uno, se ganó este puesto como agregado en la facultad de Letras. Más tarde, tendrá a su cargo la cátedra de lenguas extranjeras. La alegría de poder ejercer su profesión en un medio tan distinguido le llena de entusiasmo y a la vez siente temor de no estar a la altura que requieren las circunstancias; por ello se prepara concienzudamente hasta el extremo de agotarse. Sin embargo sería una gran ocasión para ejercer el apostolado.

Sus impresiones se las confía como siempre a sus amigos. Esta vez es a su amigo y compañero Francisco Lallier: *"He aquí una circunstancia muy grave y muy solemne para mí: la entrada en una nueva y peligrosa carrera; empezar de nuevo una vida, lograr al fin una vocación. Hay separaciones dolorosas e incluso dificultades de negocios y de intereses. Existen peligros de todas clases que me esperan a la mañana siguiente de mi instalación; en una palabra, hay más motivos de los que faltan para asustar a un espíritu de mediocre energía. ¡Dichoso si este sentimiento de debilidad hace levantar los ojos al cielo, que es quien da la fuerza! Hasta hoy yo le he pedido la luz para conocer su voluntad; ahora, que parece habérmela manifestado con signos razonablemente fáciles de reconocer, falta todavía que me recuerde el valor para cumplirla..."*

Con veintisiete años de edad comenzó esta nueva etapa de profesor en la Sorbona con más maestros que amigos, dado que nadie de su edad pasó directamente a la agregaduría de la Universidad. El nombramiento de París contribuyó, pues, a su felicidad y plenitud. Los primeros años estuvieron marcados por la inquietud e incertidumbre por la renovación de la suplencia, que sólo se suscribió por un año. Por ello se esforzó, para ganarse un prestigio necesario, preparando las clases con una minuciosidad que llegaba hasta el exceso.

Después de mucho pensar y consultar, vio claro que su vocación no era ni el sacerdocio, ni la vida religiosa. Su puesto estaba entre los suyos. Se sentía vinculado indisolublemente a la Sociedad de San Vicente de Paúl, convencido de que, en ella, tenía un puesto irremplazable. Su misión estaba en el "apostolado seglar" y esto dentro del matrimonio que contrajo con Amelia Soulacroux, hija de Jean Baptiste Soulacroux, Rector de la Universidad de Lyon, el día 23 de junio de 1841.

Conoció a esta joven, de 21 años, en una fiesta de Año Nuevo y tras un largo año de relaciones se decide por la vocación del matrimonio. Esta mujer llenó el vacío de su corazón producido por la muerte de su madre. *"Un ángel guardián para consolar mi soledad y cuya sonrisa es el primer rayo de felicidad que tengo en mi vida después de la muerte de mi pobre madre"*.

Después de mucho pensar y debatir sobre la nueva residencia que había que escoger entre Lyon y París, se decidieron por ésta última. Aunque lejos de sus parientes y con mayor precariedad, le abría más horizontes para su profesión y ampliaba el campo de acción caritativa.

Este matrimonio de Federico Ozanam le hizo extender sus relaciones en el medio universitario. Apenas instalado en París, bajo la recomendación de su suegro, fue recibido en ambientes familiares distinguidos, entre ellos: la familia del Inspector General Pécelet, en la del rector de la Academia de París, Rouselle, la del Decano de la Facultad de Letras, Leclerc, el presidente Sauzet, el político Lamartine, el Secretario de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, Mignet, amén de otras personalidades que le hicieron tener que alternar en diferentes tertulias.

Esta situación de apoyo le era necesaria para poder asegurarse la renovación de la suplencia y mantener un prestigio que le llevó a conseguir su propia cátedra. Terminó siendo nombrado Inspector de Enseñanza de Lenguas vivas.

El último período de su vida lo distribuyó entre el trabajo de la cátedra, la investigación histórica, la vida de familia y la buena marcha de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Se debate constantemente entre estos deberes y la colaboración en la prensa católica con el fin de instruir sobre materias político-sociales. Conjugó el tiempo, de tal forma, que no faltará a la lealtad de ninguna de las tareas que se había marcado.

Al escribir a su suegro, él mismo nos cuenta su programa: *"Soy de la Iglesia y de la Universidad, todo junto; y les he consagrado con gusto una vida que será bien cumplida, si honra a Dios y sirve al Estado. Voy a conciliar estos dos deberes, sean cuales fueran sus dificultades..."*.

Federico Ozanam, para conciliar estos dos objetivos, de servir a la Iglesia y al mismo tiempo a la Universidad, hará un gran esfuerzo. Y de ahí saldrá el jefe de línea de los universitarios católicos.

5. Su personalidad

A través de su correspondencia se descubre una gran personalidad, un hombre que, en la vida cotidiana, lucha, tiene altibajos, sufre y goza, proyecta para el futuro fundado en una gran fe. Valora la amistad y la defiende a cualquier precio, atrae e invita, es amigo seguro y fiel. Detallista hasta el extremo, describe sus viajes o el espacio vital que le rodea con gran hondura, pero, sobre todo, derrama una gran ternura cuando de su familia se trata. Utilizó palabras exquisitas, plenas de delicadeza para su esposa y su pequeña hija María. Por sus padres sintió una gran veneración, demostrándolo al ser capaz de sacrificar su carrera y profesión para agradecerles.

Trabajó hasta agotarse; su salud era débil y él lo sabía, pero ello no le impidió gastarse y desgastarse en provecho de los demás. Horas interminables necesitaba para preparar perfectamente sus clases, para hacer visitas y escribir largas epístolas animando a los cohermanos de las Conferencias.

Al regresar a Lyon, después de licenciarse en Derecho, funda las Conferencias en su ciudad natal y desde allí escribe continuamente a los miembros de la Asociación, bien para darles cuenta de la marcha de la nueva fundación, bien para dar directrices y alientos.

Fue un hombre importante del siglo XIX, pero no fue descubierto por la mayoría de sus contemporáneos en toda su grandeza y profundidad. Su figura quedó semioculta en un siglo donde grandes personalidades se dejaban ver y oír a causa de la grandeza de sus acciones. La época romántica, ampulosa y discursiva, contrastaba fuertemente con la obra de Federico Ozanam, obra que fue llevada en silencio y con una humildad que, no sólo practicaba él, sino que también la aconsejó a sus colaboradores y amigos.

La pauta de humildad como máxima en el actuar, se la comenta a su amigo Francisco Lallier: *"Una sola cosa puede detener la marcha de nuestra sociedad: caer en el fariseísmo que pregona sus buenas obras... Pero sobre todo, sería más segura nuestra caída, si olvidamos la humilde simplicidad que presidió desde el principio nuestras reuniones, que nos hizo amar la humildad y que nos valió la gracia de nuestro crecimiento. Porque Dios se complace siempre en bendecir todo aquello que es humilde. Pero advierto: estemos sobre aviso para que la humildad no se convierta en un cómodo pretexto de indolencia. No hacerse ver, sino dejarse ver, podría ser nuestra máxima..."*

La claridad de su inteligencia era amplia y escrutadora. Aunque su entronque es Lyonés no se le reconocen algunos rasgos que, generalmente, se les atribuyen a los oriundos de esa tierra. No poseía ni una reserva distante, ni el gusto por los negocios, no obstante, sí que encontramos otras características o cualidades descritas por un compatriota, el autor lyonés Bauman: *"la seriedad en sus creencias, gran curiosidad por lo universal, una impasibilidad que, a menudo, no es más que una apariencia de la victoria de la voluntad sobre sus impulsos excesivos. Unió la reflexión fría que debe preceder al discurso o a la acción, con el entusiasmo caluroso, que daba a la palabra una fuerza de convicción. Su ejemplo arrastraba, asociaba con armonía el gusto de las contemplaciones místicas al sentido práctico y al genio de la organización. El alma lyonesa de Federico Ozanam supo hacer una síntesis de todas estas tendencias que, a primera vista, parecen contradictorias. En definitiva, la unión de un espíritu activo con una gran fe ardiente, "los dos polos del genio lyonés".*

Federico Ozanam fue un genio clarividente del futuro. Supo leer en los acontecimientos y echar unas sólidas bases a través de la maraña de los tiempos en que le tocó vivir. Hay quien se pierde en lamentaciones de que "tiempos pasados fueron mejores". El ve y actúa, se inserta en su mundo, desde él diagnostica y busca soluciones que siguen siendo hoy trampolín de lanzamiento. Es todo un símbolo. Se debate entre lo liberal y lo social, que supo acomodar e impulsar al ritmo de su vivir.

Muy joven aún, con sólo diecisiete años, escribe a sus amigos aconsejándoles cómo deben actuar: *"No reneguemos del siglo en que nos ha tocado vivir. La misión de un joven hoy en la sociedad es bien grave e importante. Es grande el espectáculo al que somos llamados, es bello asistir a una época tan solemne. Me alegro de haber nacido en una época en la que quizás tenga que hacer mucho bien..."*

No podemos encuadrarlo en un área concreta del saber. No fue un historiador nato, tampoco nos dejó una filosofía concreta. No es jurista ni economista de profesión. Y, sin embargo, sí está claro que se puede admirar su vasta cultura, su conocimiento de las Letras,

de las lenguas y sobre todo, de la Historia Medieval. Investigó la acción llevada a cabo por la Iglesia, en una civilización por entonces muy oscura, a través de los siglos, sobre todo el siglo XIII.

Conjugó los más diversos aspectos del saber. Y todo ello lo puso al servicio de la fe y de la Verdad para llegar a demostrar que la Iglesia es la entidad más fiel custodia de esa verdad y que, a través de los siglos y contra vientos y mareas, permanece como roca firme.

Junto al nombre de Federico Ozanam, en una lista oficial de los cursos, el título de "Curso de Literatura Extranjera" fue sustituido por el de "Curso de Teología"; al darse cuenta, se echó a reír y después de terminar la clase dijo: *"Señores: no tengo la honra de ser teólogo, pero tengo la fortuna de creer y de ser un cristiano, y siento la ambición de poner toda mi alma, todo mi corazón y todas mis fuerzas al servicio de la verdad..."*

Nunca desvió su línea de conducta y de servicio a la verdad. Desde que, en su juventud, salió de la crisis religiosa, ayudado por el padre Noirot, hizo voto a Dios de consagrar su vida al servicio de la verdad que le había traído la paz. Ni siquiera claudicó cuando el Ministro de Instrucción Pública, Villeman, siendo profesor de la Sorbona, le comprometió a refutar en un periódico lyonés unas acusaciones sobre la Universidad y sus Rectores, reproches de alguna manera justificados. Federico Ozanam formuló un escrito en línea con su idea de justicia por el cual se le esfumó un puesto en la Escuela Normal Superior. Pero él no podía ir en contra de sus principios aunque de una autoridad se tratase.

La muerte le sorprendió con una Obra inacabada, pudiendo afirmar que todo lo había hecho sin ambición de un destino mayor pero también sin desertar del combate, estando aquí el secreto de su propia grandeza. Por dentro y por fuera era un cristiano, situándose en un estadio sobrenatural a través de las cosas más naturales. Tanto en público como en privado siempre supo dejar la estela de Dios.

II. SU EXPERIENCIA RELIGIOSA

1. Características

La experiencia religiosa de Ozanam se nos revela en los múltiples escritos y testimonios. Son fascinantes. Sus amigos y las personas más allegadas estaban convencidos que era algo extraordinario, era un santo. Paul Lamanche, 30 años después de haber muerto Ozanam, escribió: "No he conocido a nadie que tuviera un alma como la suya, solo Nuestro Señor Jesucristo". Y Paul Claudel en un poema, "Feuilles des Saints", compara sus escritos con la maravillosa y sobrenatural luminosidad que el sol difunde en la catedral de Saint-Jean de Lyon cuando atraviesa el rosetón de poniente: "así de maravillosa es la luminosidad que pasa a través de las palabras que Ozanam escribía un Viernes Santo, 1851: la luz se derrama en cada una de las piedras de la catedral de su vida". Vivió radicalmente la misión de los discípulos de Jesús: "ser luz y sal de la tierra" (Mt. 13). Hizo brillar su luz delante de los hombres, para que viendo sus buenas obras, glorifiquen al Padre que está en el cielo (Mt. 16).

La religiosidad de Federico Ozanam impregnó su vida entera. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la suya fue una existencia iluminada por la fe, una fe sencilla, serena, y al mismo tiempo, arriesgada. No se redujo a la aceptación de un compendio de verdades, sino que fue una entrega que le impulsó en la tarea de construir su propia historia personal según los criterios evangélicos: obras de transformación por el amor. En su estilo se descubre un alto grado de amor y de fe que constituyeron la trama de su vida, una vida, aunque corta, apasionada y profunda. Para los que no tuvimos la suerte de conocerle

personalmente es difícil hacerse la idea de su semblante. Ninguno de sus retratos le reflejan tal cual era. El que le hizo M. Janmot, en 1833, a pesar de ser un famoso artista, no supo plasmar su intimidad, el entusiasmo que transformaba e iluminaba su rostro. Sólo captó un aspecto meditativo, que nos lo muestra como un hombre grave y serio al mismo tiempo.

2. La herencia recibida

El día en que Federico Ozanam cumplió 40 años, 23 de abril de 1853, hizo una plegaria inspirado en el Cántico de Ezequías (Is. 38, 10). "La plegaria de Pisa". En ella introdujo un himno a Dios evocando la herencia espiritual recibida de sus padres. "Dios me ha hecho la gracia de nacer en la fe". Se encontraba en Pisa, en un viaje de convalecencia. La enfermedad no le había dejado en todo el invierno y, ahora, sentía una ligera mejoría que le hacía concebir algunas esperanzas.

Su padre Juan Antonio Francisco Ozanam perteneció a una familia enraizada en Dombes desde el siglo XVII, en la cual recibió una esmerada educación humana y cristiana. Contrajo matrimonio con María Nantes, hija de negociantes lyoneses y se establecieron en Milán, donde ejerció el oficio de la medicina con un talante realmente evangélico que rivalizó con su esposa, cuya familia fue también representante del pueblo cristiano de Lyon, puesta a prueba durante la época del Terror, en 1793. Es en Milán donde vino al mundo el quinto hijo de esta familia: Federico. Tanto el entorno ambiental, como el familiar, le colocaron en situación propicia. Italia y Lyon marcarán la vida y obra de nuestro personaje, y ello explica la doble tendencia que caracteriza su espíritu, por un lado delicado y sensible a todo lo bello y, por otro, positivo, pragmático, arraigado fuertemente en la fe. Por el misticismo familiar, Ozanam nació religioso. El tormento de lo infinito, la aspiración de lo alto, la necesidad de referir todo a Dios son los sentimientos naturales que le inclinan a su piedad nata. Siempre tuvo nostalgia por el recuerdo de su patria chica, prefiriendo los estudios sobre ella a los de Derecho, que por amor filial cursó en primer lugar. Religión y Bellas Artes, cristianismo y Literatura definen a Federico Ozanam. Su sistema consistió en mostrar la Religión glorificada por la Historia.

Cuando Ozanam entra en el mundo, aunque encuentra un ambiente de fe, una REVOLUCION había cambiado el curso de la Historia y, con ello, también cambió la situación de la Iglesia. A partir del Concordato de 1801 se inició una RESTAURACION eclesial y se puso en escena un sorprendente resurgir religioso que abarcó tres cuartos de siglo, caracterizado no sólo por una intensa espiritualidad, sino por el desarrollo de la acción, la búsqueda de un Cristo encarnado en cada ser humano.

En efecto, un extraordinario dinamismo del catolicismo francés se desarrolló en el período que va de 1815 a 1914. La Iglesia de Lyon fue claro exponente, testimonial y privilegiado. Por su elevada irradiación se convirtió en un punto de atracción de la Iglesia francesa. Después de la persecución, la religión se revaloriza y la antorcha de la fe brilla con toda su pureza. Esta situación fue el fruto de una obra colectiva llevada a cabo por personalidades de primer plano, que incluso ya están en los altares, y otras, no tan relevantes a los ojos humanos. Federico Ozanam estuvo ligado y formó parte de ésta "Comunión de los Santos", miembros del Cuerpo místico de Cristo unidos por el Espíritu. Jamás en Lyon se perdieron las actitudes de un misticismo entrañable unido a una infatigable caridad.

A principios de la década de 1980 apareció en Lyon un libro, "XIXe siècle, siècle de graces", escrito por Mr. Poupard, en el que se refiere a los santos lyoneses con temporáneos de Ozanam. Sorprendentemente todos se conocían, les unían lazos de amistad, de familia, de colaboración, pisaron el mismo suelo, feligreses de la misma Parroquia (Saint-Nizier) y más

de una vez subieron juntos a la "Colina" para rezar a Notre-Dame de Fourvière. Toda una pléyade de sacerdotes, mártires, místicos, fundadores de Congregaciones y, sobre todo, embarcados en un proyecto común: la devoción mariana y el empeño por atajar los males y miserias de este mundo, afrontando de una manera "nueva" el problema social. Podemos citar algunas de éstas personas: Jean Baptiste-Marie Vianney, Marcellin Champagnat, Claude Colin, Pierre Chanel, Pauline Jaricot, Sainte Thérèse Couderc, Camille Rambaud... Hoy, los historiadores de la Iglesia quieren poner de relieve la vida de feligreses anónimos como verdaderos artífices de este "renacimiento" del Pueblo de Dios.

Grande fue la calidad de vida de las personas que dieron el ser a Federico Ozanam. Una espiritualidad elevada, un sentimiento religioso a la vez independiente y audaz, una rectitud en la conducta y en el trabajo, una sencillez y bondad nata: tal fue su herencia. Valorativamente da gracias a Dios por ello en esa hermosa Oración del 23 de Abril de 1853: el día que cumplía 40 años en Pisa. *"Me habéis hecho, antes de nacer, el mayor don al formar Vos mismo el corazón de mi madre. Habéis hecho a esta santa mujer para que me llevase en su seno. En sus rodillas he aprendido a temeros y en su mirada he visto vuestro AMOR. Habéis conservado, a través de azarosos tiempos el alma cristiana de mi padre... a pesar de todo conservó su fe, un carácter noble, un gran sentimiento de justicia y una infatigable caridad hacia los pobres. Cuando tuve la desgracia de revisar sus cuentas, encontré que la tercera parte de sus visitas eran hechas sin esperanzas de pago. Tengo que añadir que amaba el trabajo, tenía el gusto de lo grande y lo bello, había leído la Biblia de Calmet y sabía Latín como no lo sabemos los profesores. Este es Dios mío el primero de vuestros regalos, haberme dado tales padres y más todavía, les habéis dado el secreto de educar bien a sus hijos"*

Podríamos concluir: "de tal palo, tal astilla" y estaríamos muy en lo cierto. Pero también es verdad, que él tuvo que enfrentarse con una sociedad plena de ideas ateas, deístas o volterianas, que avanzaban con ímpetu y violencia. Pudo creerse, en su día, que ahogarían en Francia todo brote religioso. Su proceso religioso no dependió sólo del lugar, sino de la reacción ante ese ambiente, donde se fue preparando para llegar a ser una persona madura y libre. Con su esfuerzo diario él hizo más resplandeciente la antorcha recibida.

3. Evolución religiosa

La infancia de Federico Ozanam fue una etapa decisiva en su caminar para descubrir la vocación espiritual. Es el período de confrontar la realidad e iniciar el principio de discernimiento. Una vocación no se alcanzará si previamente no se esclarece el proceso de personalización. En sentido muy amplio, parece que descubrió muy pronto lo que quería ser y, aunque algo confuso en un principio, pero muy firme, se lanza a la conquista, siempre a la escucha de los designios del Señor sobre él, plenamente disponible a la voluntad de Dios.

En sus cartas, donde el rigor de su estilo no es menor que la delicadeza de su pensamiento, nos revela paulatinamente todas las facetas de un carácter cuya madurez tan precoz no deja de sorprendernos. Su crecimiento personal tuvo un desarrollo lineal, sin saltos, con unos hitos que respondían a los rasgos psicológicos de una persona que estuvo rodeada siempre de un ambiente propicio para confrontar su realidad.

Siguiendo paso a paso su experiencia sabemos de sus indecisiones, angustias y dudas. Sus primeras andaduras se desarrollan en un ambiente muy familiar.

Se dice de él que era un niño muy dulce y de agradable trato. Pronto se destacó por una inteligencia precoz. Desde su más tierna infancia era muy recto, con una sinceridad a toda prueba, cualidad fundante de su vida: LA DEFENSA DE LA VERDAD. Al mismo tiempo poseía

una exquisita sensibilidad, destacándose por su profunda compasión por los pobres y necesitados. De compleción débil, a los 7 años sufrió una grave enfermedad que le condujo a las puertas de la muerte. En su larga convalecencia dio muestras de su docilidad y espíritu de sacrificio. Él mismo analiza y critica los rasgos dominantes de su carácter. En una preciosa carta a su amigo Augusto Materne, con 17 años, recorre su vida y describe detalles psicológicos de su persona. Se califica como un niño rabioso, desobediente y perezoso, se juzga muy severamente: *"En esta temprana edad me había hecho colérico, testarudo y desobediente, cuando me castigaban me rebelaba contra el castigo. Era perezoso, comilón y me cruzaban por la cabeza ideas villanas que en vano podía rechazar."*

En Octubre de 1822 ingresó en el Colegio Royal de Lyon a la edad de 9 años donde cursó estudios primarios y secundarios. La vida de escolar marcó su primera etapa. Inmediatamente empieza a distinguirse por la grandeza de su espíritu, la nitidez y precisión de su estilo, sobresaliendo en el campo de las Letras... Aquí va puliendo su temperamento, al contacto de profesores y condiscípulos aprende a vencer su pereza: *"Mi pereza gime, mi orgullo ruge..."*

Uno de los hitos que marcaron su vida fue la Primera Comunión el 11 de Mayo de 1826, a los 13 años de edad. Los propósitos de este día le ayudaron a cambiar. Se hizo más trabajador, más obediente, aunque también dice él "me hice un poco escrupuloso".

A los 15 años le llega la época de la crisis de identidad y de religión, su primera crisis existencial. Es la época de abandonar las creencias infantiles para acoger una fe adulta. Se produjo un viraje que tambaleó su existencia humana. Pero la afronta, aunque con sufrimiento, lleno de confianza: *"Me siento apegado a la Religión por admiración y por razón, pero también palpo la falta de fervor y de caridad, lo cual me hace sufrir, pero mi confesor me dice que ese tipo de tentación es frecuente a mi edad."*

Al iniciar la madurez, cambia la cosmovisión cristiana a través de la experiencia de vida. Se refiere a las cuestiones últimas y a la relación con Dios. A diferencia de la fe infantil que hace de la fe una ideología, empezó a conocer la Revelación por medio de la experiencia de su propia historia. Esta fe no le libró de sus impulsos, sino más bien este cambio espiritual le ayudó a integrarla en su personalidad, de tal forma que no se hizo esclavo, sino orientado a una realidad fundante.

Los estudios de Retórica y Filosofía le llevaron a bucear sobre disquisiciones, razonamientos y tesis que desembocaron en el porqué de su fe. Dudaba y sufría, lo describe así: *"He conocido todo el horror de las dudas que roían mi corazón durante el día y durante la noche... La incertidumbre de mi destino eterno no me dejaba reposo". Esta crisis rompe con los sistemas de su seguridad joven, frágiles casi siempre; empiezan a resquebrajarse, llega la hora de tomar decisiones, de asumir un rol activo dentro de la sociedad. En medio del "marasmo" hace VOTO a Dios de consagrar su vida a la defensa de la VERDAD "con tal de que le fuese dado a él mismo poseerla."*

Las aspiraciones de su espíritu eran hacer el bien por medio de la Verdad. Un espíritu de verdad y coraje para vivir a fondo la existencia, asumiendo los riesgos de sus propios actos. Es un joven creyente que posee un gran ideal. La salvación y estabilidad le llegó a través del Padre Noirot, su guía espiritual, profesor de filosofía que *"puso orden y dio luz a sus ideas" hasta llegar a conseguir su propia serenidad, como un verdadero educador cristiano supo leer la experiencia vivida del joven y le permitió el ser él mismo. Le conoció y le quiso al máximo. Le describe así: "Era el más joven de la clase entre los 130 muchachos, afectuoso, simpático, ardiente, modesto, dispuesto a todo, jovial y al mismo tiempo de semblante serio. No hubo alumno más popular que él entre sus camaradas"*

La correspondencia, casi diaria, que intercambió con su amigo Augusto Materne en el año 1830 es de máximo interés para introducirnos en su vida, tanto espiritual como intelectual. En lo concerniente a la fe, sus amigos participaron de las mismas dudas y esta relación grupal le facilitó el equilibrio en esta época de encrucijada. *"Yo dudaba y sin embargo quería creer..."*

Pero el abate Noirod estaba allí y el espíritu de Ozanam poco a poco volvía al sosiego. Los paseos que realizaron juntos por los alrededores de Lyon, confirmaron al joven en su espíritu creyente y suscitaron la vocación del apóstol. Ozanam escribió más tarde: *"Él metió en mis pensamientos el orden y la luz"*.

Se replanteó ideales del pasado, reestructuró actitudes ante la vida y en este proceso tuvo de todo, luces, sombras, momentos de confusión y experiencias de liberación. De lo que se trataba, al fin y al cabo, era la búsqueda del propio proyecto de vida en la historia, discernir cual era el plan concreto que Dios tenía para él (más tarde, este sacerdote será el mediador en la petición de matrimonio al rector de la Universidad de Lyon Mr. Soulacroux). Después de la crisis por la que su espíritu había pasado, llegó a tener claro cual era su tarea en el mundo y en una carta a sus amigos Furtoul y Huchard les comunicó su objetivo de defensa de la Religión: el 15 de Enero de 1831.

"Zarandeado algún tiempo por la duda, sentía una imperiosa necesidad de sujetarme con todas mis fuerzas a las columnas del Templo... extenderé mi brazo para mostrar la religión como un faro liberador a los que navegan por el mar de la vida, sintiéndome dichoso si algunos amigos vienen a agruparse alrededor mío. El catolicismo se elevará súbitamente sobre el mundo y se pondrá a la cabeza de este siglo que renace..."

El cristianismo informó todo su pensamiento. Fue cristiano en la intimidad, con los amigos y compañeros, en la cátedra, en sus escritos y en su compromiso social y político.

El Dios de Jesucristo aparece en la más leve acción y en cualquier acontecimiento ya sea público o privado. Se empeñó en una vasta obra, *"Demostración de la Verdad de la Religión Católica por la antigüedad de las creencias religiosas y morales"*. Ambicioso plan de apología del cristianismo por medio de la Historia comparada de las religiones. Sin duda está inspirada en *"El Genio del cristianismo"* que Chateaubriand había publicado en 1802.

4. Prácticas de piedad y vida de oración

La clave que nos descubre el secreto de su vida interior totalmente unificada es la Biblia, Palabra de Dios que leía y meditaba diariamente. De su esposa tenemos este testimonio: *"A pesar de su grave enfermedad jamás dejó la oración. No le he visto nunca levantarse ni acostarse sin hacer la señal de la cruz. Por la mañana hacía una lectura de la Biblia, en versión griega, que meditaba media hora. En los últimos días de su vida, asistía diariamente a Misa donde encontraba sostén y consuelo..."*

Antes de comenzar sus clases se ponía de rodillas para pedir a Dios la gracia de no hacer nada para recibir aplausos sino buscando solamente la gloria de Dios y el servicio de la Verdad. Reza para obtener el éxito porque ve el sello de Dios sobre el camino en el cual se ha comprometido.

La Oración de Federico Ozanam dibuja la curva de su vida interior. En sus primeros años tiene tendencia a una oración discursiva y , poco a poco, pasa a otra más sencilla, silenciosa y contemplativa, más entregada y profunda, sin resistencia a la acción de Dios sobre él. Agotado y afectado por una grave enfermedad fue para él un verdadero Viacrucis. El 23 de Abril de 1853 en la oración inspirada en el cántico de Ezequías del libro de Isaías 38, 10, realiza un largo recorrido de los bienes recibidos de cielo y encuentra ánimo para hacer su

inmolación llegando a la conclusión de que Dios no quiere sus bienes, ni sus logros intelectuales, ni a sus seres queridos, le quiere a él, y termina exclamando: HEME AQUÍ, SEÑOR. Los últimos años de su vida son años de sufrimientos físicos y morales. Su alma experimenta, en sus bellas plegarias de Pisa y de Antignano, un gran gozo recordando los bienes de Dios y las gracias recibidas, y entona un himno a la bondad de Dios... Es el momento del abandono total, el sacrificio de su gran obra. La separación de todo y de todos los que ama.

En su correspondencia menciona, frecuentemente, su vida de oración. Pide oraciones y ofrece las suyas. Recurre, a menudo, a la oración de petición, de intercesión y de acción de gracias. Estas plegarias nos hacen penetrar en el interior de su mundo religioso, un mundo de ángeles y cielo, de cierta imaginación que procede de su rica cultura italiana, pero que es una afirmación de un acto de fe en la realidad de un mundo invisible y de la vida eterna.

Cuando se enfrenta con misterios como el nacimiento o la muerte, escribe preciosas meditaciones que le brotan del fondo del corazón como la que le dirige a su amigo Lallier el 17 de julio de 1843 con motivo de la muerte de su hermana. De acuerdo con la voluntad de Dios dice: "Es Dios quien nos visita".

Ante el nacimiento de su hija, el 24 de julio de 1845, vive horas de plenitud, y en una explosión de alegría se vuelve hacia Dios rindiéndole homenaje por momentos tan felices.

"Soy padre y soy depositario y guardián de una criatura inmortal, hay en ella un alma hecha para Dios y para la eternidad"

En el otoño de 1843 atraviesa una etapa, sin duda, esencial para su vida espiritual, es una especie de conversión y de purificación. Dios le esclarece las razones egoístas de sus inquietudes. Quiere ayudar a su esposa a crecer en la perfección y le escribe una preciosa carta, esencial para el conocimiento profundo de la experiencia religiosa de Ozanam.

Reflexiona sobre el desarrollo de su existencia y hace balance de los dos años de vida matrimonial. Reconoce y culpa a su egoísmo la disminución del amor de Dios: en una carta a su esposa desde París el 13 de Octubre de 1843: *"He usado mal sus beneficios y sus gracias, en lugar de amar en mi esposa a Aquel que me la ha dado, es a mí mismo a quien he buscado en ella..."*

Estas transformaciones personales se inscriben en el marco más universal de una vida sacramental y de una piedad eclesial. Ozanam acudía con frecuencia a visitar a su confesor, ahora el Padre Marduel, y se refugiaba en la Eucaristía a la cual tenía gran devoción, comulgando casi diariamente, a pesar de lo que estaba al uso en la época. Además le gustaba y disfrutaba cada vez que podía participar en los actos litúrgicos, las predicaciones cuaresmales del Padre Revignan y las misas solemnes de Notre-Dame de París.

Por los caminos de la oración se abrió a la trascendencia y a la fuerza de Dios. En la escucha de la Palabra y contemplación del misterio fue enriqueciendo su fe y su esperanza para ser testigo de la luz.

La vida espiritual e intelectual de Federico Ozanam es notable por su unidad. En 20 años de trabajo transcurridos desde que venció sus dudas de fe e hizo Voto a Dios de dedicar su vida a su servicio, nada ni nadie le hizo perder su ritmo ascendente. Conservó su personalidad, sus deseos, sus flaquezas y el entusiasmo de los años de juventud.

En un texto fechado el 18 de Abril de 1851 día de Viernes Santo, nos entrega el secreto de la unidad de su vida humana y cristiana. No se pueden leer sin emoción estas frases escritas en el Prólogo del Tomo I de sus Obras Completas "La civilización en el siglo V".

"En medio de un siglo de escepticismo, Dios me ha hecho la gracia de nacer en la fe... Mas tarde los ruidos de un mundo no creyente... Yo conocí todo el horror de estas dudas que ro-

ían mi corazón... Se me hizo la luz. Yo creía en adelante en una fe más tranquila, y recibir un beneficio raro o escaso, y prometí a Dios consagrar mi vida al Servicio de la verdad que me daba la paz. Después de 20 años largos que han pasado, la fe se ha hecho más fuerte... Yo he experimentado su apoyo en los grandes dolores, en los peligros públicos... Es el tiempo de escribir y dar a Dios mis promesas de los 18 años"

III. UNA OFERTA DE ALTERNATIVA: LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAUL

Federico Ozanam, animado por su celo ardiente, proporcionó a los jóvenes de su tiempo un refugio novedoso donde calmar su sed de donación: una organización católica de apostolado laico con proyección universal y permanente. Descubrió una fórmula que, de alguna manera, encauzaría la energía juvenil y aliviaría la clase más marginada: los pobres.

1. Una sociedad fundada por y para los jóvenes

A los jóvenes llama principalmente, desbaratando inercias en lo profundo de las almas, y fomentando la entrega generosa de esta edad de la vida, rasgo original y permanente de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Jóvenes fueron los fundadores y no sólo de edad, sino jóvenes de ilusión, jóvenes de entusiasmo, jóvenes de ideas, que además de practicar la caridad, les servía de base para salvaguardar precisamente su juventud.

En el preámbulo del Reglamento, que estuvo en vigor hasta el Concilio, se puede leer: *"El espíritu joven consiste en dinamismo, entusiasmo, proyección en el porvenir, es la aceptación generosa de los riesgos, es la imaginación creadora; sobre todo es la adaptabilidad, propiedad esencial de la juventud, mucho más importante que la adaptación que puede transformarse en esclerosis cuando se ha perdido el deseo de adaptarse de nuevo. Dar a los jóvenes las mayores facilidades para que entren en la Sociedad, comprenderlos, dialogar con ellos, con paciencia recíproca, darles cargos; todo ello es necesario para la captación y una exigencia de fidelidad a los orígenes de la tradición vicentina de Ozanam."*

Y en el Reglamento de Mayo de 1975 se establece: *"Se recomienda que en cada Consejo exista una Comisión de jóvenes que se ocupe esencialmente de estimular a la juventud a participar en la vida de la Sociedad, en la creación de nuevas Conferencias y en promover nuevas actividades. Las Comisiones de jóvenes estarán siempre representadas en los Consejos de los que dependen"*

Más adelante agrega: *"Cada una de las Comisiones de jóvenes serán Organos consultivos de sus respectivos Consejos. En la Comisión Nacional estarán representadas directa o indirectamente todas las Comisiones... Efectivamente, los jóvenes están más libres y desligados de los deberes de la vida que un hombre formado, con familia y hogar, que le atan y le obligan a dedicarse a otros intereses. El joven, abierto y sin prejuicios, tiende a agarrarse a lo primero que encuentra y de ahí la importancia de ofrecerles plataformas firmes y cimentadas donde puedan edificar sobre roca, a fin de que "los huracanes y la irrupción del río no pueda moverla porque está bien cimentada"*.

A pesar de que sus fundadores eran jóvenes universitarios, no dudaron en ponerse a los órdenes de un hombre maduro, de cuarenta años de edad, casado y ejerciendo la docencia, a fin de recibir de él su sabia experiencia. Este hombre era Bailly, director del periódico *La Tribune Catholique*, presidente de la Sociedad durante los once primeros años hasta que se organizó y consolidó. Junto a estos jóvenes comenzaron a llegar otros, que no lo eran tanto, y que aportaron su prudencia y su experiencia.

Bailly así lo indicó en sendas circulares: *"Nuestras Conferencias, compuestas en sus principios de jóvenes, se han aumentado en todas partes, con gran número de hombres avezados en la práctica de toda clase de obras buenas:"* (Circular 14-VIII-1841). *"El espíritu de conservación y de permanencia es el que caracteriza a las sociedades cristianas y caritativas. Parece muy aplicable al caso aquel axioma vulgar: No cortes árboles viejos para plantar árboles nuevos, porque eso sería sacrificar lo cierto a lo dudoso: déjese, pues, que crezcan los unos sin arrancar los otros. Verdad es que los nuevos, llenos de savia, son garantía del porvenir; pero los antiguos protegen a los nuevos y dan generalmente más sombra y más frutos."* (Circular 1-XII-1842).

2. De cómo nacen las Conferencias de San Vicente de Paúl

No hubiera sido pleno el desarrollo de Ozanam si su fe no le hubiera llevado al compromiso. "Rechazar el compromiso es rechazar la condición humana" (E. Mounier). Y como creyente, se dijo sin ambages: "Este no es el mundo que Dios y nosotros queremos". Y siguió el ejemplo de Jesús, que no sólo dedicó su vida a la salvación de los hombres, sino que invitó a otros a colaborar en esta misma tarea. Asumió el compromiso de creyente "cogido" por Dios mismo, utilizó la inteligencia y su espíritu organizador, e inició su "Obra" invitando a otros a comprometer su vida de una manera organizada. Y nacieron las Conferencias. Las Cartas que escribió durante los 5 años que residió como estudiante de Derecho en París (1831-36), nos revelan la categoría de su alma. Escritas en el ardor de su juventud, se constata su evolución, que en un principio, no fue del todo halagüeña. Se siente solo, la corrupción del ambiente le inspira terror y por ello necesita agruparse para contrarrestar esta situación de la época. Su ardiente generosidad se inflama y escribe: *"La tierra se enfría y a nosotros, los católicos, nos toca dar el calor vital que no existe. Somos nosotros los que tenemos que volver a empezar igual que los mártires..."*

Estos jóvenes estudiantes cristianos tenían una sola pasión, el cristianismo, la Iglesia, la defensa de esta institución, amada y venerada, contra los ataques virulentos del espíritu del siglo: el racionalismo. Con un talante de firmeza y caridad, se aplicaron y llevaron a la práctica los consejos paulinos: "Estad alerta, manteneos firmes en la fe, sed hombres robustos y todo ello, con amor." (I Cor. 16, 15) Durante su estancia en París como estudiante, Federico Ozanam, además de las clases universitarias, asistía a las reuniones del grupo de "Les Bonnes Etudes" dirigido por Bailly que en 1832 se transformó en las Conferencias de la Historia. En este ambiente se vieron colmadas sus más profundas aspiraciones, ya que, celoso por ayudar a los jóvenes que, como él, se sentían fuertemente desarraigados del hogar paterno, pensó en reunirlos para formar una Asociación. Estas inquietudes se las comunica a su primo: *"Quisiera formar una reunión de amigos que trabajaran juntos en el edificio de la ciencia bajo el pensamiento católico"*

La ocasión se la brindó un joven santsimoniano, Juan Brouet, que le lanzó un reto en el transcurso de una de esas reuniones en la citada Conferencia de la Historia. Les denunció en cara el contraste de la acción cristiana de la antigüedad con la debilidad del momento, por la que se llegaría a la extinción del cristianismo.

Esta fue la chispa que puso en funcionamiento el motor de la caridad de ese joven fogoso lleno de amor de Dios y a los hermanos más necesitados. Este toque de atención fue un fuerte resorte que le hizo caer en la cuenta de que no es suficiente profesar la fe, sino que es necesario actuar. La voz y el ejemplo lejano de los antiguos hombres caritativos de su ciudad natal (Lyón), las agitaciones turbulentas de los santsimonianos y el ejemplo de sus

caritativos padres, pusieron en funcionamiento y lanzaron a Federico Ozanam hacia los pobres, buscando unirse en acción liberadora para ellos y para los demás.

Al inicio de esta Asociación, tanto Federico como sus amigos, no tenían la menor intención de resolver "una acción o cuestión social", sino que su objetivo era acrecentar en ellos mismos la vida cristiana. Pretendían asegurar su fe y demostrar con obras que el cristianismo no había muerto. A la sombra de Bailly, hombre maduro en años y en experiencia, comienzan su andadura los seis primeros jóvenes. Su deseo de expansión se lo comunicó por carta a su primo, a quien hace su confidente: *"Desearía que todos los jóvenes de cabeza y de corazón se unieran para realizar la obra caritativa, y que se formara en todo el país una vasta asociación generosa para aliviar a las clases populares. Ya te explicaré lo que hemos hecho en París, a este respecto, estos años y el pasado"*.

Los orígenes de las Conferencias los cuenta el mismo Ozanam en el discurso inaugural de la Conferencia de Florencia, siete meses antes de su muerte: *"Os halláis delante de uno de aquellos ocho estudiantes que, hace veinte años, en Mayo de 1833 se reunieron por vez primera al amparo de la sombra de San Vicente de Paúl, en la capital de Francia... Sentíamos el deseo y la necesidad de mantener nuestra fe en medio de las acometidas efectuadas por las diversas escuelas de los falsos profetas... Entonces fue cuando nos dijimos ¡trabajemos! Hagamos algo que esté conforme con nuestra fe. Pero ¿qué podríamos hacer para ser católicos de veras sino consagrarnos a aquello que más agradaba a Dios? Socorramos, pues, a nuestro prójimo como hacía Jesucristo, y pongamos nuestra fe bajo las alas protectoras de la caridad. Unánimes en este pensamiento nos juntamos "ocho..:" Sí, realmente para que Dios bendiga nuestro apostolado, una cosa falta: Obras de caridad. La bendición de los pobres es la bendición de Dios. Dios había determinado formar una gran familia de hermanos que se difundiese. Por ahí veréis que no podemos nosotros llamarnos con verdad los fundadores, sino que es Dios quien la ha fundado y la ha querido así"*

Este lenguaje es común a todos los fundadores. Sentirse "superados" por Dios en sus ideas iniciales o en sus proyectos de fundación. Podemos recordar aquí lo que San Vicente de Paúl decía a las primeras Hermanas en la conferencia que les dirigió el 14 de junio de 1643 al explicarles sus orígenes: *"Yo no pensaba en ello, ni el Sr. Portail, ni la Señorita Legrás, Dios lo pensaba por nosotros, es Él, el que podemos decir que es el autor de vuestra compañía"*

Federico Ozanam había descubierto que, la forma más segura de conservar y mantener viva su fe era poner la Obra al servicio de los necesitados.

3. Una Hija de la Caridad en los comienzos

La misma tarde en que habían sido apostrofados por los enemigos de la religión, junto con su amigo Le Taillandier, fueron a llevar a una familia necesitada las provisiones de leña que se reservaban para pasar el invierno. Fue un rasgo heroico pero individual, hacía falta algo organizado. Bailly les puso en contacto con una Hija de la Caridad, Sor Rosalía Rendu, que se distinguía por su servicio y entrega en el barrio contiguo al Latino, en el cual habitaban estos muchachos. Era el barrio de Mouffetard. De esta mujer admirable y sencilla al mismo tiempo, aprendieron la generosidad y apertura a toda miseria y sufrimiento humano. De esta casa salieron consignas y misiones de servicio, las cuales recorrieron el barrio como verdaderos mensajeros de caridad.

Sor Rosalía les orientó y les proporcionó direcciones de familias necesitadas, así como un amplio crédito con el que pudieron afrontar el comienzo y distribuir abundantes limosnas.

Junto con los "bonos", estos jóvenes aportaron a las gentes el regalo de la cordialidad y joven simpatía a través de la visita personal, amiga y fraternal.

El carácter y la vinculación tan marcadamente vicenciana de estas Conferencias de la Caridad, no cabe duda que se debe, en parte, a los primeros contactos con esta Hija de la Caridad, Sor Rosalía, que, a través de su persona y de su Obra, reflejaba fielmente el espíritu de San Vicente de Paúl.

Esta Hermana asombró al París inquieto de la primera mitad del siglo XIX con el testimonio vivo de su amor a todos. Tuvo contactos con ricos y obreros, jóvenes y ancianos, desde el Emperador hasta el último. Federico Ozanam y sus compañeros aprendieron de ella a acercarse a los humildes llevados por su mano. Nadie marchaba de su lado sin recibir ayuda, orientación y consuelo. Su corazón, abierto a toda necesidad y miseria, comprendía el sufrimiento y se ganaba a todos. Era la encarnación y el reflejo del espíritu vicenciano: "ver y contemplar a Jesucristo en sus miembros dolientes, los pobres:"

Los miembros de las Conferencias colaboraron también estrechamente con Sor Rosalía durante la época del cólera. Ella los organizó por todos los barrios de París para auxiliar a los apestados, cuando el terror se había apoderado de la población, y dieron ejemplo de su celo, sobre todo, en el Departamento XII de París.

De Sor Rosalía y de tantas Hijas de la Caridad se ha llegado a decir que: "Son el fruto maduro de la mirada revolucionaria de Vicente de Paúl". Ahí, en la miseria y abandono de los pobres, llegará tanto Ozanam como sus compañeros a descubrir, como Sor Rosalía, que los pobres son el sacramento de Cristo, como afirma el teólogo J. Moltman: Los pobres antes de destinatarios de nuestros servicios, son presencia latente en el mundo del Señor crucificado. Cristo y los pobres son un binomio inseparable.

La influencia de Sor Rosalía tuvo un peso específico en las primeras andaduras de las Conferencias, en un principio limitadas a su círculo íntimo. A los dos años el señor Le Prévost propuso desdoblarse la Conferencia a fin de extender la caridad estableciéndola en la Parroquia de S. Sulpicio. Ante las discusiones bastó decir que la idea procedía de Sor Rosalía y esta razón fue decisiva. Gracias a ella la expansión iba aumentando hasta cumplirse lo que en visión profética dijo Ozanam: "Llegarán a cerrar al mundo dentro de una red de caridad:"

De seis jóvenes, que eran en un principio, pronto pasarán a ser quince; y enseguida se juntaron más de cien. De una Conferencia en París ubicada en la Parroquia de Saint Etienne du Mont, fue necesario pensar en una división a causa del número. Con este motivo escribe al Sr. Bailly: *"Pienso que ha llegado la hora de extender la esfera del bien. Las Conferencias tan numerosas conviene dividir las en secciones"*.

A pesar de cuánto les costó esta separación primera, se dividieron en cuatro delegaciones, tomando el nombre de la Parroquia en donde comenzaban a tomar parte: Saint Philippe du Roule, Saint Sulpice y Notre-Dame Nouvelle, además de la ya establecida de Saint Etienne du Mont. Y de París saltaron a Nimes, a Lyon... sembrando poco a poco la geografía francesa. La implantación del Reino, la Obra de Dios se multiplicó; es la levadura en medio de la masa o la semilla del grano de mostaza convirtiéndose en árbol frondoso.

Desde un primer momento, San Vicente de Paúl sería el inspirador de las Conferencias de la Caridad y fue elegido como Titular y Patrono de la Obra. Los "ocho" primeros fueron a ponerse bajo la protección del Santo en la Parroquia de Clichy, primera Parroquia que rigió en París.

Participaron en la procesión y llevaron sobre sus hombros las reliquias de su insigne patrono. Ozanam explicó las razones que tenía para ponerse bajo su protección: *"Un santo patrono es un modelo. Es menester esforzarse para actuar y realizar las obras como él mismo las realizó. Tomar como modelo a Jesucristo como él lo hizo. Es una vida que hay que perpetuar, en su corazón hay que alentar el propio, en su inteligencia es necesario buscar*

luces. Es un apoyo en la tierra y un protector en el cielo, a quien se le deben un doble culto de imitación y de invocación. San Vicente de Paúl tiene una inmensa ventaja por la proximidad del tiempo en que vivió, por la variedad infinita de los beneficios que esparció, y además por su universalidad..."

Al elegir a San Vicente de Paúl como Patrono, Ozanam puso su Obra en línea referencial a Jesucristo, como servidor fiel del designio del Padre, que le consagró y envió para llevar la "buena noticia" a los pobres. El santo, los siglos antes, propuso a Cristo como patrono de sus Caridades. Así podemos leer en el Reglamento de la Caridad de las mujeres de Châtillon: *"Y puesto que la santa costumbre de la Iglesia, en todas las cofradías es proponer un patrono, y como las obras toman su valor y su dignidad de la finalidad por la que se hacen, estas sirvientas de los Pobres toman por Patrono a Nuestro Señor Jesucristo y por finalidad el cumplimiento de aquel ardentísimo deseo que tiene de que los cristianos practiquen entre sí las Obras de Caridad y de misericordia, deseo que nos da a conocer en aquellas palabras suyas "sed misericordiosos como mi Padre es misericordioso..." y aquellas otras: "Venid, benditos de mi padre porque tuve hambre y me disteis de comer..."*

Aquí podemos ver cómo Federico Ozanam llegó a identificarse con S. Vicente de Paúl, tomándole como patrono, dando su nombre a la Obra, y, a veces, llegó a utilizar su mismo lenguaje, expresiones tan vicentinas como: *"Socorramos a los pobres como hacía Jesucristo y pongamos nuestra fe sobre la protección de la Caridad. Vosotros sois nuestros amos y nosotros seremos vuestros servidores..."*

4. Sus objetivos

Desde los comienzos tuvieron bien claro el fin que perseguían estas Conferencias de Caridad y trataron de cumplirlo lo más fielmente posible.

Al agrupar a sus amigos estudiantes para el servicio de los pobres, Ozanam, se fijó un triple objetivo:

- aportarse unos a otros un apoyo mutuo;
- reforzar su espíritu y su vida de fe dentro del ambiente de ateísmo y anticlericalismo militantes de la época y
- demostrar la beneficiosa vitalidad del cristianismo.

Otras connotaciones irán apareciendo poco a poco al ir cristalizando las Conferencias de Caridad. En repetidos escritos y cartas repite la no dependencia de la jerarquía eclesial: *"Será profundamente cristiana, pero a la vez será absolutamente laical"*.

Asimismo quedó patente que la Sociedad no tenía connotaciones políticas, ya que pensaban que sería un obstáculo para que la Obra se pudiera propagar. En un discurso, que pronunció en Livorno, les explicó su pensamiento: *"Jamás la Sociedad de San Vicente de Paúl se ha mezclado en política, el espíritu de partido está absolutamente excluido y gracias a Dios siempre estuvo ajena a las discordias civiles. Tiene sólo un fin: santificar sus miembros en el ejercicio de la caridad y socorrer a los Pobres en sus necesidades corporales y espirituales. Cuatro gobiernos se han sucedido en Francia en el espacio de cuatro años y nuestra Sociedad no ha perdido el carácter exclusivo de Sociedad de caridad, respetando a todos sin hostilidad hacia las personas"*.

Aprovecha toda circunstancia para ir explicando una y otra vez los fines y objetivos de la Sociedad.

Cuando su amigo Curnier fundó una nueva Conferencia en Nimes, le escribió: "El fin principal de la Sociedad es formar una agrupación o asociación de mutuo aliento para los jóvenes

católicos, donde se encuentre amistad, apoyo, ejemplo, un sustitutivo de familia cristiana, en la cual se ha crecido... Luego el lazo más fuerte es el principio de una verdadera amistad, es la caridad, y la caridad no puede existir sin expandirse hacia el exterior”.

Pero quiere que esta caridad sea vivida con intensidad en el seno de la misma Conferencia antes de ser proyectada en las obras exteriores; y sigue diciendo en la misma carta a León Courrier: *"Es nuestro interés primordial por el que nuestra Asociación ha sido fundada. Si nos damos cita bajo el techo de los pobres, es menos por ellos que por nosotros, es para hacernos amigos..."*.

Y sigue concretando aún más, para que quede bien claro que la visita al pobre no es un fin, sino un medio. Es ahora Francisco Lallier el que recibe la misiva: *"El objetivo de la Sociedad es, sobre todo, caldear y extender entre la juventud el espíritu del catolicismo. A tal fin la asiduidad de las reuniones, la unión de intenciones y de oraciones son indispensables. La visita a los pobres debe ser el medio y no el fin de la Sociedad"*.

Con el paso de los años los objetivos se modifican; lo que en un principio era pura ayuda entre los miembros, tres años más tarde, se cambia y se comienza a dar más importancia a la función social que podía aportar las Conferencias de S. Vicente de Paúl. Quiso sobre todo, servir de freno al choque de las fuerzas que en la sociedad se iban perfilando: la pobreza y la riqueza que, a causa de los egoísmos, avecinaban un golpe terrible. De esta forma querían trabajar para desarmar los odios que se veían surgir entre ambas fuerzas, tratando de mejorar a las clases populares. Esta idea fue tomando cuerpo en el ser y en el ánimo de Ozanam y sus amigos; la correspondencia de aquella época, sobre todo 1836-37, lo revelan reiteradamente: *"Hagamos crecer y multiplicar, hagamos lo posible por ser mejores, más tiernos y más fuertes, pues a medida que los días se juntan a los días, se ve al mal juntarse con el mal y la miseria con la miseria. El profundo desorden que existe en la sociedad es cada vez más visible. A los problemas políticos se sucede la cuestión social, la lucha entre la pobreza y la riqueza, entre el egoísmo que quiere coger y el egoísmo que quiere guardar, y entre esos dos egoísmos el choque será terrible. Si la caridad no se interpone y no se convierte en medianera, si los cristianos no dominan con toda la fuerza del amor a los pobres que tienen la fuerza del número y a los ricos que tienen la del dinero..."*

Estas Conferencias tuvieron en su tiempo una aceptación masiva a pesar de desenvolverse en un ambiente, anticlerical y hostil y donde las críticas a la religión cristiana estaban al día. Esta Institución, al presentar un programa benéfico-social, fue acogida con simpatía y con tolerancia.

Muchos cristianos vieron en ella un medio de atajar y paliar, en parte, las secuelas que conllevaba la incipiente revolución industrial, e incluso muchos vieron acallada su conciencia ayudando a estos jóvenes intrépidos que supieron, con audacia, adelantarse y plasmar lo que a muchos de ellos no les fue posible realizar.

Veinte años más tarde, Ozanam, en la Asamblea de Livorno en mayo de 1853, expresaba estas ideas para que sirvieran de ejemplo a sus compañeros italianos, y tenía el afán de que lo hecho en París se ampliara a lejanos lugares, y la caridad se difundiera con la misma fuerza con que la iniciaron en la primera reunión oficial en mayo de 1833, en casa de Bailly, calle de Petit Bourbon Saint Sulpice nº 8. No se sabe exactamente el día. Al querer recordarlo en 1880, cuando se puso la fundación por escrito con carácter oficial, no lograron recordarlo.

Las ideas principales de dicha Asamblea nos las cuenta el mismo Federico Ozanam a lo largo del discurso inaugural de la Conferencia: *"Los primeros miembros de la Conferencia, cuando hubieron subido las escaleras de la casa del pobre, distribuido el pan a la llorosa familia,*

enviado a la escuela a los niños desamparados, cuando se conoció que ellos eran los verdaderos amigos del pobre entonces encontraron no sólo tolerancia entre los de fuera, sino también favor y respeto. Por este siglo, si bien en muchas partes corrompido, hay que reconocer y merece alabanza, que, honra y respeta a los que se consagran a mejorar la suerte del pueblo, al aligerar el yugo de las necesidades que hacen inclinar la frente a los dolientes hijos de Adán. Cuando en Francia, en los luctuosos días del año 1793, altares e iglesias fueron expoliadas, no se vaciló en proponer una estatua a San Vicente de Paúl como bienhechor del género humano. Y permítaseme esta frase, en cierto sentido temeraria y sacrílega: a la vista del bien hecho al pueblo, los impíos perdonaron que la gente amara a Dios..."

Como toda Obra de Dios, esta Asociación no tuvo desde los comienzos un fin del todo elaborado, se fue perfilando con el tiempo, creció y se perfeccionó. Ninguno de los que la iniciaron pudieron prever los resultados obtenidos ni la difusión que dentro y fuera de Francia se llevó a cabo. Y ahí continúa, dispuesta a dar cobijo a cuantos quieren de algún modo hacer efectivo y concreto en el prójimo, el amor que tienen a Dios.

5. La originalidad de Federico Ozanam

La originalidad de Federico Ozanam, fundador de esta Sociedad de Caridad de San Vicente de Paúl, contiene una gran significación por haber puesto en marcha un 'Movimiento seglar de evangelización y ayuda caritativa'. Fue la voz precursora que advirtió la importancia de un quehacer laico que más adelante propiciaron Concilios y Encíclicas. El Concilio Vaticano II, con la Constitución Lumen Gentium en su Capítulo IV sobre los laicos y el decreto sobre el Apostolado Seglar, Apostolicam Actuositatem dio un espaldarazo a este movimiento de laicos.

Como en tantas ocasiones, Ozanam actuó con visión Profética, y con gran clarividencia supo aprovechar la coyuntura exacta del momento histórico en que le tocó vivir, supo, como dijo Pablo VI, "escrutar los signos de los tempos e interpretarlos a la luz del Evangelio". Precisamente, ciento diez años después de la muerte de Ozanam, el Concilio Vaticano II proclamó la urgente necesidad de este apostolado iniciado por él y los vicentinos, al afirmar en la Constitución dogmática de la Iglesia: *"Los laicos están llamados por Dios a contribuir desde dentro a la santificación del mundo a modo de levadura, cumpliendo su propio cometido y guiados por el espíritu evangélico y, de este modo, manifestar a Cristo a los demás, brillando ante todo, con el testimonio de su vida, con la fe, (a esperanza y la caridad. A ellos, por tanto, de un modo especial, corresponde iluminar y organizar los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados"*.

Es preciso reconocer y poner de manifiesto: primero que esta Sociedad es pionera de este moderno apostolado seglar para evangelizar y ayudar al mundo; segundo, que la obra de visitar a los pobres enfermos y necesitados, en sus domicilios no era nuevo en la historia del cristianismo. Desde su fundación la Iglesia vivió la caridad como esencial a su vida. La caridad se adelantó a los derechos humanos; los primeros cristianos se dedicaron a aliviar las necesidades y miserias de los pobres con una misión de diaconía dentro de la Iglesia. De ordinario con escasos resultados por falta de organización y trabas múltiples.

En el siglo XV, el espíritu de gran caridad de Bernardino de Feltre le llevo a reunir a 72 nobles de Vicenza para hacer semanalmente la visita a los pobres y luchar contra la usura, fundando para ello el Monte de Piedad.

También hay que apuntar que estas actividades caritativas estaban arraigadas desde antiguo en la ciudad de Lyon, emporio comercial y foco de todo tipo de actividades

industriales que atraían a una pléyade de campesinos que accedían a la vida urbana sin ningún amparo y con unas condiciones infrahumanas de ubicación. Estos hechos fueron muy criticados por los santsimonianos que los aprovecharon para escarnecer al cristianismo al que hacían responsable. Por otra parte, Lyon había sido, bajo el Antiguo Régimen, "la ciudad de las limosnas." La obra de La limosna general creada en 1531 estaba organizada desde una diaconía en recuerdo de los primeros diáconos de la Iglesia. Estas visitas fueron frenadas por la Revolución de 1789. El fin principal de esta obra era socorrer a multitudes de famélicos que: "delgados, macilentos y desfallecidos descendían de los barcos hacia la ciudad." Se perpetuó bajo el nombre de Hospicio de la Caridad.

También es sabido que en el siglo XVII, hubo un intento fallido por parte de San Francisco de Sales de fundar una Congregación con este motivo, que bien pronto tuvo que recluir dentro de los muros de un monasterio: las visitandinas. Más suerte, gracias a su perspicacia, tendría Vicente de Paúl con las Caridades y más adelante con la Compañía de las Hijas de la Caridad. No obstante, a pesar del carácter laical que les quiso imponer y los privilegios que consiguió dentro de la organización de la Iglesia, dicha Compañía está vinculada con votos, constituciones y vida en común.

La Sociedad de Caridad que Federico fundó no exigía votos religiosos, ni especiales devociones, ni una forma determinada de vida. No estaba dirigida por el clero sino por laicos los cuales tenían un objetivo muy claro: querían evangelizar a quienes no conocían la fe a través de unas limosnas llevadas a sus moradas como medio de actuar.

Durante el tiempo en que Federico Ozanam fue Presidente de las Conferencias de Lyon se planteó el problema de cierto cariz espiritualista entre los miembros, del nodo y manera de desenvolverse la Sociedad. Ozanam vio aquí un peligro de que pudiera ponerse bajo la dirección eclesiástica, de tal suerte que fuera absorbida por algunas congregaciones religiosas famosas por aquel tiempo. El hecho sería muy loable, pero muy contrario al fin de las Conferencias. Se llegó a un acuerdo y se establecieron algunas conclusiones: *"A partir de la próxima Asamblea General la presidencia efectiva de la reunión deberá ser ejercida, no por el Sr. Cura de San Pedro, sino por el Presidente de la Sociedad. El Sr. Cura sólo honrará la reunión con su presencia"*.

En el segundo punto de la misma sesión dicen: *"El fin de la Sociedad es sobre todo fomentar y propagar en los jóvenes el espíritu cristiano. La unión de intenciones y plegarias son indispensables, y la visita a los pobres debe ser el medio y no el fin de nuestra Asociación"*.

La caridad era el medio empleado por este apostolado laico destinado a cristianizar un mundo descreído. La Revolución francesa, al finalizar el siglo XVIII, trastocó todos los estratos de la sociedad, en especial a los más pobres, donde la imagen de la religión quedó en absoluto desprestigiada. La predicación de las doctrinas de la diosa razón y los Derechos del hombre, llevó a la discordia y confusión de ideas esparcidas por doquier, invadiendo sobre todo las clases más humildes. La imagen del sacerdote o de la religiosa quedó desprestigiada, disueltas las congregaciones religiosas y, en muchos ambientes, eran rechazadas grosera y violentamente.

Ozanam supo aprovechar esta coyuntura para sustituir de alguna manera al religioso por el laico. He aquí la novedad. Podemos decir que la caridad se secularizó para que unos mensajeros seculares pudieran infiltrar en estos ambientes un hálito de esperanza, allí donde los estragos de una incipiente industrialización eran evidentes, y el proletariado sufría una gran explotación a causa de su pobreza e ignorancia.

Al leer y releer las enseñanzas conciliares acerca de cómo debe ser el apostolado de los laicos, vemos cómo Federico Ozanam encarnó en su vida y en su obra esta doctrina con más de un siglo de adelanto: la acción caritativa es el distintivo del apostolado cristiano.

"Todo ejercicio de apostolado tiene su origen y su fuerza en la caridad... Por lo cual, la misericordia con los necesitados y los enfermos, y las llamadas obras de caridad y de ayuda mutua para aliviar todas las necesidades humanas, son consideradas por la Iglesia con singular honor...". "Los seculares deben completar el testimonio de su vida con el testimonio de la palabra. En el campo del trabajo, de la profesión, del estudio, de la vivienda, del descanso o de la convivencia, son más aptos los seculares que los sacerdotes para ayudar a sus hermanos, porque muchos hombres no pueden escuchar el Evangelio ni conocer a Cristo más que por sus vecinos seculares..."

Asimismo Ozanam, dio ejemplo de no limitarse a socorrer a los necesitados. Además realizó el apostolado cristiano de la palabra hablada y escrita desde sus diferentes cátedras y rigurosos escritos acerca de la Historia Medieval, de los poetas franciscanos, de Dante y la filosofía de Santo Tomás Becker. Complementando todos los servicios, fue más allá de lo material, infundiendo fe, amor y esperanza, a fin de que la instauración del Reino se hiciera más efectiva.

Responde así mismo esta Asociación a la doctrina Conciliar al poseer una fuerte expansión apostólica impulsada por el Espíritu Santo: *"Señal evidente de la múltiple y urgente necesidad del apostolado laico es la acción del Espíritu Santo que impele hoy a los seculares más y más conscientes de su propia responsabilidad y los inclina en todas partes al servicio de Cristo y de su Iglesia"*.

IV. SU ÚLTIMA ETAPA

Si Milán, Lyon y París son ciudades de gran importancia en la vida de Federico Ozanam, Marsella será la ciudad que recoja su último suspiro. Efectivamente, el día 8 de Septiembre de 1853, en este lugar geográfico se apagó lentamente una vida cristiana ejemplar desde todos los puntos de vista. El hecho estuvo marcado con el signo mariano, una feliz y providencial coincidencia hizo que, en la festividad de la Natividad de la Virgen, entregara su alma en las manos del Padre.

1. Abandona la docencia

Alrededor de la Pascua del año 1852 la salud de Ozanam empezó a resentirse. Una grave enfermedad le iba consumiendo y se hizo necesario un cambio de aires para intentar su restablecimiento. A finales de este mismo año, el Ministro de Instrucción Pública, Fortoul, antiguo discípulo del Colegio de Lyon, le encomienda una misión literaria en Italia, "una comisión de servicios." Ingenioso pretexto para endulzar el "trago amargo" que le apartaba del mundo de la docencia. Proponer a Ozanam que continúe un trabajo sobre la Italia de Dante o de San Francisco de Asís, en un lugar que él consideraba su segunda patria, lo acoge como un regalo y al mismo tiempo fue un paliativo para ocultar la gravedad de su estado. Federico Ozanam, que a la sazón tenía treinta y nueve años, había llegado a la cumbre de la intelectualidad francesa desde la Cátedra de Literatura Extranjera en la Sorbona de París. Pero, estaba herido de muerte. La tuberculosis minaba su organismo. Se le recomendó una cura de reposo en el mediodía de Francia, donde pasó el verano de 1852.

Apartado de toda actividad docente, se le tasa el tiempo que puede dedicar a escribir. Su hermano Carlos, diez años menor que él y médico famoso, señala al enfermo, como muy

conveniente para sus vías respiratorias, las aguas termales de Eaux-Bonnes en los Pirineos occidentales franceses, balneario inmediato a Lourdes. Allí permanece hasta mediados de agosto, donde encuentra una gran mejoría. Visitó con gran alegría la patria chica de San Vicente, saboreando todos los lugares en que se desarrolló la niñez de su Santo Patrono, y hasta envió al Consejo de París, como reliquia, una rama del árbol a cuya sombra se cobijaba el Santo y rezaba delante de una estatuilla de la Virgen cuando era pastorcillo.

En compañía de su hermano, su esposa e hija visitó San Sebastián en el mes de octubre y a pesar de su estado se atreve a penetrar en viaje de turismo, de estudios y a su vez aprovecha para reunirse el día 19 de noviembre con los burgaleses socios de la Conferencia de San Vicente de Paúl recientemente fundada (sólo lleva funcionando desde el otoño de 1851).

Don Agapito Sancho, presidente de esta Conferencia, escribió el 4 de diciembre de 1852 a D. Santiago Masarnau (fundador de las Conferencias en España) y, entre otras cosas, le dice: *"Hemos tenido el placer de visitar a Mr. Ozanam, Profesor de Letras de París y miembro de la Conferencia de Saint Germain, quien se alegró sobremanera de verse rodeado de hermanos, informándose del estado y marcha de la Conferencia, quedando muy complacido. Ha venido a ésta al estar viajando por motivos de salud, pero al ver un temporal tan malo, como ha hecho los días pasados, se volvió a Bayona, sintiendo no poder asistir a una de nuestras reuniones"*

El mismo Ozanam, en su célebre epistolario y en la carta que escribió desde Burgos a su hermano Carlos, con fecha 19 de noviembre, le explicó su encuentro con los burgaleses con las siguientes palabras: *"Al salir de la Catedral, encontramos una lluvia tan furiosa, un huracán tan violento, las calles tan intransitables que fue preciso renunciar a recorrer hoy el resto de la ciudad. Sólo en algunos intervalos recorrimos la Plaza Mayor y sus curiosas tiendas. Vi el lugar de la Casa del Cid, el arco de Fernán González, Conde de Castilla e hicimos una interesante visita en casa de una señora, donde encontré a uno de los fundadores de la Sociedad de San Vicente de Paúl en Burgos. Al final compré viejos romances y Amelia regateó unas mantillas. Ahora iremos a dormir esperando que mañana los santos y los héroes de Castilla hagan salir el sol para nosotros."*

Es este mismo hermano el que recibe las impresiones de su devoción mariana, junto con sus efluvios hacia la Señora. Al igual que en otras peregrinaciones, oró en la catedral, esponjado en el amor a la Virgen de una manera tierna y delicada: *"...Virgen buena, danos para nosotros y para los nuestros, afirmar esta casa frágil y este pobre cuerpo. Haz subir hasta el cielo el edificio espiritual de nuestras almas"*

Posteriormente, el Consejo General de las Conferencias de París en Carta fechada el 5 de febrero de 1853 confirma las excelentes noticias que Ozanam les había dado desde Burgos sobre la buena acogida y funcionamiento de la Conferencia. Y hasta qué punto había encontrado vivo entre ellos el dulce sentimiento de la confraternidad.

Fruto de este viaje de Ozanam a España fue su brillante opúsculo "Una peregrinación al país del Cid", que constituye su testamento literario, ya que muere a las pocas semanas de redactar el último capítulo.

2. Últimos días en Italia

El día 24 de noviembre Ozanam llegó a Bayona, después de hacer noche en San Sebastián, y a continuación se dirigió a Marsella, donde le esperaba su suegra. Esta se unió a la comitiva, para continuar su viaje a Italia. Fatigado, con una ligera hinchazón en sus piernas, continúa, en diligencia, una etapa de 25 a 30 horas de camino. Tranquilo disfruta del paisaje

mediterráneo que aparece a su vista en todo su esplendor. De Génova a Livorno el viaje es marítimo y después de 14 horas llega a Pisa el día 10 de Enero de 1853.

Mucho disfruta en esta ciudad alternando el trabajo, en la Biblioteca, visitas de arte y largos paseos, cuando el tiempo le es favorable. Escribe y anima verbalmente a los miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl, allí establecidas, e incluso consigue su fundación en Toscana me estaba pendiente de autorización. Pero el edema de sus piernas le obliga, a menudo, al reposo.

Sin saberlo su esposa el día 23 de Abril de 1853, día de su 40 cumpleaños escribió su testamento. En él podemos descubrir el resumen de su vivir. En uno de sus párrafos sintetiza y confiesa su amor por la Iglesia y el deseo de perseverancia en la fe de aquellos que ama. *"Muero en el seno de la Iglesia católica, apostólica y romana. He conocido las dudas de nuestro siglo, pero a lo largo de mi vida me he convencido de que no hay reposo para el espíritu y el corazón más que en la Iglesia y bajo su autoridad... Ruego por mi familia, mi esposa, mi hija y demás parientes para que perseveren en la fe y sean testigos a pesar de los escándalos y demás sufrimientos de la vida."*

El mismo día elevó a Dios una rica plegaria apoyándose en el comienzo del cántico de Ezequiel (is. 38, 10). A la luz de este Cántico, se puso en la presencia de Dios y se sintió inclinado a hacer un balance de su existencia, un examen de sus éxitos y de sus miserias. Se hizo un juicio crítico sobre sus obras y también sobre sus omisiones. *"Yo pensé en medio de mis días, tengo que marchar hacia las puertas de la muerte... Me privan del resto de mis años... Como un tejedor devanaba yo mi vida... y me cortan la trama... Yo no sé si Dios permitirá que yo pueda entender su voluntad. Yo sé que hoy cumplo mis cuarenta años, más de la mitad del camino de mi vida. Tengo una mujer joven muy querida y una hija encantadora, excelentes hermanos, una segunda madre, muchísimos amigos y una carrera de prestigio, algo que muchos quisieran poseer. Pero también me encuentro afectado por una grave enfermedad que me tiene completamente agotado..."*

Después de haber reconocido todos los bienes recibidos de Dios sigue preguntándose: *"¿Es preciso dejar todo aquello que de Vos he recibido? ¿Cual es la parte que queréis que inmole?... Si yo vendiera la mitad de mis libros y entregara su importe a los pobres y dedicara el resto de mi vida al servicio de los indigentes, ¿estaríais Señor satisfecho y me dejaríais envejecer al lado de mi esposa atendiendo a la educación de mi hija?... Pero ésta no es vuestra voluntad, rechazáis mis ofrendas y sacrificios. Es a mí a quien queréis. Está escrito al comienzo del libro, que debo hacer vuestra voluntad. Yo voy, Señor, si Vos me llamáis. No tengo derecho a quejarme, me habéis dado cuarenta años de vida... Si yo repaso mis años de amargura, es a causa de mis pecados, más cuando considero las gracias con que me habéis enriquecido, repaso mi vida delante de Vos, Señor, con agradecimiento. Si queréis que esté postrado en una cama el resto de mis días, también lo recibiré con gozo y estaré contento de haberlo superado. Si estas páginas son las últimas que yo escribo, quiero que sean un himno a vuestra bondad..."*

Da la impresión de un hombre que se siente acabado, pero al mismo tiempo nos descubre un estado de donación que, lejos de proceder de una resignación fatalista, es propio de quien está abierto a la voluntad de su Creador. Esta oración, llamada la oración de Pisa, nos descubre el grado de madurez que ha alcanzado y su relación con la trascendencia. Es el momento del abandono total. El gran sacrificio de su vida.

Al llegar el mes de Mayo, los médicos le recomiendan un lugar más soleado en San Jacopo, cerca de Livourne. Sus cohermanos de las Conferencias de San Vicente de Paúl de Livourne terminaron por encontrarle una casa a una hora de esta villa, en la villa de Antignano más

cerca del mar. La enfermedad iba progresando de una manera alarmante, llegando al extremo de no poder caminar. Una profunda melancolía se apodera de Federico Ozanam que se refleja en su rostro y se traduce en sus pocas palabras. Los hermanos son avisados y junto con su esposa deciden abandonar Italia ante el peligro de un cercano desenlace.

La víspera, llegado el momento de abandonar la casa, vuelve a dirigirse a Dios con una sentida y profunda oración, la "Oración de Antignano": *"Dios mío, os doy gracias por los sufrimientos y aflicciones que me habéis dado en esta casa, acéptalos como expiación de mis pecados..."* Y dirigiéndose a su esposa le dijo: *"Quiero que bendigas a Dios por mis dolores..."* Y abrazándola añadió: *"También bendigo a Dios por los consuelos que me ha dado."*

3. Su muerte en Marsella

La travesía hacia Marsella la realizaron en un barco llamado "Industrie" y tras un doloroso viaje llegan a puerto el día 2 de Septiembre de 1853, experimentando una gran alegría al volver a contemplar las costas francesas.

Los días siguientes estuvieron marcados por el sobresalto, ya que se advertía una fase nueva de empeoramiento. Al amanecer del día 8, la respiración se fue haciendo más difícil e irregular. Sobre las siete y media de la mañana, Federico Ozanam, abriendo los ojos, dijo en voz alta: "DIOS MIO, TEN PIEDAD DE MI:" Fueron sus últimas palabras. Su esposa y sus hermanos cayeron de rodillas y Alfonso, su hermano sacerdote, inició las oraciones de la recomendación del alma. Eran las ocho menos diez minutos de la mañana, jueves y festividad de la Natividad de la Santísima Virgen, a quien tanto amó y rezó durante su vida. El encuentro con la Verdad Eterna fue para él, el fin de la trayectoria de una vida consagrada a su defensa.

El acta de defunción dice lo siguiente: *"Antonio Federico Ozanam, doctor en Derecho, doctor en Letras. Profesor de la Facultad de Letras de París, domiciliado en París, de paso por esta villa. Esposo de María Josefina Amelia Soulacroux. Hijo del difunto Juan Antonio Ozanam y María Nantas."*

El Testamento escrito en Pisa (Italia) se le entregó, el 9 de Septiembre, a Monsieur José Juan Bautista Alexandre Merendol, presidente de la Cámara del Tribunal de Primera Instancia de Marsella, lo hizo el Sr. Juez, Carlos Verger, que en estos momentos era el Presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl en aquel lugar.

El día 13 (para otros fue el 14), a las 9 horas se ofició un funeral por su alma. Practicada la autopsia, según sus últimas voluntades, se diagnosticó que una infección de riñón fue la causa de su muerte. Embalsamado el cadáver e introducido en un féretro de plomo se procedió al traslado de los restos mortales a París, donde el día 15 de Septiembre se celebraron las honras fúnebres con toda solemnidad en la Iglesia de San Sulpicio. Con este motivo se reunieron eminentes autoridades, sacerdotes, profesores, un gran número de miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl, así como gran afluencia de público en general.

Por encargo de su esposa, su cuerpo reposa en la cripta de la Iglesia de San José de los Carmelitas, Instituto Católico de París. Sobre su tumba está escrita la frase evangélica: *"¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?:"*

En la pared frontal, está pintada la alegoría del buen samaritano y en un catafalco de mármol se lee el siguiente epitafio en latín:

"OZANAM PIENTISSIMUS ADSERTOR TOTIUS CARITATIS VIXIT A. XL. M. IX. D. XVI. DECESSIT DIE VIII SETP MDCCCLIII AMALIA CONJUGI CUM QUO VIXIT ANN. XII ET MARIA PATRI POSUERUNT
¡VIVAS IN DEO!

Fue profundamente llorado como esposo, padre, hermano, amigo, profesor, compañero.... Numerosos testimonios dieron fe de la grandeza y santidad de la persona de Federico Ozanam. La prensa francesa y extranjera se hizo eco, ante el hecho de ésta partida prematura. Durante Septiembre y Octubre fue noticia de primera página. En términos emotivos y calurosos resaltaron la vida y obras de este gran cristiano e ilustre Profesor, destacando las cualidades de su corazón y de su gran espíritu. Sus amigos, Lacordaire, Ampere, Montalembert... dejaron testimonios de gran valor. Su amigo A. Dufieux hizo de él un sentido panegírico donde manifestó que, a pesar de su corta vida, 40 años, estaba maduro para el cielo. Dios se apresuró a recompensar, tanto su virtud como sus trabajos realizados en la búsqueda, siempre, de la VERDAD y esto no se ha apagado con el correr de los tiempos: *"Nunca una vida fue tan igual así misma... Yo lo conocí a la edad de 19 años, desde entonces no he dejado de amarle como a un hermano, ¡cuántas virtudes le he visto practicar! ¡Qué bueno, qué paciente, qué agradable era para todos! Totalmente le acaparaba la gloria de Dios, la dedicación a los amigos. Después de haber sido el mejor de los hijos, de los hermanos, de los amigos, fue también, el más tierno, el más solícito de los maridos y de los padres. Su vida la podemos resumir en tres palabras: oración, trabajo y entrega. Así, él, con un corazón que sobreabundaba en amor, con una inteligencia que llegaba a todo, había llegado a las más altas cimas de la ciencia donde se halla la aureola de la gloria y del genio. Es esta la más alta meta de la ambición humana, pero Federico sólo buscó a Dios, y, llegando a este punto elevado, en el mismo momento que alcanzaba las cimas, encontró a Dios..."*

Sus amigos, las personas que convivieron con él, supieron apreciarle en su valor exacto. Dejó una estela digna de recordar, admirar y tener por modelo.

Cuando el Concilio Vaticano II recomendó en la Lumen Gentium a los obispos que promoviesen la dignidad y responsabilidad de los laicos en la Iglesia, dejándoles libertad y espacio para actuar; animándoles para emprender obras por su propia iniciativa, hacía más de un siglo que Federico Ozanam, apoyado primeramente por Monseñor De Quelen y más tarde por Monseñor Affre, había encarnado por propia iniciativa, su misión profética.

Y si el día 8 de Septiembre de 1853 se extinguía su vida, su obra se empezó a expandir por todo el mundo. Su actividad de apostolado laico sigue siendo un ejemplo vivo que arrastra a los seglares del mundo católico.

CAPITULO II: FEDERICO OZANAM Y SU COMPROMISO SOCIAL

I. LA LUCHA POR LA JUSTICIA SOCIAL

Por su vida y por su obra, Federico Ozanam demostró que la cuestión social no es de orden puramente económico. Depende también de la actitud moral y, por consiguiente, de la religión, de ahí que los cristianos tengan que tomar posturas y asumir graves deberes y responsabilidades. La vida debe tener su fundamento en las virtudes morales, sobre todo las que rigen directamente las relaciones humanas: la justicia y la Caridad. Hoy es de todos reconocido, incluso por los no católicos, que sin una renovación moral la reforma social es imposible.

Le tocó vivir el tiempo en que se acuñó este nuevo concepto: "la cuestión social." Los pensamientos que se observan a través de sus cartas, artículos y demás escritos parecen más acordes con nuestro tiempo que con el suyo. En muchos aspectos fue un precursor. Cuando apenas tenía veintitrés años, pensaba ya con espíritu casi profético. Con respecto a este tema, defiende y deja muy claro que el catolicismo social se distingue de la caridad tradicional, en la toma de conciencia de este nuevo problema causado por la evolución de la sociedad y que afectaba, ante todo, a la clase obrera en todos sus aspectos laborales. Ante los efectos del desorden social, su acierto fue descubrir las causas para buscar remedios eficaces.

1. Situación social al principio del siglo XIX

En los albores del siglo XIX, la revolución industrial, con su organización fabril, había dado a luz una nueva clase social: el proletariado, la clase obrera, caracterizada por depender exclusivamente de su salario, obtenido por la venta de su fuerza física para el trabajo de la fábrica. Estos hombres, que sólo poseen su fuerza física y no pueden ofrecer más que su trabajo, están condenados por la naturaleza a encontrarse a merced del que los emplea. El "viejo" orden establecido, el Antiguo Régimen, que se remonta a los siglos XVI y XVII, se verá modificado profundamente como consecuencia de los cambios políticos, sociales, económicos y territoriales producidos a lo largo del siglo XIX, no sólo a escala europea, sino también mundial.

La manufactura fue, desde el siglo XVI, la forma tradicional europea. En un mismo taller se agrupaban los artesanos especializados y los no cualificados, dirigidos por un comerciante capitalista. La organización del trabajo se adaptaba a los métodos artesanos tradicionales.

A finales del siglo XVIII, la mecanización se concentró, así como la mano de obra; de esta manera, el trabajador perdía de vista el conjunto de su acción, se deshumanizaba y la relación personal con el patrono desaparecía. La utilización masiva de la máquina hace, a menudo, innecesaria la habilidad y la fortaleza física del operario.

Junto a una población visiblemente creciente, un ingente ejército de empobrecidos formaban la oferta de trabajo más flexible y abundante que podía esperar el empresario de la revolución industrial. Los trabajadores rurales fueron atraídos a las ciudades, bien por las transformaciones agrícolas o por el señuelo de los salarios más elevados, pagados por las manufacturas de los primeros años de la revolución industrial.

Las condiciones de vida eran peores que las que disfrutaban en el campo, pues un campesino podía siempre sobrevivir en las crisis mediante otras actividades, o bien por la beneficencia pública.

El proletariado urbano se veía obligado a residir en ciudades con pésimas condiciones de salubridad, con deficientes sistemas de alcantarillado, problemas permanentes de abastecimiento de alimentos, hacinamientos multitudinarios en sótanos y buhardillas; esto era la razón de que la mortalidad de niños menores de cinco años fuera del 50 por 100 de nacidos.

Ante hechos tan concretos y lamentables, Ozanam quiere poner remedio y escribe a su primo confiándole sus proyectos: *"Debemos trabajar con entusiasmo, con un noble instinto de porvenir en favor de las clases obreras hacinadas en grandes ciudades, aplastadas por un egoísmo desdeñoso, pobres islotes de nuestra sociedad que se autotitula libre e igual..."*

La vida de las fábricas era igualmente dura. Lo habitual eran jornadas de doce a diecisiete horas en turnos de día y de noche. Esta jornada se entendía normalmente para niños, mujeres y hombres. La distinción sólo estaba en el salario.

Aunque las tensiones sociales son, probablemente, tan viejas como la historia, la sociedad del siglo XIX, engendrada por la revolución industrial, mostró una conflictividad más consciente y más explícita en cuanto a su influencia histórica. Esta renovada y visible conflictividad se articuló en torno a este nuevo elemento social de la clase obrera. Se avecinaba una nueva era, una filosofía: el liberalismo, que, unido a un progreso material y con la ley del máximo beneficio, se olvidaba rotundamente de los factores éticos respecto a esa clase social que se incrustaba en la miseria porque vendía su fuerza física por un salario, cada vez más corto, y dependiendo de una libre contratación.

2. Actitud de Federico Ozanam ante la situación social

Hay que dejar bien claro que, Federico Ozanam, en su empeño por la lucha social, no tuvo un papel de hostigador, sino que en todo momento aparece como el reconciliador que quiere unir, encajar la fuerza del amor con la fuerza de las riquezas, la miseria y la abundancia. Buscó en todo momento una mediación cristiana entre las partes; la pobreza y el capitalismo, esas partes que C. Marx, en su "MANIFIESTO COMUNISTA" bautiza con el nombre de "LUCHA DE CLASES".

Mucho antes de este llamamiento al marxismo, Federico Ozanam, siendo profesor en Lyon de un Curso de Derecho Mercantil en 1839, abordó este tema de los dos campos donde adelanta "LA LUCHA DE CLASES" y se advierte su espíritu profético en cuestión social. Los dos campos, a los cuales se refiere son éstos: por una parte los empresarios y por otra los trabajadores, la clase laboral. Refutando a la vez el dirigismo del Gobierno que criticaban los partidarios del "laissez faire". Así pues este clarividente pensador, trataba de reconciliar los intereses respectivos de las dos partes, que forman la sociedad moderna: *"A las cuestiones políticas se contraponen la cuestión social, la lucha entre la pobreza y la riqueza, los egoísmos... y terrible será la lucha si la caridad no se interpone, si ella no se hace mediadora, si los cristianos no dominan toda la fuerza del amor"*.

Federico Ozanam, ante la situación histórica que le tocó vivir, subordinó toda su actividad a la acción social. Éste fue el epicentro de su actuar: la lucha por la solidaridad y la justicia. Su honor estriba en haber vislumbrado la importancia primordial que tenían estas cuestiones sociales en un mundo donde la mayoría de los espíritus estaban absortos en aspectos financieros engendrados por la revolución industrial. No podemos decir que fuera un sociólogo como tal, sino que tuvo una sensibilidad especial por los problemas sociales de su época.

Siempre ha sido necesario determinar el cómo y el porqué medios los hombres pueden participar de la riqueza procedente de su actividad. La justicia y la opresión no eran

conceptos nuevos en estos momentos. Sin embargo, los hombres del siglo XIX tuvieron que hacer frente a estos problemas, con connotaciones novedosas para la historia. La industria durante la primera mitad del siglo XIX experimentó un fuerte incremento de proporciones insospechables. La aplicación de la técnica en las fábricas y la afluencia de capitales hicieron aumentar el número de personas implicadas en la producción. Esto dio lugar al desarrollo de soluciones para algunos aspectos económicos, pero olvidó completamente los aspectos ético-sociales y la realidad de la gran masa de trabajadores.

En un ensayo que escribió Ozanam en este tiempo abordó la cuestión con una denuncia clara y contundente: *"La antigua escuela de los economistas no conocía peligro social más grande que una insuficiencia de producción. No había otra solución que forzarla, multiplicarla por una competencia limitada. No había más ley del trabajo que la del interés personal, es decir, el deseo insaciable de los patronos. Por otro lado, la escuela de los socialistas modernos considera que todo el mal está en la distribución viciosa y cree haber salvado la sociedad suprimiendo la competencia, haciendo de la organización del trabajo que alimente a sus prisioneros, enseñando a los pueblos a cambiar su libertad por la certeza del plan y la promesa del placer. Estos dos sistemas, uno de los cuales reduce el destino humano a producir, y el otro, a gozar, desembocan por diversos caminos al materialismo..."*.

Como se refleja a través de estas notas, estos aspectos no dejan indiferente a Ozanam; sus principios le separan, igualmente, del liberalismo y del socialismo. Así como no excluye ningún partido político, tampoco lo hace con los sistemas económicos, siempre y cuando la justicia y la caridad queden a salvo.

Como profesor enseñó Derecho mercantil en Lyon. Al explicar su asignatura, se le brindó la ocasión de abordar la delicada cuestión de las relaciones entre patronos y obreros, y lo hizo con la clarividencia de un espíritu recto, que ha observado mucho y tiene la convicción de un cristianismo social fundamentado en la justicia y la caridad.

Este catolicismo social, muy incipiente, quiso distinguirse de la caridad tradicional, y no sólo procuró socorrer a los miserables, sino prevenir la miseria social mediante las reformas de las estructuras de la sociedad. Ozanam luchó por defender las condiciones que la doctrina católica enseñaba. Entre ellas hay que destacar: que la persona del trabajador sea respetada; que sus deberes de familia y las cargas que conlleva estén a salvo; que pueda cumplir los preceptos de la religión, especialmente observar el domingo, garantías para asegurar la higiene física y moral de la fábrica. Es necesario que se reconozca que son criaturas hechas a imagen y semejanza de Dios.

Resulta de ello que la cuestión social es un hecho moral y, por tanto, religioso. Federico Ozanam no limitó el problema social al antagonismo del binomio pobres-ricos, ni tampoco pretendió una beneficencia individual, fue más que nada una respuesta inmediata a las necesidades urgentes.

Así refleja esta cuestión Duroselle en su obra: *"Es necesario saber situar esta acción dentro del cuadro social del último siglo, en el momento en que los obreros, sin protección, sin organización, sin cuadros propios, abandonados del Gobierno, explotados por los jefes de industrias, vivían en la miseria y el embrutecimiento. Acogían con alegría todas las formas de consagración a su detestable suerte. La Obra de Ozanam tenía como fin sustituir la limosna por la justicia social. Más bien se proponía fortalecer la fe de las personas pertenecientes a las clases abandonadas con la práctica del socorro desinteresado y fraterno. Realizar un trabajo oscuro, pero eficaz, con el acercamiento de las clases, que sólo podía efectuarse haciendo que las gentes ricas, que lo ignoraban, conociesen concretamente la miseria de los obreros..."*.

Es cierto que estos pioneros comenzaron por la caridad, pero bien pronto se dieron cuenta de que la acción individual era incapaz de atajar el nuevo régimen económico social. Aunque pocos en esta época, algunos, con cargos importantes dentro de la Iglesia, levantaron la bandera de la denuncia, como fue el caso del cardenal Croi, arzobispo de Ruan, que en 1838 ya había denunciado el trabajo de los niños en una Carta Pastoral en la que trataba del descanso dominical. Era una denuncia abierta, una llamada a concienciar a los fieles de sus obligaciones, a formarse una conciencia, una opinión favorable, sobre todo en torno a esta población infantil. *"A los niños se le han abierto en todo momento asilos y escuelas, mas después de estas actividades dignas de elogio, ¿cuál es, en realidad, la suerte de la infancia? Abrid los ojos y mirad. Los padres y los amos piden a estas tiernas plantas que den frutos en la estación de las flores. Por fatigas excesivas y prolongadas en demasía agotan su savia naciente, contada apenas para vegetar y perecer sobre un tallo ondulante y agostado. ¡Pobres niños! Que las leyes se apresuren a extender su protección sobre su existencia y que la posteridad lea con estupefacción sobre la frente de este siglo tan satisfecho de sí mismo: en estos días de progreso y descubrimientos se precisó una ley de hierro prohibiendo matar a los niños con el trabajo..."*

Ante el ambiente doctrinal de la época, invadido por un diluvio de doctrinas filosóficas heterodoxas, Ozanam siente la necesidad de esclarecer la doctrina católica. Desde joven ya hemos visto que mantuvo polémicas con los socialistas utópicos, primero en las Conferencias de la Historia y más tarde en alocuciones en el Círculo de Estudiantes. No podemos afirmar que, por su temperamento o por su gusto, hiciera un análisis crítico y razonado de las cuestiones sociales o un estudio completo de la producción o de los intercambios, sin embargo, los conocimientos que tuvo de Derecho le introdujeron, sin proponérselo, en el campo legal de carácter jurídico.

3. Ozanam y el socialismo utópico

En septiembre de 1848 escribió un ensayo sobre Los orígenes del socialismo, denunciando, a través de un recorrido por la historia, el peligro que pueden acarrear las diversas escuelas que se adhieren en más de un punto a las tradiciones cristianas, y cuyo error principal es dar nombres nuevos a virtudes antiguas, cambiar los consejos del Evangelio en preceptos y querer fijar en la tierra el ideal del cielo con apariencia de novedad que confunden a los más débiles.

El socialismo que él ataca o denuncia es el utópico, que se pronuncia como: *"La ordenación colectiva de los asuntos humanos sobre una base de cooperación, con la felicidad y el bienestar de todos como fin y haciendo resaltar no la política, sino la producción y la distribución de las riquezas"*

En Francia, el proletariado fue menos numeroso que en Inglaterra, pero una intelectualidad más sensible a las ideas políticas y a los cambios sociales e históricos, pro porcionaron a los movimientos sociales una serie de pensadores que reflexionaron sobre las condiciones de la industrialización y formularon soluciones ideales e incluso intentaron experiencias de conformación de nuevos arquetipos de sociedad. No sólo se quejaron de las injusticias, sino que trataron de aportar proyectos de ciudades futuras.

Existen algunos elementos comunes entre ellos, en general prefieren la "evolución a la revolución" y los medios pacíficos a los violentos. Frente a la hostilidad de las clases, predicán la concordia. En muchos de sus párrafos suenan los recuerdos roussonianos de la bondad innata del hombre. No centran el cambio social en la capacidad revolucionaria del proletariado, sino en el convencimiento progresivo y la aceptación, por parte de la

burguesía, de esa necesidad. Prestaron más atención a los proyectos que a los medios por los que podían llegar a realizarlos.

En 1802 vieron la luz las Cartas Ginebrinas, de Saint-Simon, que parten del principio: "**A cada uno según su capacidad y a cada capacidad según sus obras:**"

Saint-Simon aceptaba sin reserva el hecho consumado de la industrialización. Elaboró una teoría sobre la ética del trabajo y fue el primero, tras Babeuf, en considerar que la sociedad estaba dividida en clases: la de los ociosos (aristócratas, rentistas...) y la de los productores (banqueros, empresarios, obreros...). Mientras consideraba respetable la propiedad privada de los productores, afirma que las de los ociosos constituyen la razón de la pobreza y la desigualdad de que son víctimas los obreros. La idea de la explotación del hombre por el hombre queda así formulada por vez primera. Consideró que se estaba viviendo en una sociedad industrial donde la política debía subordinarse a la economía, por lo que era previsible la extinción del Estado.

La influencia de Saint-Simon fue muy grande dentro y fuera de Francia, afectando más fuertemente a la burguesía. Fueron muchos los discípulos que se adhirieron a su doctrina, como el historiador Thierry o el filósofo Auguste Comte.

Un teórico, en principio, muy importante fue Charles Fourier, cuyas teorías tuvieron más eco entre los artesanos manuales. Fue el socialista que con más recelo miró la industrialización. Concibió un sistema social muy en sintonía con el mundo de los obreros manuales e inspirado en un cierto hedonismo del trabajo. Para él, la base de transformación social estaba en la creación y proliferación de unas agrupaciones denominadas Falansterios: comunidades formadas entre 1600 y 1800 personas, que se ocuparían en actividades agrícolas e industriales. En esta sociedad ideal se produciría una incorporación plena de las mujeres en la actividad laboral y una socialización radical de la educación de los niños.

Los falansterios serían la base política y económica de la sociedad, sustituyendo al Estado. La fundación quedaría delegada a las personas adineradas mediante la cooperación filantrópica.

Entre otros socialistas utópicos podemos recordar a Louis Blanc, enemigo radical de la propiedad privada, fundador de los Talleres Nacionales. También Cabet, que unió a su pensamiento ideas tomadas de Platón o de Tomás Moro. Todas estas ideas no pasarían de ser utopías que más tarde fueron tremendamente criticadas por los socialistas marxistas, acusándoles de querer sustituir la realidad por creaciones fantásticas producto de su propio ingenio.

4. Dimensión social de los deberes de justicia y caridad

¿Qué aporta de nuevo Federico Ozanam a los deberes de justicia y caridad? Él aporta y resalta la dimensión social unida a la transcendencia. No cree que la caridad pueda dispensar a la justicia, ni que la justicia pueda hacer inútil a la caridad. Varias veces repitió: "*Que la caridad complete lo que la justicia por sí sola no puede realizar...*".

El catolicismo social de Ozanam se opone, en su base, radicalmente al catolicismo liberal. El buscó las reformas sociales y aunque el cristianismo, desde sus orígenes, tiene carácter social, como lo demuestran tantas Instituciones a través de los tiempos, las del siglo XIX eran necesarias y se manifestaron con gran viveza.

A propósito de la doctrina sobre la propiedad privada, la legalidad de ésta y los deberes que conlleva, proclamó el acuerdo que debe existir sobre las dos virtudes de justicia y caridad. Las armonizó perfectamente en contra de la socialización que inicialmente defendían los utópicos, o de una propiedad sin más, al estilo de los católicos liberales. Él,

fundamentándose en Santo Tomás de Aquino y en toda la Tradición, defiende esta propiedad, porque de esta manera cada uno dedica y pone más interés en producir si él lo posee en exclusiva, por ello no sólo es permitida, sino necesaria.

Esto no significa que, en conciencia, se pueda poseer de un modo absoluto, Ozanam defiende una propiedad privada con proyección social, preparándose para poder compartir con los que tienen menos o no poseen nada en absoluto. Y aunque en justicia cada uno debe cuidar su patrimonio, la caridad le hace estar disponible para que otros también se beneficien. Pretendió, en todo momento, abandonar la caridad tradicional para practicar de lleno el catolicismo social.

A partir de 1836, ya presente los terribles conflictos de la nueva sociedad proletaria y el gran deber, la responsabilidad cristiana, de hacer todo lo posible para amortiguar el golpe. A veces da la sensación de estar obsesionado, pues en términos casi idénticos escribió a diferentes personas lo que podíamos decir que es la base fundamental de su pensamiento social. *"Puesto que, si la cuestión que agita hoy al mundo alrededor de nosotros, no es ni cuestión de personas, ni cuestión de formas políticas, sino que es una "cuestión social". Es la lucha de los que no tienen nada y de los que tienen demasiado, es el choque violento de la opulencia y de la pobreza, que hace temblar el suelo bajo nuestros pies. El deber, para nosotros los cristianos, es el de interponernos entre esos enemigos irreconciliables y hacer que unos se despojen para el cumplimiento de una ley y los otros reciban como un beneficio. Que los unos dejen de exigir y los otros de rechazar, que la igualdad se opere en tanto en cuanto sea posible entre los hombres"*.

Esta misma idea se la repitió al pintor lionés Janmot, en carta del 13 de noviembre de 1836, y a León Cournier, en marzo de 1837. Insistía en que los "intereses" son el objeto de la división y no las opiniones, y les rogó que, en nombre de la justicia y de la caridad, los cristianos se interpongan entre las dos partes: los ricos y los pobres, para que se acostumbren a mirarse como hermanos, se destruyan las barreras y se forme un solo rebaño y un solo Pastor. Y siguiendo con la idea, dice que el amor al prójimo exige, ante todo, ser justo, estar lejos de atenerse a los límites de lo que se debe. La caridad va más allá de la justicia, provoca el despojarse voluntariamente en favor del pobre, suscita esfuerzos para el progreso social, realiza, en fin, la paz entre las clases sociales. Lo propio de la caridad es no medir los sacrificios cuando la miseria del otro es real. Quiso provocar, entre los favorecidos por la fortuna, estos impulsos generosos para aliviar a los pobres.

5. Precursores y contemporáneos de Federico Ozanam en lucha por la justicia social

Ciertamente que la cuestión social no la descubrió Ozanam. Antes que él existieron precursores en este campo, sobre todo en su ciudad natal. Podemos decir que fue ron personas que escribieron y denunciaron, que se opusieron más o menos del lado del oprimido, aunque la mayoría no pasaron de ser meros teorizantes.

En el sector eclesial, los obispos, a través de las Cartas Pastorales, son los que más manifestaron preocupación por los abusos cometidos. Monseñor Belmas, obispo de Cambrai, durante varias Cuaresmas, entre 1837 y 1841, denunció: *"La sed inmoderada de riquezas que inmolan a los mismos que ella emplea y les hace sacrificar su tiempo, sus fuerzas, su salud, por trabajos incesantes que exige de ellos, sin abonarles como recompensa más que una mínima porción de lo que producen..."*.

En 1845, Monseñor de Rendu, obispo de Annecy, elaboró un informe dirigido al rey de Cerdeña en el que señaló la situación de un proletariado naciente, denunciando la cuestión de los obreros en estos términos: *"A la ambición del dominio y de la gloria, sucedió en la so-*

ciudad una inmensa ambición de dinero que ha llevado a la industria al punto culminante de su poderío. A su vez, la industria ha creado una población obrera que, aglomerada en ciudades especiales o en determinados puntos aislados, dependiente de uno o de varios jefes que disponen de ella, no por derecho de soberanía, sino por el de necesidad, que es mucho más imperioso. Si esta clase no es en todos los sitios la más numerosa, es, al menos, la más desgraciada de la sociedad, pues la sociedad todavía no se ha ocupado de ella. Entre los paganos, esta clase eran los esclavos, y en la Edad Media, los siervos. La esclavitud tenía una legislación dura, cruel, inhumana, ya que provenía del paganismo, que desconocía la ley de la caridad. La ley feudal cuidaba de la conservación del siervo, y las costumbres cristianas suplían su imperfección. La legislación moderna nada ha hecho por el proletariado. Es verdad que protege su vida en cuanto que es hombre, pero le olvida como trabajador, nada hace por su futuro. La ley sólo contempla al hombre, pero deja de lado al obrero...”.

También Monseñor Giraud, arzobispo de Cambrai, denunció la ley del trabajo. Quiso aclarar los errores del sistema socialista, que se olvidaba de introducir la religión, los principios éticos, en los proyectos de mejoras. En sus documentos y escritos indicó una serie de remedios, como fueron el descanso dominical, la no explotación del hombre por el hombre, y condenó la opresión del débil, ya sea por edad, sexo o condición... Confrontando las doctrinas socialistas del momento, las compara con el Evangelio, sacando en conclusión que toda doctrina sale de ahí, sobre todo las que se refieren al bien material de los pueblos.

Al leer estos documentos, no quiere decir que toda la jerarquía eclesiástica de Francia participara de la sensibilidad social, y menos aún de su justa solución. En general, los obispos de esta época no vieron en el sistema los daños físicos y morales, no pensaron en reformar las estructuras para remediar los males presentes.

De todas formas, tampoco hay que pensar que la Iglesia cerrara los ojos ante la situación de la miseria del proletariado. Apareció un folleto cuyo título era: ¿Es cierto que la Iglesia se desinteresa del problema social? No podemos responder afirmativamente. Lo que podemos constatar es que a un puñado de laicos le cupo el honor de llevar a cabo no una teoría, sino una práctica eficaz.

Federico Ozanam no programó sobre sueños de una edad futura, sino que al hambriento le dio pan. En una ocasión escribe: *"La ciencia del bien social y de las reformas bienhechoras no se aprende tanto inclinado sobre los libros o sentado al pie de la columna política, sino subiendo a los pisos de la casa del pobre, sentándose a su cabecera, sufriendo del frío que él sufre y compenetrándose con el secreto de su corazón desolado y de su conciencia arruinada. Solamente cuando se ha estudiado así al pobre, en su casa, en el hospital, en el taller, en las ciudades, en los campos y en todas las condiciones en que Dios le colocó, solamente entonces, armados con todos los elementos de tan formidable problema, empezamos a comprenderlo y podemos pensar en resolverlo".*

Ozanam apenas encontró colaboración para sus planes de acción social; sus ideas no fueron comprendidas del todo por los católicos de su tiempo. A finales del siglo, con el giro de la *Rerum Novarum*, fueron reconocidas en su justo valor.

II. SU AMOR AL POBRE

Cada cristiano está invitado a ir a Galilea a encontrarse con Jesús. Para Ozanam, el pobre, fue su lugar de encuentro, fue su Evangelio, la buena noticia que le condujo al Reino. Un Cristo encarnado para transformar al hombre, para liberarlo, universal y abierto a todos como gracia salvadora y donación gratuita.

El amor a Cristo, a quien ve en el pobre, le urgíó al servicio: "Lo que hiciste a uno de mis hermanos, a Mí me lo hiciste...". Considerándolo como un deber sagrado, piensa con el apóstol Juan: "Quien no ama al hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ve?"

1. Su escuela

Podemos decir que Federico Ozanam bebió el amor al pobre desde la cuna. El hogar familiar fue su primera escuela, donde el pobre era adorado como la encarnación de Mt 21, 40.

Cristo. Su padre, médico de profesión, la ejerció como un verdadero ministerio de caridad. Curaba no sólo los cuerpos, sino también los espíritus. Este hombre no perdonaba medio alguno para servir al pobre, incluso tuvo que subir pisos y pisos hasta las buhardillas cansado por la fatiga, quebrantando promesas hechas a los suyos porque era Dios, en el grito de los pobres, quien le hacía actuar. Comprendió claramente que a través de sus harapos, aparentemente despreciables, son en realidad el signo visible de Dios, donde se encuentra el único y verdadero criterio de salvación.

Su madre no se quedó a la zaga en tales actividades. Si consideramos que Ozanam tuvo tales ejemplos, entenderemos fácilmente cómo y por qué llegó a ser un apóstol de la caridad.

Siendo profesor en la Sorbona, recordando a sus padres, un día manifestó a sus oyentes: *"Por más vasto que sea este mundo, es demasiado reducido para nosotros. Es demasiado estrecho para nuestros deseos y sobre todo para nuestras esperanzas, si dentro de poco tiempo no tuviese que darnos otra cosa que unos palmos de tierra. Es también demasiado pequeño para nuestros recuerdos, principalmente si hemos tenido unos padres que socorrían a los pobres, que nos amaban, que se afanaban en amorosos desvelos para hacer de nosotros hombres honrados..."*.

Desde los primeros años de su infancia estuvo en contacto con las crudas realidades de la vida, y no porque él las padeciese, ya que vivió en una familia a la que nada faltó para cubrir las necesidades básicas de alimento y vestido. Palpó la desgracia a partir de los pacientes que su padre atendía gratuitamente.

Desde esta plataforma Dios le preparó para saber acoger y remediar las necesidades de los demás. En una de sus cartas comunicó su pensamiento sobre la locura de acumular riquezas, incluso amontonar tesoros para los hijos, pues los niños, que ven formarse tras ellos montones de oro, están tentados a cruzarse de brazos y se les ayuda a la pereza: *"Doy gracias a Dios de haberme hecho nacer en una de esas posiciones al límite de la escasez y la abundancia que acostumbra a las privaciones sin dejar de ignorar los caprichos. Donde no puede uno dormirse en el gozo de todos los deseos, pero donde tampoco se está distraído por las continuas solicitudes de la necesidad. Dios sabe, con la debilidad natural de mi carácter qué peligros hubiera tenido para mí la molición de las condiciones ricas. Yo pienso también que este humilde lugar en que me encuentro me pone al alcance de servir mejor a mis semejantes."*

2. Ozanam pasa a la acción

Cuando cumplió veinte años y su actividad cambió de marco geográfico, el amor al pobre lo plasmó, en compañía de otros camaradas lioneses, en una asistencia sistemática a ese pobre, en el servicio personal y caritativo al hermano necesitado, con un fundamento evangélico cristocéntrico, a imitación de Jesús. En este amor al pobre vio un medio eficaz para cumplir con más acierto el mandato divino de amor y servicio: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", y "En verdad os digo que cuanto hicierais al más pequeño, a mí me lo

hacéis." Su alma plena de amor consideraba un deber sagrado amar al hermano al que ve para remontarse a Dios: *"Pero ¿qué podemos hacer para ser católicos de verdad, sino consagrarnos a aquello que más agrada a Dios? Socorramos, pues, al pobre como lo haría Jesucristo y pongamos nuestra fe bajo las alas protectoras de la caridad"*.

De esta manera demostró con el ejemplo que los seguidores de Jesús optan con Él por los más desheredados y no por sus cualidades, sino simplemente porque al estar llenos de amor no se puede dejar de amar. "No se ama, en cristiano, porque el otro sea amable, sino para que lo sea". En una carta del año 1836 explicaba a sus amigos la forma de ver a Dios a través del pobre:

"Si no sabemos amar a Dios como los santos le aman, sin duda debe sernos objeto de reproche... Parece que hay que ver a Dios para amarle y no vemos a Dios más que con los ojos de la fe... Pero a los pobres los vemos con los ojos de la carne, están ahí y podemos meter el dedo y la mano en sus llagas y los rasguños de la corona de espinas son visibles sobre su frente..., son nuestros dueños y nosotros somos sus servidores. Son imágenes sagradas de Dios a quien no vemos, y no sabiendo amarle de otra manera, lo haremos en sus personas".

El actuar de Federico Ozanam, su caridad hacia los pobres, era verdaderamente expresión de la virtud teologal de la caridad. Su amor sobrenatural al prójimo no fue más que una expresión del amor a Dios. Amando y sirviendo progresaba sin tener en cuenta la fatiga, incluso desafiando su salud, sobre todo durante las epidemias de cólera. Con este motivo organizó un cuerpo de jóvenes para ayudar a aquellos que no podían marchar a los hospitales. El panorama de la ciudad era tétrico; nos lo describe en una carta: *"Calles enteras despobladas en pocas noches, pero al mismo tiempo la gracia cosechaba por todas partes. Toda aquella gente quería morir con el sacerdote al lado... El recuerdo de aquel pueblo que imploraba a Santa Genoveva durante la procesión... Era emocionante ver aquellos jóvenes que, impulsados únicamente por la gloria del Salvador, se habían desprendido de los brazos de sus padres para dirigirse a los barrios contaminados para socorrer a los enfermos y enterrar a los muertos..."*.

Ozanam quiere "darse", y en esta donación total encuentra la imagen de Cristo: el pobre. Allí está presente en contacto personal directo y práctico, unifica la caridad corporal y espiritual, y cuando explica cómo se debe tratar al pobre, insiste una y otra vez en el trato personal, en la visita a domicilio, en conversación y diálogo, conociendo sus problemas y participando en sus dolores y necesidades.

3. Su vicencianismo

La caridad que practicó Ozanam es una caridad de cercanía, con un compromiso personal, trato respetuoso y servicial, conforme a los rasgos que tomó del Santo Patrono de sus Conferencias: San Vicente de Paúl. Con "dulzura, cordialidad, compasión, respeto y devoción", características que solía repetir este santo una y otra vez a sus Hermanas.

Aunque su posición nunca fue muy boyante, supo ahorrar, privándose de caprichos y comodidades en favor de sus hermanos necesitados. Los pequeños trabajos que escribía para la prensa durante la época de estudiante, junto con lo que su madre le enviaba, eran la base de sus caridades y socorros. A su madre le dio cuenta de esta actividad: *"La conferencia de la que formo parte ha destinado una pequeña suma de 15 francos para los pobres, espero con impaciencia me mande los 18 francos de mi matrícula para poder ofrecer cuatro o cinco, es bien poco, pero también justo, cuando se lleva un corazón francés, verter por lo menos una pequeña suma en socorro de la indigencia. No sólo es justo, sino necesario"*.

Sintió la necesidad de dar y de darse. No sólo da de lo que le sobra, sino que varias veces ofrece de lo que le es necesario. El amor y servicio al pobre fue siempre motivado por el desinterés y la abnegación, y no sólo la practica, sino que la recomienda y habla de ello a tiempo y a destiempo, como el apóstol Pablo. El 2 de agosto de 1848, en la Asamblea general de las conferencias de San Sulpicio en que Ozanam sustituyó al presidente Adolfo Baudon, que estaba enfermo, exclamó en su discurso: *"Hijos de San Vicente, aprendamos de él el olvido de nosotros mismos, la abnegación en el servicio de Dios y en provecho del prójimo y esa santa parcialidad que concede mayor amor a todo aquel que sufre más:"*

Y a León Cournier le felicitaba por los progresos de la Conferencia de Nimes desde Lyon: *"Estamos en el aprendizaje del arte de la caridad. Esperemos que un día seamos obreros laboriosos. Entonces, sobre los diferentes lugares en que la Providencia nos colocará, rivalizaremos sobre quién hará nacer más felicidad y más virtud alrededor nuestro, y de todos los puntos de Francia se elevará un armonioso concierto de fe y de amor para alabanza de Dios"*.

La caridad de Ozanam se apoyó completamente en el precepto evangélico: "Que la mano derecha ignore lo que hace la izquierda", y también dejó bien claro las diferencias que existen entre caridad y filantropía. Desde París escribe: *"La caridad nunca debe mirar hacia atrás, sino hacia adelante, porque el número de buenas acciones ya pasadas, es siempre muy pequeño, mientras que las miserias presentes y futuras a las que hay que atender, son infinitas"*.

Ponía como modelo a la Iglesia, que llevaba diecinueve siglos haciendo el bien y no se preocupaba de contabilizar el pasado, sino que proyectaba para el futuro. En contraposición, las asociaciones filantrópicas no son más que asambleas, memorias, relaciones, rendición de cuentas. Para ellas, sigue diciendo, las buenas acciones son una especie de adorno, se recrean en sí mismas, por el contrario la caridad es: *"Una tierna madre que tiene los ojos fijos sobre el niño que lleva en su regazo, no piensa en sí misma y olvida todo por amor"*.

Con esta bella imagen de maternidad se revela Ozanam en su gran delicadeza y sensibilidad sazónada por su infinito amor. Pero no se puede pensar que la caridad que le inunda fuera de éxtasis contemplativo, sino que era una fuerza que le incita a la praxis, es algo dinamizador, como un buen discípulo de San Vicente. Desde las primeras reuniones de las Conferencias dejó bien claras las coordenadas en que debe moverse este amor activo: *"Si deseáis, les dice, realmente ser útiles a los pobres, haced que vuestra caridad no sea tanto una obra de beneficencia como una obra de moralización cristiana, santificándoos vosotros mismos por la contemplación de Jesucristo sufriente en la persona del pobre..."*.

Una caridad, contemplativa y activa, con las raíces profundas en el misterio de Cristo sufriente, pero al mismo tiempo sacando una fuerza que la hace actuar de acuerdo con sus convicciones.

Para dar a sus afirmaciones de fe católica un valor pleno, se hace, de acuerdo con sus amigos, visitador y servidor de los pobres, se hace misionero de la fe entre sus contemporáneos por las obras de caridad. Fue su peculiar manera de ser testigo de Cristo a imitación de su Patrono. Ozanam advirtió en su época un paralelismo entre los proletarios y los esclavos del medievo. Y a males iguales, piensa que hay que aplicar iguales soluciones. Volvió los ojos hacia el Evangelio y en la imagen del buen Samaritano centró el motivo de su reflexión: *"La humanidad de nuestros días me parece semejante al viajero del que habla el Evangelio. Ella también, mientras perseguía su ruta en el camino que Cristo le ha trazado ha sido asaltada por los raptos, por los ladrones del pensamiento, por los malos hombres que*

le han arrebatado lo mejor que poseía: el tesoro de la fe y del amor, y la han dejado desnuda y desfallecida, gimiendo y turbada a lo largo del camino. Los sacerdotes y los invitados han pasado y esta vez, como eran sacerdotes y levitas verdaderos, se han acercado al ser doliente y han querido curarlo. Pero en su delirio le han desconocido y rechazado. A nuestra vez, débiles samaritanos y gentes de poca fe, como somos, nos atrevemos, sin embargo, a abordar a ese enfermo... Tratemos de sondear sus llagas y de verter en ellas aceite, hagamos sonar en sus oídos palabras de consuelo y de paz, y después, cuando sus ojos se encuentren abiertos, pongámosle en manos de quienes Dios ha constituido en guardianes y médicos de las almas, que son también, de alguna manera, nuestros hoteleros en el peregrinaje de aquí abajo, que dan a nuestros espíritus errantes y hambrientos la palabra santa de la alimentación y de la esperanza de un mundo mejor. He aquí la sublime vocación que la Providencia nos ha dado..."

Todo le parecía poco para enardecer a las personas que de una u otra forma estaban bajo su influencia. La caridad iba prendiendo en sus corazones y la anteponían a todas las demás virtudes.

4. Lucha para cambiar las estructuras

El amor de que Ozanam estaba inundado, y que proyectaba en el pobre, así como la visión de la injusticia estructural, generadora de pobreza, tanto espiritual como material, lo llevó a pensar en una asistencia y promoción muy por encima de los límites hasta el momento alcanzados, ya sea en el ambiente eclesial, ya en el del Estado.

Intentó realizaciones concretas para cambiar las estructuras. Respecto a la asistencia escribió: *"Creemos en dos tipos de asistencia: una, la que humilla a los asistidos, y otra, la que les honra. No es sólo el Gobierno, son todas las buenas gentes entregadas por religión o por humanidad al servicio de los pobres, en tiempos tan difíciles, los que deben escoger entre estas dos maneras de socorrer a los hombres. Sí, la asistencia humilla cuando atiende al hombre en sus necesidades terrestres únicamente, cuando no se preocupa más que de los sufrimientos de la carne, el grito del hambre y del frío, lo que da lástima, lo que se asiste hasta en los animales..., como en la India, donde los ingleses tienen hospitales para los perros y sus leyes no permiten maltratar a los caballos. La asistencia humilla cuando no hay reciprocidad, si no le lleváis más que un trozo de pan, un vestido, un poco de paja..., si al alimentar a los que sufren no parecéis ocuparos nada más que de remediar los lamentos que entristecen la estancia de una gran ciudad. Pero la asistencia honra cuando toma al hombre en su parte superior, se ocupa, en primer lugar, del alma, de su educación religiosa, moral y política, de todo lo que le libra de sus pasiones y de una parte de sus necesidades, de todo lo que le hace libre, lo que le puede hacer grande. La asistencia honra cuando une al pan que alimenta, la visita que consuela, el consejo que ilumina, el estrechamiento de manos que levanta el ánimo abatido. Cuando trata al pobre con respeto, y no sólo como a un igual, sino como a un superior, como un enviado de Dios para probar nuestra justicia y nuestra caridad. Entonces la asistencia se hace honrosa, puesto que puede convertirse en algo mutuo, porque todo hombre que da una palabra, un parecer, un consuelo hoy, puede tener necesidad de eso mismo mañana"*.

En este mismo artículo, su visión de promoción es extraordinaria, como toda su doctrina. Apunta, incluso, a lo que hoy llamamos "terapias ocupacionales" o pastoral del ocio, y desde esta tribuna pública de su periódico lanzó con osadía estas palabras dirigidas al Gobierno: *"Vais a abrir al pueblo de París un cierto número de lugares públicos donde se calienten los pobres. Es una medida de beneficencia, ¿pero habéis pensado en el empleo de esas largas*

tardes? ¿Entregaréis los ocios de estos numerosos trabajadores a la propaganda del vicio o de la insurrección, o bien aprovecharéis este privilegio que se os da de reunir a los hombres para ocuparlos honorablemente, para instruirlos, para devolverlos a sus casas más ilustrados o mejores?"

Con esto quiere apuntar el deterioro psicológico de las personas no ocupadas, que no se sienten útiles. Ozanam, desde la solidaridad, acepta a todo hombre como semejan te y aun superior a él. No permitía que fuera considerado como un instrumento cualquiera para explotar a poco coste su capacidad de trabajo y su resistencia física.

Oyó el clamor de los pobres y desde todos los medios a su alcance se lanzó a liberarlos mucho tiempo antes de que una doctrina oficial de la Iglesia se hiciera efectiva. Lo que hoy parece poderosa e irresistible aspiración de los pueblos, luchar en el proceso liberador, este cristiano laico puso al servicio de esta causa todo el ardor de que fue capaz, aunque, como todo precursor, sus ideas no fueron bien aceptadas por muchos y fue víctima de sus acerbas críticas. Desde el silencio supo retirarse a tiempo para dejar paso a otros.

Su acercamiento al pobre estuvo continuamente inspirado por la fe, así como el modo de afrontar las diversas tareas de liberación. Su implicación y cercanía a la situación real del pobre hizo que su actuar salvador no resultara abstracto ni vacío de contenido.

III. RAICES DE LA MISERIA Y COMO COMBATIRLA

Con el título *Les causes de la misère* escribió Federico Ozanam un artículo en el periódico *L'Ere Nouvelle*, en el cual hizo un análisis de la situación de su tiempo y cuáles eran sus principales causas.

Íntimamente ligado al sentir evangélico, y a la tradición de la Iglesia quiso liberar al pobre con la idea de que la pobreza es un escándalo producido por la maldad de los hombres, por tanto, según esto, cuanto se haga a los carentes de bienes, no se les debe en caridad, sino en razón de justicia. Dios justo, rico en misericordia, se va necesariamente detrás de los más pobres, a ellos les predicó la "buena nueva" y de ellos es el Reino de los Cielos.

Ozanam escribe: "Dios no crea a los pobres, es la voluntad humana la que crea a los pobres:" Sigue explicando que Dios no envía criaturas humanas a los avatares de es te mundo sin dotarles de dos riquezas: inteligencia y voluntad. A los pobres se les crea, agotando las fuentes primitivas de cualquier riqueza.

Los pobres son, en efecto, las víctimas más sufrientes de las "estructuras de pecado" que, en el curso de la historia, va creando la prepotencia y la ambición de los ricos y de los poderosos. Los pobres asisten impotentes a la violación de sus derechos más fundamentales y ven pisoteada de mil modos su dignidad humana. En los pobres se expresa y se materializa el "antiproyecto" del Reino de Dios. Sus condiciones de vida, comenzando por su dependencia, están en abierta contradicción con el Plan que Dios tiene desde siempre para este mundo.

La caridad debe, por tanto, emplearse ante todo, en instruir y moralizar, hacer hombres que puedan valerse por sí mismos, que puedan prescindir de la asistencia material. El crear estado de dependencia, hace que la persona se sienta insegura, aún en el supuesto de que tenga resuelta "su hambre" porque queda obligado a esperar que se le dé mañana.

También Ozanam dio mucha importancia al papel intelectual de la caridad. Por ello se le puede considerar el iniciador de lo que llamamos la educación del pueblo. No en vano abrió en Lyon un "círculo" con una biblioteca a fin de instruir a los soldados a los cuales se les

daba clase de escritura, lectura y cálculo dos veces por semana, al mismo tiempo que se les instruía, abrían su corazón y recibían consejos.

Era necesario despertar la inteligencia y fortalecer la voluntad. El papel de la verdadera caridad es no hacerse indispensable sino preparar a las personas para valerse por sí mismas y prescindir del socorro que se les da. Previendo la miseria y ayudando cuando alguna causa inesperada prive de medios de vida.

Ozanam tuvo una opinión muy alta del destino de los hombres y esto es lo que le movió a considerar la posibilidad de paliar lo que hay de imprevisto en la sociedad a través del funcionamiento de las instituciones, persiguiendo el progreso y no la subversión. Y para ello quiso buscar las raíces de donde dimana la felicidad del hombre y consideró sus principales enemigos, el padecer una pobreza extrema, y vivir miserablemente. Repetidas veces escribió:

"Me encuentro fatigado por las controversias que a diario agitan a París, me siento destrozado por el espectáculo de la miseria que lo devora..."

El panorama de la miseria de París era desastroso: 267.000 obreros de la capital francesa no tenían trabajo y se encontraban más o menos reunidos en el Distrito XII, formándose en este barrio un cúmulo de miseria a la que Ozanam se refería. Describió el horror y el dolor de este lugar y a partir de ahí pasó a puntualizar las causas de semejantes infortunios.

1. Diversas causas de pobreza

Entre las diversas causas, señaló Ozanam las de orden moral; para preservar del mal o remediarlo propugnó la educación y la reforma de las costumbres, más que una legislación. Pero la educación cristiana, confiada a institutos religiosos, en la que el hijo del pueblo aprende algo más que a tizar con carbón las paredes para poner las órdenes del día. *"No creamos haber hecho todo lo que debemos con el pueblo por haberle enseñado a leer, escribir o contar, nuestras escuelas son insuficientes para la mitad de ellos. Cuando el Distrito XII cuenta con 4.000 niños sin asilo, cuando la caridad privada impresionada por tanta pobreza hace un esfuerzo para abrir escuelas y, sin embargo, hace falta más de seis semanas para tramitarlas y vencer cantidad de obstáculos..."*

Incluyó, asimismo, en este proyecto de reformas, la creación de una escuela de Artes y Oficios para adultos, biblioteca para el pueblo, asistencia mutua... Sigue en el mismo artículo: *"Qué lejos están esos espíritus timoratos de poder entenderse con nosotros... Aunque el hijo del obrero después de tres años salga laureado de la escuela cristiana, su educación no está terminada. Quisiera seguirle en un establecimiento con un maestro de aprendizaje, abrir escuelas nocturnas, dominicales, e inaugurar en los barrios de París tantos Centros de Artes y Oficios, tantas Sorbonas populares como fueran necesarias, para que el hijo del obrero encontrara como los hijos de los médicos o abogados, el tesoro de una enseñanza superior"*.

No dudó Ozanam en denunciar que la indigencia que sufría el pueblo francés, en más de un 50 por 100 era por falta de luces y de moralidad, por la imprevisión o el libertinaje que disipa sus bienes tanto materiales como espirituales.

¿Por qué esconder al pueblo lo que sabe? Es la libertad humana lo que crea a los pobres, sigue diciendo, es ella la que seca las dos fuentes primitivas de toda riqueza: la inteligencia y la voluntad, dejando que la inteligencia se agote en la ignorancia y que la voluntad se debilite por el vicio.

2. Denuncias de errores de la sociedad

Ozanam dice que sería injusto si echara la culpa a los pobres por servirse mal de sus bienes. El culpa de los males sociales a las Instituciones, al gobierno que los autoriza o permite. No pone el acento en los pecados personales, sino que hace de este mal una responsabilidad colectiva y, citando a un famoso médico francés, M. Villerme, hace suyas estas palabras: *"Es lo que olvidamos denunciar hoy, no los errores personales sobre los cuales nada podemos hacer, sino la insuficiencia de las instituciones que los periódicos deberían denunciar, los errores de la sociedad que da autoridad a los patronos, capaces de fomentar la corrupción y el empobrecimiento de las clases obreras, que ni los instruye ni los eleva..."*.

Ozanam se quejó también de que hubiera tan fuertes impuestos para alimentos básicos como la sal, la carne, el pan, y sin embargo, no se gravaron los alcoholes que son fuentes de enfermedades más que todos los rigores de las estaciones y que todas las injusticias de los hombres. Además del vino señaló, asimismo, como ruina de las costumbres populares, el juego, el sexo, y el libertinaje de la juventud que se reunía en los "antros:" Y sigue señalando en ese artículo: *"El invierno pasado, la prefectura de Policía concedió 4.000 permisos de bailes nocturnos. Anualmente autoriza la apertura de nuevos teatros donde los hijos del pueblo reciben "la baba" de una literatura, cuyo cinismo escandaliza a cualquiera. Y cuando durante seis meses la juventud de la clase obrera prolonga sus salidas y pasa las noches en esos lugares llenos de humo en donde pelagra su salud corporal y peligran sus costumbres, os asombráis de verlos salir ajados y raquíticos, y de esa manera cada año hay más reclusos en hospitales y en las cárceles..."*

Acusó también a los industriales, señalando su indiferencia y su egoísmo, ya que la mayoría no pensaba en las necesidades morales de sus obreros, rehusándoles el descanso dominical, el derecho a liberarse de su miserable condición, llegando algunos a separar de sus talleres todo aquello que pudiera fomentar la templanza y la economía, persuadidos de que el vicio, al deshonorar al trabajador, le hacía más manejable.

Tomó también conciencia de las crisis industriales que llevaban a dejar en paro a los obreros de las fábricas y, unidas a las crisis domésticas, acababan con los recursos de una familia desolada, ya sea por la muerte de un padre, por la enfermedad de los hijos donde se veían sumergidos constantemente. Se quejaba de que los políticos no hubieran buscado las causas de esta miseria y sólo contaran sus intereses personales.

No le extraña su actitud, ni siquiera cuando intentan suprimir el descanso dominical. Les acusa de su pereza en llenar el vacío del día festivo, tiempo tan precioso en el que podrían establecer ocupaciones recreativas e ilustradoras del espíritu como bibliotecas, juegos, sociedades de emulación, certámenes; en fin, asistencia mutua para todos. Desde este mismo artículo les reta: *"Vosotros criticáis la incapacidad del obrero, lo defectuoso y rutinario de los métodos, los desórdenes sistemáticos de su conducta, cuando nunca les habéis animado, cuando tenéis en vuestras manos las asociaciones que les acercarían a los iguales, que les someterían a una vigilancia fraterna y le rodearían de ejemplos y luces para poder ascender a esa educación continuada, necesaria siempre a todo hombre débil, frágil, tentado..."*

Al esbozar este rápido programa de reformas sociales que reclama la democracia cristiana no quiso dar la impresión de preparar una inquisitoria contra la sociedad, quiso ser un amigo severo cuyos esfuerzos encaminó a honrar y defender haciendo caer en la cuenta de las obligaciones para el prójimo. Pretendió mantener entre los cristianos un movimiento caritativo contra los abusos que, después de cincuenta años de libertad, causaba la desgracia de un pueblo libre y era, a veces, su propia vergüenza. Quiso mantener este celo

vigilante de tantos hombres honrados, para que no eximan de su deber del pago de subsidio para los obreros en paro que la Villa de París había decretado: 13 céntimos por persona y día. Por último les animaba y les decía: *"No quiera Dios que calumniemos a los que el Evangelio bendice. No hagamos a las clases que sufren responsables de sus males y no fomentemos la insensibilidad de los malos corazones que se creen dispensados de socorrer a los pobres porque los creen culpables..."*

Federico Ozanam propuso como tarea de fe cristiana el acercamiento de las clases sociales, no la destrucción de una por la otra, como Marx propondría más adelante. Y esto desde una opción muy clara por los pobres.

IV. CONCEPTO DE TRABAJO, SALARIO Y LIMOSMA

1. La Cátedra de Derecho Mercantil

El día 16 de Diciembre de 1839, se inauguró en Lyon una cátedra de Derecho Mercantil sin ningún precedente histórico. Se creó exclusivamente para Federico Ozanam por orden del Ministro M. Martín du Nord. Era muy extraño que en una ciudad como ésta, con función primordialmente comercial, no se enseñara Derecho en ninguna parte.

Como profesor tuvo que partir de cero, ya que al alumnado no se le podía pedir ningún conocimiento previo ni de Derecho Civil, ni de Economía Política. Estas premisas caben perfectamente dentro de los esquemas del joven profesor que, por su temperamento, no se encasillaba en los artículos de código alguno. Se acomodó al alumnado que tenía delante: comerciantes y hombres de negocios de todo tipo y más que grandes elucubraciones quiso formarles de un modo práctico y cristiano en su forma de actuar cotidiana.

De cuarenta y siete lecciones se compuso el curso y, teniendo como base los principios generales de Derecho, abordó a tiempo y a destiempo los problemas sociales derivados de este mundo legal. Aunque explicó todas las materias del código de comercio, su enseñanza trascendió el Derecho Mercantil, y más allá de las quiebras, las crisis y las letras de cambio, consideró el orden moral que sus paisanos a veces olvidaban.

El mismo cuenta sus disgresiones, tanto históricas como filosóficas, cuando escribe a su amigo H. Pessonneaux: *"Una multitud inmensa asistió al discurso de apertura, de forma que parece que va a tener éxito, se han roto puertas y cristales y desde entonces la sala no ha dejado de llenarse conteniendo más de 250 personas. Sin embargo, me he permitido todas las disgresiones filosóficas e históricas que las materias podían comportar. No he retrocedido incluso en las verdades severas, pero no rechazo tampoco la ocasión de tratar de hacer sonreír al auditorio..."*.

Un mes más tarde y casi en los mismos términos escribió a Lallier, a quien varias veces se había confiado: *"Me esfuerzo por vivificar la enseñanza de la letra de los códigos, por su espíritu, por consideraciones históricas y económicas; invado incluso el terreno de la Economía Social. Me esfuerzo por inspirar a mis auditores el amor y respeto por su profesión y, por consiguiente, la observación de los deberes que ella impone. Les digo verdades severas y su benevolencia me da, de buena gana, derecho a ello. Muchos toman notas, me dirigen cartas y tienen celo por el trabajo que implica la asignatura..."*.

La verdad es que la materia de esta cátedra, parecía ser la menos indicada para este humanista católico que ansiaba recristianizar su patria y difundir verdades eternas. Sin embargo, él la empleará como trampolín, como una oportunidad, para transmitir una de sus obsesiones vitales: el problema social.

Lyon era una ciudad eminentemente comercial por su situación geográfica y por los condicionamientos históricos desde tiempos muy remotos. Situada en la confluencia de los ríos Ródano y Saona, fue punto de partida desde la antigüedad de cuatro vías que unían las orillas del Rhín y el Atlántico, los Alpes y los Pirineos. Más tarde, durante la Edad Media, ciudad episcopal situada en el extremo oriental del reino franco, recibió de Italia, Florencia y Milán, dos elementos que condicionaron su actividad económica: la banca y el arte de tejer la seda.

El ávido espíritu de lucro, fruto de un liberalismo individualista, era la constante de los industriales lioneses. Las dos terceras partes de la población del siglo XIX eran asalariados y su situación precaria, de horarios prolongados y bajas retribuciones, les llevó a dos sangrientas rebeliones en los años 1831 y 1834.

En noviembre de 1831, los obreros habían conseguido una ley municipal que fijaba el salario mínimo obligatorio en el ramo de la industria del tejido, pero el Ministro del Interior, Casimir Périer, acuciado por los patronos destituyó al prefecto Lyonés Bouvier Dumolard y abolió el Decreto.

A partir de este hecho, más de 30.000 obreros, durante diez días, se apoderaron de la ciudad. El gobierno de París no quiso reconocer la situación de hacinamiento e in salubridad, el excesivo horario ni la precariedad salarial y pretendió convencerlos por medio de las armas para que se resignaran con su suerte. Aunque aparentemente quedaron reducidos, el malestar social volvió a estallar en Abril de 1834, pero sólo consiguieron que las leyes, contra el proletariado, se reforzaran volviéndose al imperio de los fuertes sobre los débiles.

Cinco años más tarde, era peligroso denunciar el espíritu de egoísmo individual de los ministros de la monarquía orleanista y, sin embargo, Ozanam lo afrontó de una manera muy directa. Apoyándose en que el Derecho es una rama de la Filosofía, abandonó muchas veces la exégesis de las leyes comerciales para destacar elementos de libertad y de moralidad, que debían existir en toda relación humana, aunque se persiga el fin de acrecentar la riqueza. Aplicó las leyes y normas capaces de organizar los intereses económicos encaminadas a asegurar el bienestar de los seres humanos y de evitar los abusos por todo aquel que busque el lucro personal sacrificando el bien común.

2. Fuentes de inspiración

Las fuentes en las que Federico Ozanam bebió, para infundir esta moral cristiana a las normas económicas, son muy exiguas. El catolicismo social aun no había formulado un cuerpo doctrinal.

Se inspiró en Carlos de Coux que había dado un curso de Economía Política en París en 1831, al que Ozanam asistió. Este curso había sido pedido por los estudiantes católicos. Consistió en un Programa de reformas sociales. En él se hizo un recorrido por el liberalismo económico, el cual, en el trabajo y en otros conceptos más, no tiene en cuenta al hombre. El trabajador tiene necesidad de un nivel de vida indispensable, pero la producción global importa más que la felicidad del ser humano. La economía política debe ser social, debe ser moral.

Esta doctrina pesó mucho en el joven profesor repitiendo estas ideas constantemente en sus disertaciones. Las soluciones no debían ser puramente técnicas sino humanas y religiosas, incluso en la medida en que la revelación viene a esclarecer el derecho natural.

En carta a su primo Falconnet comunicó las impresiones sobre el Curso de Ch. Coux: "El Sr. de Coux ha comenzado su curso de Economía Política lleno de interés y de profundidad.

Acude un gentío a sus lecciones porque en ellas hay verdad y vida, un gran conocimiento de la plaga que daña a la sociedad y del único remedio que puede curarla...".

Otro economista cristiano del cual Ozanam bebió es Villeneuve Bargemont, persona avanzada en ideas que ocupó el cargo de Prefecto en los Departamentos de Montauban, Charente, Nancy y Lille; se ocupó directamente de los problemas sociales. En su obra *El libro de los afligidos*, de 1828, existe una clara denuncia ante los bajos salarios, la falta de protección en el trabajo, llegando a decir: *"¿Por qué pagar un salario insuficiente para las necesidades más elementales de la vida y por qué, en fin, dejar debilitarse y degradarse de este modo a las criaturas hechas a imagen de Dios?"*.

El libro del mismo autor, *Economía política cristiana*, de 1834, también influyó en las ideas de Ozanam. En él proponía una serie de reformas como: Inspección del trabajo a menores de catorce años y de las mujeres, seguros, Cajas de Ahorros... Un cambio completo en las doctrinas sociales y que sólo tendría eco y se llevaría a la práctica a finales de siglo. De estos dos autores sacó las bases de sus afirmaciones respecto a lo que él llamó: "justicia social", expresión que Ozanam utilizará en muchas de sus clases y que vino a sustituir lo que Santo Tomás de Aquino denominaba justicia general o legal. Curiosamente dicha expresión no fue adoptada por el Papa León XIII en la *Rerum Novarum*. Se incorporó a la doctrina social de la Iglesia con Pío XI en la Encíclica *Divini Redemptoris* y en la *Quadrogesimo Anno*. *"La justicia social tiene por función proporcionar a los miembros de la comunidad cuanto sea necesario para el bien común..."*. "Contrario es a la justicia social disminuir o aumentar indebidamente los salarios de los obreros para obtener mayores ganancias personales sin atender al bien común...".

La primera y única expresión ordenada del pensamiento social de Ozanam sobre los deberes de justicia, del trabajo y del salario se encuentran clara e íntegramente en la Lección 24 del Curso de Derecho que impartió en Lyon a mediados del año 1840. Allí es donde verdaderamente se adelantó a todos sus contemporáneos y cuyas ideas más tarde tomará el obispo Ketteler.

Con verdadero tino, prudencia y escrupulosa delicadeza abordó la cuestión espinosa entre patronos y obreros. Analizó sin condenar en principio, las condiciones de la producción, poniendo en guardia contra los peligros y reprobando los abusos. Propuso la organización del trabajo mediante la sanción de leyes obreras que, legalmente aplicadas, impedían la esclavitud y miseria del proletariado y estaba muy lejos de él implantarlas de una forma violenta ni por medio de manejos demagógicos. Nunca consintió erradicar una opresión por medio de otra. En el Discurso inaugural de este Curso podemos leer: *"Al tratar alguna de estas cuestiones económicas de las que nuestro tiempo se halla tan fuertemente preocupado, nos esforzamos por conciliar con el respeto conservador de las Instituciones actuales las vistas progresivas que se adelantan a los perfeccionamientos futuros..."*.

3. Concepto y definición de trabajo

Ozanam definió el trabajo como: El acto sostenido por la voluntad del hombre que aplica sus facultades a la satisfacción de sus necesidades. Es la ley primitiva y universal del mundo, esta ley es de condición humana que le imprime su carácter penal. El paganismo, sigue diciendo, no quiso aceptar esa ley y, hasta en los pueblos más ilustres de la Antigüedad, el trabajo se convirtió en el uso exclusivo de los esclavos. Al cristianismo le cupo el honor de rehabilitar el trabajo y los trabajadores, haciendo descender entre ellos los dogmas consoladores, las virtudes civilizadas y el sentimiento de la dignidad personal. Llevó al

esclavo a convertirse en coheredero de Cristo haciendo de él una persona integrada en la vida social.

El poder del trabajo no se explicaría si sólo se redujera a la fuerza, a los músculos o al sudor del rostro. También abarca la labor del pensamiento y el esfuerzo de la voluntad. Sobre las necesidades físicas están las intelectuales y morales y quienes trabajan con estas facultades no son improductivos pues sobrepasan las de los propios obreros. El trabajo es, pues, necesariamente productivo; su parte en la producción está complementada por el concurso de otros dos elementos: el capital y las materias primas.

Difiere Ozanam de los socialistas (K. Marx), que ven el trabajo como una fuerza vendida por su propio dueño (el proletariado), para poder alcanzar las necesidades naturales de alimento, habitación y vestido. Consideran tan sólo el trabajo como el gasto de la simple fuerza que todo hombre posee en su organismo para una producción determinada. Ampliándose estas necesidades a los hijos a fin de perpetuar esta fuerza necesaria para toda producción. No tienen en cuenta ningún tipo de interés moral o espiritual. Ozanam no sólo consideró la fuerza sino que para él, en el obrero se encuentra además, la voluntad y la educación.

4. El salario como precio del trabajo

También afrontó Ozanam la cuestión del salario como un deber correlativo al trabajo: llegar a conseguir su precio justo. Su idea central es que el trabajo requiere un precio: el salario, que debe encontrarse en el valor de las cosas producidas, representadas generalmente, en los gastos de producción.

Estos gastos comprenderían: la renta de la tierra, los intereses del capital, el precio del trabajo ya sea intelectual (del empresario), el trabajo físico del obrero (el salario), o el trabajo moral representado por el impuesto.

Cuando al obrero se le considera, no como un mero instrumento, sino como un colaborador humano, el salario debe abarcar, lo que Ozanam denomina, la tasa natural del trabajo y la hace depender de condiciones absolutas y relativas. En cuanto a las condiciones absolutas, el salario natural debía pagar los tres elementos que este obrero pone al servicio de la industria: la voluntad, la educación y la fuerza.

1. La voluntad ardorosa que le da derecho a una recompensa para no morir, para cubrir los gastos mínimos de su existencia.
2. Los conocimientos, la educación, forman un verdadero capital humano por el que el obrero debe recibir un interés y amortización y proveer con su salario la educación y el mantenimiento de sus hijos.
3. Para la fuerza vital que un día debe agotarse, el capital debe cubrir la invalidez, la vejez, teniendo derecho a un retiro, una jubilación, pues si no habría colocado su vida "a fondos perdidos:"

En cuanto a las condiciones relativas, Ozanam enseñó a sus alumnos que, el salario debe aumentar en proporción a las dificultades que se pueden encontrar en el trabajo:

1. Si el trabajo es más penoso, desagradable o peligroso, debe aumentar la parte del salario necesario.
2. Si se requiere más destreza, más técnica o estudio, debe aumentar el interés del capital humano.
3. Si aumentan las causas de interrupción, accidentes, paro, enfermedades, se debe aumentar el retiro.

Si el trabajo exige un mayor esfuerzo, mayor desastre o riesgo, es justo que conlleve en sí el salario, un aumento que cubra estas alteraciones. Ahora bien, la tasa natural del salario no siempre es igual a la tasa real. Entre la tasa real y la natural hay, a menudo, un sensible margen. Es decir, que no siempre, después de haber pagado la renta de la tierra, el servicio del capital y el provecho intelectual del empresario, queda suficiente para pagar todo lo que corresponde al trabajo del obrero.

Y sigue explicando Ozanam cuáles son las causas para que esto ocurra. Primero porque la venta del producto no llega para pagar todos los gastos de producción. Y esto es así porque el precio depende de la relación entre la oferta y la demanda, o se hayan empleado más servicios de los necesarios.

Segundo: puede ser que el precio de la venta esté mal distribuido entre los servicios productores, porque haya exceso en la renta de la tierra, en el alquiler del capital o en el impuesto o también porque el provecho del empresario se haya excedido.

Ante esta complejidad de causas la situación real puede llegar, y de hecho llega, a ser hostil entre los patronos y los obreros, situación peligrosa, origen de violentos conflictos. Puede suceder que al obrero se le considere como un simple instrumento al que hay que sacar el mayor rendimiento posible y al menor precio. Esto lleva a la explotación del hombre por el hombre. Por una parte está la fuerza de la riqueza, por otra, la fuerza del número. Y puesto que el peligro existe hay que poner remedio sin demora. Entre los medios que Ozanam propone para establecer el equilibrio están:

- Por una parte, la caridad pública como bálsamo y la justicia, a la cual le corresponde prevenir los ataques.

- Por otra, una mayor instrucción y moralización, unos conocimientos más profundos, comerciales e industriales, en orden a las posibilidades de producción, consumo y distribución de los productos.

Para implantar esta justicia social que prevenga los ataques, hasta ahora, habría dos soluciones: la intervención dictatorial del Estado que fijaba los precios y de este modo se volvería al mercantilismo del Antiguo Régimen cuyos resultados se sabían, por experiencia, contrarios al desarrollo de la industria y atentatorios a la vida comercial. O bien, la libertad absoluta del "Laissez faire" que ponía al obrero a merced del empresario.

Como solución les propuso Ozanam una vía intermedia conciliadora de los dos principios: autoridad-libertad. Que el Estado interviniera como árbitro, es decir, en circunstancias extraordinarias.

5. Régimen de Asociación

Aconsejó e impulsó también Ozanam un régimen de Asociación entre los obreros para defender sus intereses, que les uniera y además para considerar el trabajo como algo propio, desarrollándose en ellos el espíritu de propiedad.

Los obreros con esto, dice: "se aficionarían al trabajo como algo propio." Este espíritu engendraría el ahorro, al mismo tiempo que el desarrollo de moralidad personal y apego a la tranquilidad pública.

Las primeras organizaciones obreras en Francia tuvieron que ser clandestinas al estar vigente la "Ley Chapelier", que desde los tiempos de la revolución prohibía la existencia de este tipo de asociaciones. La represión general se incrementó a partir de 1820, a raíz del asesinato del duque de Berry, hecho que aumentó las sociedades secretas. Con el reinado de Luis Felipe de Orleans, 1830, se desarrolló la industria y con ella el problema de los obreros, que les llevó a insurrecciones como las descritas en Lyon y en París en 1832 y 1835,

todas ellas reprimidas con dureza, llegando, en el último año citado, a dictarse nuevas leyes contra la libertad de prensa y asociación. Frente a este hecho proliferaron las Ligas y Sociedades como: Societé des Ami du Peuple, Societé des Saisons, Societé des Familles, todas ellas pretendían actuar y, al mismo tiempo, mantenían relaciones con los exiliados alemanes integrados en la Liga de los justos.

El más importante de los levantamientos antes de la revolución de 1848, fue la sublevación en París de 1839 dirigida por Louis Blanqui. Llegaron a ocupar el Ayuntamiento, terminaron con una gran represión. A este levantamiento sucedió, al año siguiente una Huelga General y, a partir de 1841, se consiguió una ley que mitigaba la situación obrera.

De hecho se prohibió el trabajo en los talleres a niños menores de ocho años y la jornada entre ocho y doce años sólo sería de ocho horas, regulándose así mismo el trabajo de las mujeres.

Ante el panorama del pueblo francés, hablar de asociacionismo desde una cátedra pública y pagada con fondos municipales era un tanto arriesgado. Sin embargo, Ozanam intentó fraternizar los dos campos en los que se divide la sociedad: patronos y obreros, para que marcharan juntos a la conquista del porvenir. Como no ignora las dificultades sigue diciendo en su lección: *"Sin duda la organización es difícil y pide algunos ensayos arriesgados, pero es preciso contar con la abnegación y las palabras que caen de esta cátedra que no tiene la pretensión de esclarecer todas las dificultades. Quiere ser una chispa que aparece en un instante para apagarse después, pero suficiente a veces para llamar la atención sobre un rincón que ha quedado a la sombra, para sugerir una búsqueda y señalar el camino a los que logren poner la mano sobre el tesoro de la verdad social y aporten soluciones que la humanidad espera..."*.

Esta lección clave que duró varias sesiones, la terminó con un apartado no menos interesante y explosivo que todo lo anterior: trató "de las relaciones y aberraciones entre los patronos y obreros:" Aquí, sí que dijo palabras muy severas sobre la explotación que llevaba a considerar el obrero-máquina, que lo cosifica, lo instrumentaliza sacando de él el máximo provecho al menor precio posible. El trabajo de los niños en las fábricas, el de las mujeres casadas, no tiene otra excusa. El obrero-máquina no es más que una parte del capital como lo era el esclavo de los antiguos pueblos. El servicio se convierte en servidumbre.

De la servidumbre proviene la reducción a lo mínimo de sus necesidades, tanto morales como intelectuales, la supresión de la libertad religiosa por el trabajo obligatorio dominical y la vida de familia llega a ser casi imposible..., siendo todo esto un caldo de cultivo que dio pie a los malthusianos para defender la reducción de la natalidad.

Ozanam fustigó a Malthus y a Bentham por ello en un escrito de 1838 publicado en el periódico L'Univers: *"Esas ignominiosas ideas que reducen toda la economía de la vida humana a los cálculos del interés y que ahogan a la familia del pobre por no tener lo suficiente para alimentar a sus hijos..."*.

Al expresar Ozanam que el obrero tiene derecho a un salario suficiente para mantener a su familia, apoyaba el sentir de una severa ortodoxia que sostenían gran número de teólogos. Que previniera los problemas del porvenir, describiendo algunos remedios, fue un honor para la doctrina social de la Iglesia. Muy pocas, poquísimas personas habían reparado en los problemas de jubilación, enfermedad, invalidez, vejez o paro y más todavía: ¿quién pensaba entonces en la participación del obrero en la marcha de la industria por medio de su trabajo? Ozanam hizo un análisis penetrante de la puesta en marcha de la doctrina legal,

cristiana y humana y aunque él no vio los frutos, por su corta vida, sin embargo, la siembra estaba echada y a otros les tocó recoger la cosecha.

El Papa León XIII en la Encíclica *Rerum Novarum*, cincuenta años más tarde, retomó estas propuestas e hizo públicas estas ideas en germen que los laicos franceses habían apuntado en la primera mitad del siglo. Claramente aparecen en el número 36 las relaciones cristianas que se deben adoptar en el mundo laboral. *"Que el patrono y el obrero hagan, por tanto, tal cantidad de acuerdos como les plazca, que se pongan de acuerdo sobre la cifra del salario por encima de su libre voluntad, es una ley de justicia natural muy sublime y antigua: esto es que el salario debe ser suficiente y hacer permitir vivir o subsistir al obrero con honestidad..."*.

Una de las virtudes en la que sobresalió Ozanam fue en la moderación. Supo evitar la violencia en las palabras, fue moderado incluso en sus osadías, no condenó "a priori", sólo hizo las aclaraciones necesarias. Suavizó la realidad diciendo que estas situaciones extremas no se daban en Lyon sino en Inglaterra o por el norte de Francia, y señaló que todavía había buenas costumbres y se conservaban las tradiciones de los antepasados. Por otra parte, también fue optimista, no creyó en la impotencia de los cristianos frente al mal social. Tuvo gran fe y terminó descubriendo que, ni la pobreza ni la injusticia, son realidades fatales sino que estaban inducidas por el egoísmo, la prepotencia y los intereses de unos pocos sobre los muchos.

Esta doctrina enseñada por Federico Ozanam, tanto en Lyon como en sus artículos de *L'Ere Nouvelle*, no tenía por objeto invitar al odio, al resentimiento de los obreros, a la violencia, ni mucho menos a la lucha entre las diferentes clases sociales. Jamás habló de "dictadura de proletariado", como lo hicieron los socialistas de la época, sobre todo Karl Marx desde el Manifiesto Comunista de 1848 o como la doctrina violenta de Augusto Blanqui. Su doctrina la cimentó en el Evangelio, en principios de amor fraterno, de justicia y de colaboración. Abogó por la libertad, la intervención subsidiaria del Estado, la defensa del derecho de propiedad y, sobre todo, la protección de la dignidad de los seres humanos creados por Dios a su imagen y semejanza.

Y todo ello aplicado a las circunstancias por las que atravesaba su Patria y las posibilidades que existían para cumplirse todas las premisas de su doctrina. También supo vislumbrar que no se puede ser radical ni absoluto en aplicar las medidas y que de un modo pacífico y evolutivo se consiguen más "tantos" que con la violencia y revoluciones sangrientas.

V. DE LA LIMOSNA

Como prolongación del concepto de salario, Ozanam escribió sobre la limosna. El día 24 de diciembre apareció un artículo en el periódico *L'Ere Nouvelle* sobre este asunto: De L'Aumône.

Interpretó sabia y fielmente toda la Tradición cristiana como práctica muy alabada en la Biblia, y predicada por la Tradición de la Iglesia frente al sentir socialista que veía en la limosna un abuso de la sociedad cristiana. Porque, según ellos, la limosna insulta al pobre humillando al que la recibe y no le saca de su indigencia. Ozanam lo refutó diciendo: *"Algunos, después de la Revolución de 1848, rechazan la limosna como envilecedora para el pobre. El mayor delito contra el pueblo consiste en enseñarle a detestar la limosna. Se le arrebató al pobre la gratitud, última riqueza que les queda y la mayor de todas. No creáis a los que reprueban la limosna como uno de los deplorables abusos, como un medio de establecer el patriarcado de quien da y el ilotismo del que recibe. Es cierto que la limosna*

hace al pobre deudor de agradecimiento, pero hay quien acaricia la idea de una sociedad en la que nadie se sienta obligado, en la que todos tengan el orgulloso placer de sentirse desligados para con todos. Todo ello es lo que llaman ellos el advenimiento de la justicia sustituida por la caridad, como si toda la economía de la Providencia no consistiera en una reciprocidad de agradecimiento que no se satisface jamás. Como si un hijo no fuera el eterno deudor de sus padres, un padre de sus hijos y un ciudadano de su patria. Como si hubiera un sólo hombre tan aislado sobre la tierra que pudieran decir: Hoy no me siento obligado para con nadie..."

1. La limosna como retribución de los servicios sin salarios

El desprenderse de todo lo que hace al hombre ser agradecido y que pueda llevarle a decirse a sí mismo "no le debo nada a nadie", implica una esperanza engañadora, pues encierra un sutil orgullo, tanto o más pernicioso que el quedar supeditado a aquellos que son sus bienhechores, aunque contraiga la obligación de agradecimiento y según los socialistas, le dejaría en un plano inferior a aquellos que les ayudan.

La limosna no sólo la entiende Ozanam de un modo material, del trozo de pan o la ayuda monetaria, sino que también sirve para retribuir los servicios que no tienen salario y que, por tanto, exigen una cierta reciprocidad de beneficios. Lo explica con el ejemplo del soldado que da a la Patria la limosna de su sangre o el sacerdote que da su palabra. La Patria no le hace ninguna injuria dándole una limosna, ni el sacerdote se humilla al recibir la retribución de una Misa, lo recibe no como un salario sino como una limosna. No podemos, pues, decir que se humilla al pobre si se le trata como al sacerdote o como al soldado. De la misma manera dice Ozanam: *"El indigente que asistimos no será jamás un hombre inútil porque el hombre que sufre sirve a Dios y sirve por consiguiente a la sociedad como el que reza..., cumple a nuestros ojos un ministerio de expiación, un sacrificio cuyos méritos revierten sobre nosotros"*.

Ensalza la dignidad de los pobres, de los indigentes y pretende, con la limosna, hacer justicia a aquellos a quienes no se la hacen los hombres: pagar un servicio al que no se le ha asignado un salario.

San Vicente de Paúl, dos siglos antes había lanzado esta misma idea cuando le escribió al superior de Marsella, el Padre Fermín Get, en carta desde París, el 8 de Marzo de 1658: *"¡Que Dios nos conceda la gracia de enternecer nuestros corazones en favor de los miserables y de creer que, al socorrerlos, estamos haciendo justicia y no misericordia...!"*.

2. Valor espiritual de la limosna

Otra idea que Federico Ozanam quiere resaltar en su artículo es cómo se queda igualmente obligado tanto el que da como el que recibe, y así dice en el texto citado: *"Hay que caer en la cuenta que la limosna obliga también al que da..., y prohíbe todo lo que pudiera parecerse a un reproche del beneficio..."*

El que da, el que conoce el camino de la casa del pobre, no debe llamar nunca a su puerta sin un sentimiento de respeto. Nunca pagará el ver las lágrimas de alegría en los ojos de una pobre madre ni el apretón de manos de un pobre hombre honrado al volver de su trabajo. Ozanam no piensa en la limosna fría y material, claramente lo expresa en otro ensayo publicado también en L'Ere Nouvelle, 21 de octubre 1848: *"El rico que da su oro es bien frío si no une a la limosna los labios y el corazón"*.

Por último vio, a través de la limosna, al pobre como "sacramento de Cristo." Constantemente volvía sobre el tema: *"En la Roma pagana no era la limosna un deber de*

nadie, sino un derecho de todos. El cristianismo ha cambiado totalmente esto. Ahora la limosna no es un derecho de nadie sino un deber de todos y un deber sagrado. Es un mandamiento y no sólo un consejo.

Pero si el cristianismo impone la limosna para con los pobres como un deber es porque existe un pobre anónimo y universal: Jesucristo, que es un pobre en la persona de los pobres. Sólo Él es acreedor de todos, porque sólo Él tiene un tribunal en el cual espera al mal rico...".

El pobre es un ser que intercede por el rico, por tanto, devuelve más de lo que recibe. Si se sabe dar en el nombre de Dios y, si el pobre sabe pedirlo por los otros, en este caso, habrá reciprocidad de servicios. Sigue diciendo: *"Esa familia indigente a quien hayamos socorrido, habrá pagado su deuda en demasía, cuando aquel anciano, aquella madre piadosa, aquellos pequeños hayan pronunciado nuestro nombre ante el trono del Altísimo".*

Para Ozanam, el pobre es un sacerdote; su miseria, sus sudores y su sangre son en realidad el sacrificio expiatorio y satisfecho que contribuye a la redención de la humanidad y la limosna, que agradecida, se le ofrece en nuestra Religión, no son más que los honorarios iguales a aquellos que se presentan al sacerdote besándole las manos en señal de gratitud.

VI. CONSEJOS A SUPERIORES E INFERIORES

Cuando solamente habían pasado tres meses de los últimos conflictos de junio de 1848, Ozanam desde la tribuna de su periódico se dirige: "a las gentes de bien." Este artículo podía catalogarse dentro de los sermones de un clérigo. Específicamente va dando consejos a los sacerdotes de Francia, a los ricos, a los representantes del pueblo y por último a los ciudadanos de toda condición. En una carta dirigida a Foisset se lo comunica: *"He escrito un artículo a las gentes de bien. En él dejo rebosar el corazón. No soy insensible a los sufrimientos de mi tiempo y así me canso pronto de las controversias que agitan a París, estoy destrozado por el espectáculo de la miseria que lo devora..."*

Quiere ser la voz de la conciencia de los que lucharon por mantener el orden y salvar a Francia en febrero y en junio, estableciendo la Segunda República para que no se duerman creyendo que todo está hecho. En la misma carta continúa: *"Pero no es suficiente haber salvado a Francia, un país tiene necesidad de ser salvado todos los días. Vais y venís tranquilamente de un lado a otro, pero el peligro ya no está en la calle, está oculto en los suburbios que rodean la ciudad. Habéis aplastado la revolución pero os queda otro enemigo que no conocéis bastante y del que he tomado la resolución de hablaros hoy: La miseria..."*

1. Descripción de la miseria del Distrito XII

Comenzó por una minuciosa y espeluznante descripción del Distrito XII de París al estilo de las novelas de Charles Dickens o de "La Madre" de Máximo Gorki, o "Los miserables" de Víctor Hugo, o "Los misterios de París" de M. Joseph Sué (Eugéne).

El primer problema que señala es el del paro, pues, aunque las fábricas habían comenzado a funcionar con cierta normalidad, aún había que contar con más de 267.000 parados. En el Distrito de 90.000 habitantes, 8.000 hogares estaban inscritos en la Oficina de beneficencia y unos 70.000 viviendo del pan precario de la limosna. En las mismas condiciones se encontraba todo el cinturón que rodeaba a París. Él mismo lo cuenta: *"De los dos lados de un arroyuelo infecto, se levantan casas de cinco pisos con más de cincuenta familias. Los cuartos bajos nauseabundos, son alquilados a razón de un franco y 50 céntimos por semana, cuando están provistos de una chimenea, y uno con 25 si no la tienen. A menudo, ningún papel, ningún mueble oculta la desnudez de los tristes muros. En una casa de la calle*

Lyonnais, 10 familias no tenían camas, sin otro colchón que un poco de paja sobre el suelo de tierra, sin otro mobiliario que una cuerda que atravesaba la habitación. Suspendían en ella el pan en un trozo de tela fuera del alcance de las ratas. Una mujer había perdido tres niños muertos de tuberculosis y con desesperación nos enseñaba otros tres destinados al mismo fin. Los pisos superiores no ofrecían un aspecto más consolador. Bajo las buhardillas, una habitación sin ventana, donde vivía un pobre sastre, su mujer y ocho hijos. Debajo de la pendiente del tejado estaba la paja que le servía de lecho. Algunos más favorecidos tenían dos camas para seis personas, donde estaban revueltos sanos y enfermos, chicos y chicas. Esto respecto a la casa: el deterioro personal era tal, que más de 20 niños de la misma casa no podían ir a la escuela por no tener vestidos. Es preciso que estos desgraciados encuentren algo con qué alimentarse para no perecer de inanición, para que no se pueda decir que literalmente mueren de hambre en la ciudad más civilizada de la tierra... Muchos viven de los restos que les distribuyen, a través de las rejas del palacio de Luxemburgo, los cocineros de las tropas acuarteladas. Algunos de los trozos de pan que recogen de las basuras mojados de agua fría”.

Y todo esto, Ozanam no lo escribió de memoria, por algo que había oído o que presumía que había ocurrido. Estas situaciones las experimentó. Sus ratos libres eran gastados en palpar la miseria, subir las escaleras hasta las buhardillas y detectar y compartir todo ello. Aquí tuvo unas experiencias muy ricas ya que no sólo se dio cuenta de los vicios sino también de las virtudes y ejemplos que estas personas le ofrecían. Le demostraron que, bajo los harapos, tenían un corazón de oro. El nos lo describe: *"En estas buhardillas hemos presenciado las más amables virtudes domésticas con la delicadez y la inteligencia que no siempre se encuentran entre los que se visten de sedas. Un pobre tonelero, septuagenario, moviendo sus viejos brazos para sacar adelante a su nieto que no tenía padre. Un joven sordomudo de doce años cuya instrucción llegó al punto de saber leer, reza y conoce a Dios. Una buena mujer de Auvernia, trabaja para sus cuatro hijas, y el padre albañil; pero la fe de estas buenas gentes iluminaba su vida como un rayo de sol..."*

Ozanam al ser testigo presencial de tanto dolor y miseria, al bajar las escaleras derrumbadas de cada piso, se siente sobrecogido. No miraba solo el momento presente, piensa en el invierno cuando las obras se paralicen y los obreros de la construcción no puedan trabajar y se queden parados. Sacando fuerzas, se atrevió a denunciarlo ante sus conciudadanos.

Desde su estado laico se dirige a los sacerdotes, no sin antes disculparse de su osadía, y poniéndoles de ejemplo al Sr. Arzobispo que murió con y por el pueblo, les arenga para que no se cansen en su labor caritativa ni sean frenados por aquellos que piensan que sus acciones no son ortodoxas.

Puso de relieve la importancia del apostolado con los obreros, así como la actitud y valor demostrado en el trabajo de las ambulancias de junio o las iniciativas de reformas en materia de educación, agricultura y centros penitenciarios. En sus avisos les dice: *"Desconfiad sobre todo de vosotros mismos, de las costumbres de una época más apacible y dudad menos del poder de vuestro ministerio y de su popularidad. Se os debe esta justicia ya que amáis a los pobres, que acogéis caritativamente al indigente que llama a vuestra puerta y que no os hacéis esperar si os llaman a la cabecera de sus camas. Pero ha llegado el tiempo de ocuparnos más de estos otros pobres que no mendigan, que viven ordinariamente de su trabajo y a los que nunca se les asegura el derecho al trabajo ni el derecho a la asistencia. Ha llegado el momento de ir a buscar a los que no os llaman, que relegados en sus barrios bajos sin fama, no han conocido jamás la Iglesia, ni al sacerdote, ni el dulce nombre de Cristo. No os asustéis cuando los malos ricos enojados os tachen de comunistas*

como se trató a San Bernardo de fanático. Vosotros acordaos de vuestros antepasados, los sacerdotes franceses del s. XI y XII que salvaron a Europa por medio de las Cruzadas. Salvadla ahora por medio de la Caridad y puesto que por ella no tendréis que derramar sangre, sed los primeros soldados”.

2. Llamada a la solidaridad

También se dirigió a los ricos los cuales podían ayudar a relanzar la economía por medio de la inversión, hacer limosnas, suministrar trabajo para que disminuyera el paro... Les invitó a ser valientes, no pensando que se iban a perjudicar haciendo caridad.

A los representantes del Pueblo les habló en términos categóricos: *"No creáis haber hecho bastante por haber votado subsidios que terminan por agotarse o regular las horas de trabajo cuando éste no es todavía más que un sueño o por haber rehusado el trabajo dominical a los obreros que os están reprochando la falta de trabajo durante la semana..."*

Les animó, asimismo, a visitar y palpar la miseria con sus propios ojos a fin de que, impactados, puedan acudir en defensa de los pobres desde los bancos de la Asamblea Nacional: *"¿Por qué no aprovecháis vuestras mañanas para visitar estos barrios desheredados, para subir estas escaleras oscuras, penetrar en estos cuartos desnudos, ver con vuestros ojos lo que sufren vuestros hermanos, aseguraros de sus necesidades y dejar a estas pobres gentes el recuerdo de una visita que honra y consuela su desgracia? Penetrados de una emoción que no soportará más demora, pondrá fuego sobre vuestros labios y que hará temblar a la Asamblea y la forzaré, si fuera preciso, a declararse en vigilancia..."*

No contento con esto, les propuso cuál sería el mejor modo de emplear los fondos públicos y si no los hubiera, apela a la generosidad del pueblo abriendo suscripciones nacionales en favor de los parados y cualquier otra forma de pobreza, asegurándoles que nadie rehusará colaborar con ellos, incluso los más pobres vendrían "con su puñado de trigo"

Por último, llamó a la solidaridad a todos los ciudadanos, sobre todo a aquellos que les faltaba lo necesario, pues con su experiencia, podían llegar a ser ayudadores de los que aportan "su oro" al tesoro público. Les abrió el corazón a la esperanza para superar los múltiples obstáculos que les impedían gozar plenamente de su libertad. *"Guardaos de desesperar, les dice, arrancad esos ánimos que frenan para emprender las acciones. Dicen que estamos asistiendo a la decadencia de Francia y de la civilización, pero a fuerza de anunciar la próxima ruina de un país acaban por precipitarla..."*

3. Campaña abierta en favor de la Caridad a través de L'Ere Nouvelle

El mes de octubre de 1848 fue el más fecundo, lo ocupó, casi en su totalidad, en una fuerte campaña de Caridad, alertando a los cristianos "contra los abusos", después de cincuenta años, que causaban la desgracia de un pueblo libre y que era su vergüenza.

Quince artículos escribió Ozanam para su periódico sobre el tema de la caridad, cinco de ellos durante este mes, y cuatro salieron en domingo. El día 8 de octubre de 1848, anunció desde su tribuna una innovación en L'Ere Nouvelle: *"Desde ahora -dice - el número de cada domingo tendrá en adelante varias columnas reservadas a las cuestiones de caridad, de economía caritativa, con todo un programa sobre problemas sociales..."*

Asimismo, anunció que, a partir de la fecha del día 15, este número sería vendido en las calles de París al precio de cinco céntimos. Esta iniciativa era completamente nueva. Existían otras revistas de economía de la caridad como eran los *Anales de la Caridad*, revista leía por lectores de un medio social relativamente elevado. Sin embargo, L'Ere Nouvelle quería ser

un periódico que interesara al pueblo llano, que estuviera al alcance de los bolsillos de aquellos que estaban más desheredados.

Este programa atrajo de inmediato la adhesión de varias personas iniciándose así una gran ayuda en favor de la angustia que padecían la inmensa mayoría de la población.

En París se iniciaron actos muy numerosos y variados. Cursos de instrucción religiosa para obreros, abiertos en los Cármenes y en el Seminario del Espíritu Santo. El Abate Chatóne, abrió un curso de Derecho Social que se impartía los miércoles y los sábados por la tarde. A su hermano el Abate Alfonso Ozanam le invitó en varias ocasiones a trabajar en favor de esta gente asalariada para poder paliar tan desastrosa situación y no sólo apela al hambre y a la miseria, sino que buscó sobre todo el modo de elevarlos capacitándolos a través de la educación, para que ellos mismos aprendieran a salir de su indigencia. Categóricamente le dice:

"Espero que pronto podrás ocuparte y encontrar alguna dulzura evangelizando a esta clase obrera que debe ser tan numerosa en Lille y para la cual has tenido siempre una justa predilección. Siempre he apoyado tu inclinación hacia esas gentes laboriosas, pobres, extraños a la delicadeza de las gentes bien educadas. Si un mayor número de cristianos y sobre todo eclesiásticos se hubieran ocupado de los obreros desde hace diez años, estaríamos más seguros de su porvenir. Estoy enteramente contigo en lo que se refiere al domingo. Voy a redactar un pequeño escrito sobre esta cuestión y lo haré distribuir y pegar por las paredes. Por otro lado voy a tener pronto en casa una reunión de profesores en la que trataremos de fundar "cursos públicos" y una especie de Escuela nocturna para estas buenas gentes..."

Ozanam luchó por lograr el descanso dominical, alcanzando todo tipo de mejoras, tratando de atraerse a sus amigos para que colaboraran en tan justa causa. Buscó apoyo moral y material, logrando locales tanto de la Iglesia como de particulares.

Su acción no quedó limitada a París. A través de su hermano destinado en Lille, intervino para que el clero de aquella región se les uniera. Así leemos en una carta escrita al respecto: *"Ocúpate siempre de los criados lo mismo que de los amos, de los obreros igual que de los patronos, es por ahora la única vía de salvación para la Iglesia de Francia. Es preciso que los curas renuncien a sus pequeñas parroquias burguesas... Es preciso que se ocupen, no sólo de la clase pobre que pide limosna, sino de esa otra que no se atreve. Es ahora más que nunca que se debería meditar sobre el capítulo II de la epístola de Santiago, tan bello y que parece escrito para estos momentos..."*

Además de su hermano, recurre a otras personas para que vengan en su ayuda. A finales de diciembre de 1848 pidió al abate Chantóne que busque hombres laicos, comprometidos y voluntarios que estuvieran dispuestos a trabajar en favor de la promoción de los obreros.

Este mismo mes escribía a su amigo Augusto Cochín para invitarle a una reunión que con este fin tendría lugar en casa del Abate anteriormente citado, Rue SaintHyacinthe Saint-Michel, nº 8, a las 7 de la tarde. Igualmente, con esta fecha e idéntico texto escribió a otro importante personaje: Claude Louis Michel.

4. Respuesta de los poderes públicos y privados

La miseria del Distrito XII de París fue considerada en la Asamblea Nacional y se decidió poner remedio por orden gubernamental. El Sr. Alcalde doctor Trelat en cargo a las Conferencias de San Vicente de Paúl distribuir los recursos oficiales a las numerosas familias necesitadas. Se distribuyeron por sectores a razón de 2.500 familias, 70 por Comisario. Esta

labor se llevó a cabo durante cuatro meses. Además se instituyó una Escuela en dicho lugar para los alumnos sin escolarizar.

Como los recursos oficiales no fueron suficientes, se recurrió a la iniciativa privada abriéndose una suscripción entre la Guardia Nacional en beneficio de los niños para su educación y para la formación profesional.

Todas estas organizaciones en favor de los necesitados, llevadas a cabo por Ozanam y sus colaboradores, no fueron bien vistas ni aceptadas por todos los sectores. Incluso sus amigos, como era Montalembert, iniciaron una oleada de protestas en contra de sus doctrinas y acciones de caridad puestas en marcha. Acusan a *L'Ere Nouvelle* de partir de unas ideas socialistas ya que reservaba al Estado la asistencia pública, el derecho a distribuir los recursos.

Tanto Federico Ozanam como el Abate Maret, director del periódico desde agosto de 1848, dejaron bien claro el papel que le reservaban al Estado en esta materia. Admitían la asistencia pública organizada, pero sin que ello dispensase de la caridad privada que debía gozar de gran libertad, y para ello, tanto Instituciones como Obras benéficas se deberían mover sin ningún obstáculo ni atadura. El Estado sólo debería actuar allí donde no pueden llegar los particulares.

La Iglesia, como institución religiosa, asumió el papel del Estado a lo largo de los siglos a título privado, siendo asumido por él en el momento de la Revolución Francesa. Ozanam afirmó:

"La caridad no puede ser asumida totalmente por el Estado porque es más grande que él".

CAPITULO III: FEDERICO OZANAM Y SU COMPROMISO POLITICO

I. DE LEGITIMISTA A DEMÓCRATA

Federico Ozanam se implicó a lo largo de su vida en la política de su tiempo y adoptó postura ante los problemas concretos (encuadrándolos dentro del devenir histórico); su implicación y su lucha fue desde un sector literario-periodístico más que desde un partido político. Su carrera política fue, sin embargo, de corta duración.

Durante su vida activa se relacionó con varios políticos que desempeñaban cargos influyentes, Pares de Francia como Montalembert, Cousin, Villemain (los dos últimos llegaron a ser ministros); con los ministros Guizot y Saucet, diputados como Lamartine, Carné, Dubois... La relación que Federico pudo tener con estos personajes no fue arbitraria, sino que era una característica del momento. Cualquier persona que quisiera tener una actividad pública no podía hacer otra cosa, incluso el mantenerse en un cargo conllevaba, a menudo, ser diputado por algún distrito. Cartas, visitas, presencias en reuniones oficiales, eran necesarias para estar en contacto con los hombres influyentes. Muy a menudo se quejaba Ozanam en sus cartas de estas actividades que necesitaba mantener, y que le restaban tiempo para sus estudios de Derecho o para sus investigaciones literarias. Llegó a tener un programa de 150 visitas al año.

El carácter tímido y retraído de nuestro hombre, no concordaba demasiado con las exigencias de este código aceptado, y aunque no sentía grandes atractivos, no tuvo más remedio que sacrificarse a la costumbre, pues el juego de su carrera, tanto en el terreno de las Leyes primero, como más adelante en el de las Letras, dependía de las gestiones realizadas cerca de los poderosos.

Para acceder a la cátedra de Derecho Mercantil en Lyon, y más tarde a otra cátedra en la Sorbona, se vio obligado a pedir apoyo y recomendaciones. Tuvo que interceder, asimismo, ante el ministro por su suegro, el rector Soulacroix, para conseguirle un puesto en París; también para sus amigos, Lallier y Genin que querían, el primero continuar como juez en Senz y el segundo ascender de una abogacía a la magistratura.

Uno de los motivos por el que se verá envuelto en la actividad parlamentaria y diplomática fue el asunto de la "Propagación de la Fe", de cuyos Anales fue escritor asiduo. Al centro de Lyon era donde aflúan todas las quejas y proyectos que dimanaban de los patriarcas católicos o de los obispos misioneros del Próximo Oriente; a fin de que se les diera una solución positiva y rápida, había que llegar hasta el ministro Guizot; Ozanam se ocupó de ello en varias ocasiones siendo mediador entre el Consejo Central de Lyon y el Departamento de Asuntos Extranjeros. Para asegurar a esta organización la estima y protección del ministro fue por lo que le sirvió en sus designios, pues la situación de los católicos del Próximo Oriente estaba a merced del ministro francés y del austriaco Metternich.

1. Monárquico legitimista

A primera vista y bajo un somero examen, se podría tildar a Federico Ozanam de ser un conformista, sobre todo, al considerar el cuidado que ponía en no sobrepasar las órdenes del rey, y no criticar la ejecución de los planes del primer ministro Guizot. Sin embargo, considerando toda su evolución, se advierte que, en un principio es "monárquico legitimista" por herencia.

Su nacimiento estuvo marcado con la señal del exilio. Hijo de Juan Ozanam, francés de vieja raza y cristiano de arraigada fe, como lo califica Pativilca. Este hombre vivió la Revolución Francesa, y luchó valerosamente como soldado bajo las órdenes del general Napoleón Bonaparte en las campañas de Italia. Más tarde, el Emperador Napoleón recordando sus méritos, quiso recompensarle ofreciéndole un puesto de capitán en la Guardia Nacional; el cual fue agradecido, pero rehusado al no compartir los ideales napoleónicos. Para no traicionar sus condiciones, se exilió a Italia. Marchó, pues, a Milán para vivir sólo del fruto de su trabajo. Durante el año 1813, Napoleón le compensó como médico con una condecoración ya que no lo pudo hacer como veterano, en premio a una "batalla" contra el tifus en el hospital militar de Milán.

Su padre ejerció una decisiva influencia sobre Federico Ozanam. No es pues de extrañar que las ideas vividas en el seno paterno, sean las que afloran durante el período de la juventud. Sobre esta influencia paterna escribe a Courmier el 1 de junio de 1837, reflexionando ante la muerte de su padre: *"Como un niño acostumbrado a vivir a la sombra de otro, si se le deja una hora solo en casa, penetrado del sentimiento de su propia debilidad, se asusta y rompe a llorar. Igualmente cuando vivía tan apacible en la sombra de aquella autoridad paterna, de aquella providencia visible en la que se descansa de todas las cosas, viéndola desaparecer de repente y hallándose cargado con una responsabilidad desacostumbrada en medio de este mundo malo, se experimenta uno de los mayores sentimientos dolorosos que hayan podido acaecer desde el principio del mundo para castigar al hombre decaído..."*

Las primeras manifestaciones que advertimos en Federico Ozanam sobre cuestiones políticas, datan del año 1830, al empezar en Francia el hundimiento del sistema de la Restauración. Carlos X había sucedido a Luis XVIII en 1824, y los problemas de este monarca con los liberales habían ido "in crescendo" hasta que, en julio de 1830, el rey contrariado porque la Cámara de los Diputados se había permitido un voto de censura contra él decidió, en uso a sus prerrogativas, disolver las Cámaras y suspender la Carta que su antecesor había otorgado en 1814, y por la que se había regido hasta entonces la vida política francesa.

La suspensión de la Carta Otorgada iba acompañada de unas Ordenanzas por las que se establecía la censura de prensa, y se promulgaba una nueva ley electoral, que restringía el voto, de tal forma que quedaba como un privilegio de la vieja aristocracia. Al mismo tiempo se convocaron elecciones generales según el nuevo sistema. Quedaban excluidos de la vida política los banqueros, los altos comerciantes y los industriales, los cuales provocaron la revuelta que estalló en París.

Carlos X, que tenía muy presente la suerte seguida por Luis XVI, se apresuró a abdicar la Corona y a refugiarse en Inglaterra. Aprovechando la euforia provocada por la huida del rey, el general Lafayette presentó a la multitud un pariente colateral de los Borbones, el Duque de Orleans, Luis Felipe, que fue inmediatamente aclamado como rey. Este era hijo del príncipe de Orleans, Felipe Egalité, llamado así por haber luchado a favor de la Revolución Francesa militando en el partido de los girondinos. Fue guillotinado junto con los diputados de la Gironda cuando triunfaron los jacobinos, y su hijo Luis Felipe anduvo errante por Estados Unidos en donde bebió las ideas democráticas. Muchos franceses vieron en esta persona el ideal para no declarar la República y, al mismo tiempo, una mejor garantía de la libertad democrática.

Con Felipe de Orleans, Francia cambia de dinastía reinante, pero poco más. Se volvió a promulgar la Carta Otorgada, se derogaron las Ordenanzas de julio, se amplió ligeramente el derecho de voto, y la Cámara de los Pares dejó de ser hereditaria con lo que quedaba abierta a los nuevos aristócratas. La vieja aristocracia de sangre, que había servido a los

Borbones, caía con ellos. Los nuevos aristócratas tenían su monarca en Luis Felipe, y los que habían estado en las barricadas seguían sin tener nada.

Las jornadas revolucionarias de julio de 1830 afectaron a Federico Ozanam extraordinariamente. Supo que su hermano Alfonso, sacerdote, había tenido que quitarse el hábito eclesiástico, y que su destino era incierto. Todo ello lo ocultó para no desolar a su madre, pero a su amigo Augusto Materne le abrió su corazón. "[...] *El pesar me devora, ¡Oh, Dios mío! He visto al pie de tu casa una proclama anunciando que Carlos X no puede seguir reinando... ¿Desde cuándo la persona del rey no es inviolable y sagrada?... tiemblo de indignación. ¿Quién permite al pueblo deponer y nombrar? Yo seré siempre el súbdito fiel de Carlos X.*"

Se le ve aquí como a un joven que vibra por los acontecimientos. Pero, a lo largo de la década, su pensamiento político fue evolucionando paulatinamente, y acabarán esos fervores juveniles.

Dos años más tarde, estudiante en París, seguía pensando en la necesidad de una monarquía que rigiera los destinos de Francia. Así escribía: *"No creo que la sociedad francesa haya llegado todavía a su mayoría de edad. Creo que aún tiene necesidad del régimen monárquico. El rey es para mí símbolo de los destinos nacionales, el representante del pueblo por excelencia. Sobre su frente brillan las glorias de la Francia antigua y moderna, sobre su cabeza se reúnen todos los recuerdos, es por eso por lo que yo le venero y lo quiero, ya esté en el trono o en el exilio"*.

En estos momentos Europa se estaba debatiendo en medio de dos fuerzas antagónicas: por un lado el liberalismo iniciado con la Revolución Francesa, y por otro el Sistema de la Restauración por el que los monarcas absolutistas realizaban los últimos esfuerzos para salvar el Antiguo Régimen.

Los monárquicos, los galicanos y los legitimistas eran los que, con sus triunfos, habían aplastado, en su cuna, el primer intento de construir una doctrina democrática cristiana. Ozanam, tan amante y fiel a la Iglesia, vio con inmenso dolor que grandes sectores eclesiásticos, ante este aparato político del momento, reaccionaran en busca de una "alianza" cayendo en contradicciones, sin duda, pero defendiendo obstinadamente "el orden establecido:" Gran parte del clero no quería oír la palabra "libertad:" Los obispos, imbuidos de viejas ideas galicanas y absolutistas, toleraban que la Iglesia fuera sierva del Estado el cual la utilizó para beneficio de sus intereses políticos.

2. Superó el legitimismo a través de Lamennais

A través de Lamennais descubrió Federico Ozanam que la Iglesia no necesitaba de la monarquía absoluta; fue en estos momentos cuando superó el legitimismo paterno. Comenzó a ver claro la separación Iglesia y Estado. Dando un nuevo viraje y rompiendo con los poderes públicos, se asoció al movimiento social que preparaba el mundo a nuevos destinos.

Es cierto que se mostró algo escéptico hacia las doctrinas de Lamennais y no las aceptó plenamente. Ozanam era católico liberal y fue testigo muy cercano de la ruptura de Lamennais con Roma cuando el Papa Gregorio XVI publicó, el 15 de agosto de 1832, la encíclica *Mirari vos*; en ella desaprobaba las tesis de Lamennais y se abortaba la primera tribuna del catolicismo social.

En un principio Lamennais aceptó y acató el documento, en unión con Lacordaire y Montalembert; regresó a Francia para cerrar el periódico "*L'Avenir*" del que fuera fundador. Unos meses después no supo aceptar el golpe, y el día 7 de abril de 1833 celebró en La

Chesnaie su última Misa desilusionado de la religión católica. Según él, la Santa Sede había hecho causa común con los monarcas absolutos que tantos males ocasionaron a la Iglesia, y ya no podía esperar nada de una religión que se apartaba del pueblo, y se ligaba al despotismo. Se desesperó al no ver marchar el catolicismo con la rapidez que él esperaba.

Federico Ozanam contaba veinte años de edad, y con una visión bien clara advirtió que no había que actuar precipitadamente, y que lo que sería bueno para un futuro, no lo era tanto si se forzaba la marcha. Los conocimientos que tenía del desarrollo de la historia le llevaron a creer que el momento era prematuro, y que no se podía actuar en el proceso a saltos, sino que había que trabajar para que el tiempo lo aproximara. Esta fue la clave, el acierto que tuvo Ozanam; aún compartiendo algunas de las ideas de Lamennais, no las aceptó hasta el extremo de separarse de la Iglesia. No es bueno quemar etapas, y aquel no participó de la paciencia del labrador que aguarda la cosecha para recoger el fruto en sazón.

Estudiante en París, Ozanam se había integrado en el grupo de las Conferencias de la Historia fundadas por Bailly en 1832. Estas reuniones son para el joven un trampolín para exponer sus ideas políticas que no siempre son bien interpretadas. Es atacado desde la revista llamada *Amigos de la religión* y para defenderse escribe: *"La realeza se personifica para mí en cabezas tan venerables y queridas como Enrique IV, Luis XIV y Luis XV y semejantes expresiones no podían escaparse de mis labios sin dejarme remordimientos en el corazón... Se me acusa de calumniar a la monarquía, joven aún, no tengo todavía ningún interés en calumniar lo que sea y, cuando tenga interés en ello, espero tener bastante honor y caridad para abstenerme..."*

Fue defensor de la monarquía y gran admirador de ella, sin embargo, esto no quiere decir que su participación en la política fuera activa o militante en algún partido. En la carta arriba citada lo expresó muy claramente: *"Nunca en las opiniones, en la lucha que divide a Francia, mis simpatías me han hecho inclinarme por ningún partido. Nunca se me han atribuido creencias políticas, pero si alguna vez fuere, serían más bien en una escuela opuesta, en una escuela amiga de la realeza digna en la que las hubiera propugnado."*

La reputación de legitimista no la abandonará hasta bien tarde, después de la revolución de 1848. Al ser propuesto para profesor de Filosofía en 1838, el rector Soulacroix (que más tarde sería su suegro) dio el siguiente informe al ministro de Instrucción Pública: *"Un magistrado del Ministerio Público me ha hablado del Sr. Ozanam con gran elogio en todos los aspectos, y sin restricción estaba satisfecho de los principios emitidos por ese joven abogado... Sin embargo, los datos procedentes de la Prefectura, lo ponen en duda, y presentan su opinión como vinculándose al pasado. Una conversación con ese candidato, sobre tan delicado punto, le ofrecería la ocasión de hacer una profesión de fe, que demostraría si se vincula francamente al orden actual de las cosas."*

Federico Ozanam, como todos los de su tiempo, pidió toda clase de recomendaciones para conseguir los diferentes puestos desde donde ejerció la docencia, pero jamás ocultó ni sus ideas políticas ni sus convicciones religiosas. Defensor de la verdad a toda costa siempre la llevaba por delante.

Durante los dieciocho años que duró la monarquía de Luis Felipe, sobre todo en la primera década, la implicación de Ozanam en la política parece rayar en la indiferencia, y hasta da la sensación de que rehusaba todo cuanto le pudiera llevar a una participación. Así escribió a su madre: *"Estamos rodeados de partidos políticos que, porque comenzamos a llevar barba, quisieran enrolarnos en sus filas, incluso en religión, no oímos más que controversias, vemos disputas en las que falta la caridad y abunda el escándalo..."*

Los intereses que le atraen en estos años no son precisamente los políticos, sólo le interesan en tanto en cuanto existe un margen de libertad permitido por este régimen, y que es aprovechada para dar fundamentos morales a la sociedad económica que se está gestando. El hecho de que la monarquía de julio no le prohíba obrar justamente, constituye una de las causas de su actitud acomodaticia con respecto al gobierno de Luis Felipe de Orleans. Si bien éste era un déspota, su gobierno no pudo calificarse de tirano. Sin embargo, no supo comprender las necesidades materiales de su tiempo y de su Patria. Su lema era: "Nada para la gloria"; a sus súbditos para contentarlos les decía: "Enriqueceos"; pero mientras la burguesía se enriquecía, y él mismo fue el monarca más rico de Europa, los obreros sufrían gran pobreza, con una gran inseguridad en el trabajo, y falta de protección legal en el trato con los patronos. Estos acontecimientos llevaron al pueblo a levantamientos como los de Lyon de los años 1831 y 1834.

Las diferentes expectativas, que fueron en general de alegría para los protagonistas de estas dos cortísimas revoluciones, pronto se vinieron abajo. Los obreros esperaban una mejora de sus condiciones de vida y de trabajo, los republicanos creían llegado el momento de implantar la Segunda República democrática; pero para la mayor parte de la burguesía la alegría de la victoria se mezcló con el miedo de que la situación pudiera derivar hacia un nuevo "Terror"; ellos se conformaban con un restablecimiento de la Carta de 1814 y con encumbrar la vieja aristocracia.

Las ideas políticas de Ozanam estaban, pues, por esta época, mezcladas con el rechazo a los discípulos de SaintSimon. Durante el año 1834 varias cartas lo atestiguan; sobre todo escribe a su padre deplorando "el mal liberalismo" que se practica en la ciudad de Lyon. Ya desde 1831, el periódico liberal, El precursor, había acogido la doctrina de los saintsimonianos, y había presentado, con términos elogiosos, a esta representación llegada de París. Pronto estos mismos liberales se lamentaron de tal estima hasta el punto de abrir sus columnas a quienes quisieran refutar esta doctrina. Federico Ozanam aprovechó la ocasión para publicar en este periódico, desde mayo de 1831, sus reflexiones sobre "la doctrina saintsimoniana:"

Denuncia la gran afinidad entre el mal liberalismo y el saintsimonismo. De esta crítica arranca un punto de partida, una discriminación entre las diferentes concepciones de la libertad. Cuando en diciembre de 1839, abrió el Curso de Derecho Mercantil en la ciudad de Lyon hizo esta declaración de principios: *"La libertad política lo mismo que la libertad moral consiste, no en la ausencia, sino en la inteligencia de la ley. Si el hombre es libre, es porque en vez de soportar, sin saberlo, el impulso fatal de una fuerza exterior, se determina espontáneamente por la luz de una ley, que lleva en sí mismo, y se llama conciencia."*

Exponiendo su concepto de libertad, Ozanam define su propio liberalismo, e implícitamente critica a los otros en nombre de esa misma trascendencia, que le hacía rechazar el saintsimonismo.

Cualquiera de los aspectos de la Obra de Ozanam siempre los pensó, los contempló y los previó a través y a la luz de la historia, ella fue su maestra principal, de ella aprende, y con ella quiere demostrar y enseñar a los demás su línea de acción. A pesar de proceder de un hogar legitimista, evoluciona en sus pensamientos ideológicos a través de sus estudios historiográficos, de su implicación en el mundo obrero, y sobre todo por su entrega a la fe.

El 21 de julio de 1834, en una carta a su primo Enrique Falconnet le expuso claramente sus ideas políticas, proponiéndole "el sacrificio individual en provecho de todos", y para ello apela a la historia; este programa lo compara al de la Iglesia primitiva de Jerusalén como

"una república cristiana", que llegaría a su plenitud al final de los tiempos como "el estado más perfecto que pueda alcanzar la humanidad."

A lo largo de los años que vivió, aunque no fueron muchos, pudo darse cuenta Ozanam de que la evolución de las circunstancias le fue rebajando los sueños juveniles; no obstante, en su corazón seguirían brillando los mismos resplandores de entrega a los demás, aunque en principio pensara que esto traería consigo "la desaparición del espíritu político en favor del beneficio social:" Así se lo manifestó a Francisco Lallier en una carta: *"La cuestión que agita hoy al mundo, no es cuestión de personas ni de formas políticas, es una cuestión social ..."*.

Él mismo, andando el tiempo, se implicará en la política, hasta el extremo de aceptar presentar una candidatura como diputado a la Asamblea Nacional por el Departamento de Rhône en el año 1848. Ahora bien, los intereses sociales estarán siempre por encima de los políticos, y por eso nada le importó al enterarse de que su candidatura no había obtenido fruto.

3. Desencanto del Régimen establecido

Cuando en el año 1834 confía a sus amigos este lanzamiento político, comienza Ozanam a desconfiar de la eficacia de la vieja realeza. Es a partir de este año cuando capta que, desde la revolución burguesa de 1830, el Antiguo Régimen ha hecho crisis y una crisis irreversible, ya no servirá de apoyo. Desde entonces contempla la vieja monarquía no como un medio sino como algo que va a finalizar; de ahí que empiece a ofrecer fórmulas concretas: *"En cuanto a las opiniones políticas... como tú, quisiera la disminución del espíritu político en beneficio del espíritu social. Como tú, saludo con esperanza la bandera de Lamartine y de Saucet, de Pagés de Ariegé, Hennequin y de Janvier. Siento por la vieja realeza todo el respeto que se debe a un glorioso inválido, pero no me apoyo en él, porque con su pierna de madera, no sabría marchar al paso de las nuevas generaciones. No niego ni rechazo ninguna combinación gubernamental, pero no las acepto más que como instrumento para hacer a los hombres más felices y mejores. Si quieres fórmulas ahí las tienes: creo en la autoridad como medio, en la caridad como fin."*

También se va advirtiendo el cambio, al contraponer los principios liberales al principio de autoridad de origen divino: *"Todo gobierno me parece respetable en lo que representa, el principio divino de autoridad. En este sentido comprendo el omnis potestas a Deo, de San Pablo. Pero pienso que enfrente del poder existe el principio sagrado de la libertad..."*

Y más claramente advierte el rechazo de esta monarquía cuando sea explotadora y, siempre apelando a la historia, dice: *"Tal como la monarquía de Nerón, monarquía que yo no quiero:"* Y sigue señalando Ozanam cómo existen dos clases de gobiernos animados por dos principios opuestos: *la de Nerón que explota y la del rey santo (San Luis) que libera. Sigue diciendo: "esa sí, cómo la amo."*

El año 1835 se advierte cómo se van afianzando y perfilando las luchas políticas para mantener ese "orden establecido" contra los principios liberales que no se pueden ocultar. El liberalismo se va pronunciando en brotes cada vez más fuertes creándose situaciones enfrentadas y ambiguas. La burguesía europea había salido de la Revolución bastante favorecida; el liberalismo progresista confía en el reformismo para que la sociedad se elevara. El socialismo preparaba un cambio que fuera profundo. Ante esta situación, Ozanam se pronunció y, aprovechando su influencia comenzó a dar consignas: *"El porvenir es bien sombrío, el suelo en el que nos apoyamos es bien fangoso..., es hora de darnos la mano y sostenernos los unos a los otros... esforcémonos para que el barro donde pisamos no*

nos salpique.... permanezcamos puros y caminemos por un terreno más llevadero y bello, y conduzcamos por él a los que vienen detrás:"

Y termina esta misma carta con una queja: *"Encuentro que, entre nosotros los católicos, no hay bastante energía, tampoco bastante unión y permaneciendo así, no podremos hacer nada para mejorar nuestro siglo y nuestro país. Hay que tener una gran cruzada intelectual y moral, y dejar atrás las miserables querellas de la política. No hay que tener más que tres palabras sobre la bandera: Dios, la Iglesia y la humanidad..."*

La militancia de Ozanam está bien clara en el texto anterior. Sus armas de combate serán, en todo momento, "una cruzada intelectual y moral", un afán por la instrucción de los obreros, de los soldados, y la lucha por todo tipo de enseñanza. La profundización y rastreo por la historia, por un lado y por otro, elevar al máximo los principios morales, serán una constante en su corta vida, ahí es donde él atisbaba la salvación del momento en el que le tocó vivir.

Por doquier advierte sistemas políticos desfallecidos, y comienza a esperar uno nuevo que concilie la libertad y el poder, para que el desarrollo de la política de las naciones se opere bajo la tutela de la fe religiosa con el fin de buscar primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás que sea dado por añadidura.

En 1839 escribe a Lacordaire con motivo de su ingreso en la Orden de Santo Domingo; le comunicó cómo en Lyon se estaba produciendo un movimiento católico entre los intelectuales, a causa del impulso que él había dado con la Conferencia de Notre-Dame. Ahora se estaban recogiendo los frutos: carbonarios y también republicanos se habían convertido en fervorosos creyentes. Se solicitaba a los católicos para colaborar en Revistas; en la Cámara de los Pares aumentaban los que estaban dispuestos a hacer el bien, y vio, con agrado, que incluso los artículos del Código Penal favorecían a los monasterios y órdenes religiosas. Constató también, con alegría, un cambio en los espíritus, sobre todo, por parte del clero. Algunos, dice: *"Se van percatando de que la fe sufre con esas alianzas de los intereses políticos, y más de una docena, de los más absolutistas, se han abonado al "Le National".*

Ozanam vibra ante una porción del pueblo que secunda sus ideas y que , poco a poco, se fueron abriendo hacia una democracia más amplia, que conllevaba, no solamente la exigencia del sufragio universal frente al censitario, un gobierno responsable ante el Parlamento, libertad de Asociación y Prensa, sino que su anhelo apunta más alto. Su lucha se basará en una democracia, sí, pero cristiana, con grandes reformas sociales que alivien las miserias de los obreros por medio de cooperativas, y todo lo necesario para elevar la cultura y nivel de vida a los oprimidos.

II. OZANAM REPUBLICANO

"Ozanam fue uno de los primeros en aludir a una democracia cristiana, ya como orientación económica y social hacia las clases trabajadoras, ya como estructuras políticas de la sociedad. Fue quien primeramente intuyó su desarrollo histórico y su razón social, pudiendo ser llamado el primer líder de la democracia cristiana."

Al correr los años cuarenta, el ambiente, la sociedad que rodeaba a Federico Ozanam, comenzó a cambiar. Diferentes acontecimientos modificaron las circunstancias, y un nuevo viraje se produjo en la historia: triple nombramiento de las tres primeras sedes de Francia; Monseñor Affre en París, Monseñor Gousset en Reims y Monseñor Bonald en Lyon. Esto hizo levantar el cerco a las ideas que eran tenidas por sospechosas en el argot clerical. La

resistencia católica en Irlanda, Alemania o España, prensa católica y alocuciones de la Santa Sede harán del momento una transición digna de tenerse en cuenta. Federico lo intuye y lo dice: *"Nos encontramos en una transición notable, nadie puede prever sus vicisitudes, pero no nos está permitido desconocer el acontecimiento"*

Ante este momento crucial Ozanam se preparó, vio una coyuntura favorable para poner en marcha lo que un día forzó Lamennais: la separación de lo religioso de las ideas políticas, y de esa manera reconciliar el pasado con el porvenir.

En una carta dirigida al conde de Montalembert le comentó estos sentimientos; cómo sería grande su alegría y bendeciría a Dios por haberle reservado el honor de ver reconciliado ese binomio, separándose las cuestiones religiosas de las del Estado, obra a la que Montalembert había dedicado tantos esfuerzos: *"Por lo demás la reconciliación del pasado con el porvenir, la separación de las ideas religiosas de las ideas políticas, en medio de las cuales está comprometido, la obra en efecto, a la que Vd. ha consagrado tan violentos esfuerzos, empieza a cumplirse incluso en nuestra ciudad, donde encontraba más resistencia que en ninguna parte"*

Pacientemente espera que la causa a la que está sirviendo pueda vencer y varias veces sueña en voz alta y comenta con sus amigos: *"Quizás nos sea permitido un día formar sobre las ruinas de las escuelas y los partidos, que llenan todavía la tierra de Francia, una escuela, un partido cuya única divisa sea la gloria de Dios y la paz de los hombres de buena voluntad..."*

De ningún modo teme que sus convicciones políticas queden bien patentes, y no sólo no teme sino que le interesa que, desde las altas esferas, sepan de qué lado se pronuncia. Al quedar vacante la cátedra de Literatura Extranjera de Lyon escribe al Ministro Cousin para pedirle su nombramiento, y le advierte: *"Se ha trabajado fuertemente contra mí, se han criticado mis opiniones políticas y recriminado mis convicciones religiosas..."*

Es irrefutable el compromiso político de Ozanam en la lucha del tiempo, que marca el período de la democracia en su vida, entre 1845 y 1849. De hecho para él, la única actitud entonces posible es la defensa de los intereses de la religión. A sus ojos importa separar la causa de la Iglesia de la de cualquier partido: *"Permíteme ahora felicitar a nuestros amigos comunes, por haber separado la causa de la Iglesia de la de un partido, por muy respetable que sea..., si la libertad estuviera siempre defendida de esta manera su triunfo sería fácil..., es preciso que la religión tenga su independencia como pasa con la industria, la prensa, como todas las potencias de la sociedad moderna..."*

Constantemente está llamando a la unión, fuera de todo compromiso, y por otro lado no quiere impedir que se experimenten las legítimas divergencias de opinión entre los católicos y, como consecuencia, que los unos y los otros puedan tener acceso a los medios de acción diferentes para hacer triunfar la causa común. Ozanam insiste fuertemente sobre el derecho al pluralismo y desde ahora en adelante será su primera preocupación, su leit motiv. Así se lo comunica a Lallier: *"Pienso que se es más fuerte cuando se es más numeroso, cuando se combate en varios regimientos y en varios puntos al mismo tiempo..."*

Algunos meses más tarde retoma el mismo tema y piensa que la prensa católica es el órgano más honorable para defender los intereses católicos, e invita constantemente a unirse en una empresa común: *"En esta edad tempestuosa en que nos encontramos, es dichoso ver formarse, dentro de todos los sistemas políticos y filosóficos, un grupo compacto de hombres determinados a usar de todos sus derechos de ciudadanos, de toda su influencia de gente instruida, de todos sus estudios profesionales, para honrar el catolicismo en tiempo de paz y defenderlo en caso de lucha..."*

1. Actitud ante los hechos de febrero de 1848

La revolución de 1848 fue a poner en cuestión la actitud que adoptaba Ozanam políticamente, y puso a prueba el resultado de su reflexión acerca de esta materia. Los tumultos habían comenzado el día 22 de febrero y el 24 se instaló un Gobierno Provisional. Luis Felipe, tras abdicar, abandonó Francia. La República se proclamó el día 25.

El pueblo francés se sentía defraudado. Con la Revolución de 1830, sólo habían logrado pasar de una dinastía a otra sin conseguir el progreso social esperado. No se consiguió, ni el sufragio universal, ni la libertad de asociación y de enseñanza. La política continuaba igual o peor que en tiempo de los Borbones y la oposición comenzó a buscar, en la persona de Luis Napoleón Bonaparte, unos aires nuevos así como la ascensión de Francia a primera potencia. Las autoridades y las leyes no estaban preparadas, no habían crecido al mismo ritmo que la industria; la sociedad no estaba en paralelo con las transformaciones económicas, por lo que la desigualdad y la miseria hacían necesario el cambio.

Para frenar los tumultos de la rebelión de febrero, tanto Ozanam como los socios de las Conferencias cumplieron loablemente con su deber. Llegó a vestir uniforme y enrolarse en la Guardia Nacional, y al mismo tiempo sosegaba las iras y auxiliaba a los heridos. Cuando el pueblo invadió las Tullerías, y comenzó a tirar los objetos por las ventanas, corrieron a la Capilla para impedir la profanación de la Eucaristía y del Crucifijo. Consiguieron abrirse paso a través de la multitud hasta la Iglesia de San Roque, y al grito de ¡Viva Cristo!, pudo el cortejo, escoltado, entrar en la Iglesia con los vasos sagrados, entregándolos al Párroco con una profunda veneración.

Los trastornos retornaron en junio del mismo año. Ozanam volvió a vestir el uniforme para ocupar su puesto y como hombre sensible que era le costaba dejar a los suyos para defender la Patria: *"Mi conciencia está en orden... Me he de confesar que es un momento terrible aquel en que se abraza a la esposa e hija pensando que quizás sea por última vez..."* Fue uno de los que pidió a Monseñor Affre que atravesara las barricadas para obtener la rendición de los amotinados. Le acompañó por las calles hasta la Plaza del Arsenal donde, el Sr. Arzobispo, se adelantó sólo apresurándose a servir de parlamentario de la causa. Después de conseguir la promesa del perdón general por parte de Cavaignac y enarbolando en alto la señal cruzó la barricada que obstruía el arrabal. Una bala perdida ocasionó lo que sería un holocausto; la última víctima de la Revolución. A pesar de que por este hecho se produjo la paz, para Ozanam constituyó un motivo de gran dolor la pérdida del arzobispo.

2. Acogida del Nuevo Régimen

¿Qué acogida se reserva al Nuevo Régimen? ¿Cómo podrían los cristianos adherirse a él? A medida que el tiempo avanza, y por la manera de desarrollarse los hechos, Ozanam comienza a descartar la imagen que sobre política tenía en tiempos pasados. Ve la acción de la Providencia en la moderación del Pueblo que mostró generosidad, una clemencia, y un respeto distinto a la época del Terror. Una serie de cartas escritas en estos momentos, demuestran cómo Ozanam veía los hechos. A partir de marzo, casi día a día, fue escribiendo a sus compañeros y amigos no sólo sobre los acontecimientos, sino también la postura que él quiere tomar al respecto. *"No hay que temer la vuelta del Terror- de 1793; no se vuelve a empezar nada en la historia, y las Instituciones políticas no apasionan suficientemente a los hombres. O sea, ¿es que no hay peligro alguno? Al contrario, hay un peligro tanto mayor cuanto que el pasado no da ningún ejemplo. Detrás de la revolución política hay una*

revolución social, detrás de la República, que sólo interesa a las gentes instruidas, están las cuestiones que interesan al pueblo por lo que han luchado..."

En estos momentos las circunstancias eran bien diferentes a las de la Revolución de 1830. Ozanam constata que, en principio, la monarquía caía por tercera vez en el espacio de cincuenta años (Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe), y por ello llega a pensar en una nueva forma de gobierno para Francia. En la carta anterior sigue diciendo: *"La República proclamada sin fanatismos es aceptada sin oposición. Todo el mundo desespera de la monarquía, tres veces ensayada en menos de cincuenta años y tres veces ha dado muestras de una gran insuficiencia. Todo el mundo está decidido a hacer la experiencia de una nueva forma de gobierno, y sin cólera para rechazar el antiguo, tampoco hay fanatismo para establecerlo..."*

La Nación también expresaba su deseo a este respecto; no había que temer, pues, al restablecimiento de una fuerte oposición como fue el caso de 1830, sobre todo de parte de los legitimistas de Luis Felipe. Religiosa y humanamente la situación era totalmente otra, la actitud del pueblo no ofrecía comparación con la de la burguesía irreligiosa y anticlerical de antaño. La superioridad moral del mismo pueblo había sido manifiesta mostrando una generosidad y un desinterés inesperado. A pesar de ser una revolución espontánea, sin cabeza, sin líderes que la retuvieran en sus excesos, no existió apenas pillaje, ni violencia contra la Iglesia o el clero.

Esta característica fue una sorpresa para los católicos y, por ello, dieron la mayoría su adhesión a la República, tanto jerarquías eclesiásticas como ciudadanos.

A fin de apaciguar los ánimos escribe a su hermano: *"Después del primer ardor del combate, este pueblo ha dado muestras de generosidad, de clemencia, y de gran desinterés. El viernes y el sábado que siguieron a la victoria, estaba en proyecto saquear París, sin embargo, estas gentes sin pan, sin fuego ni cobijo, tomaron las armas para ir a defender los palacios, los hoteles, las fábricas, contra los malhechores y los presos liberados. En medio de la ruina de las leyes humanas, la ley divina ha permanecido respetada. Me tranquiliza que este pueblo, los bárbaros a los que aludo en mi artículo, tienen pasiones, pero no los vicios, la depravación razonada de una parte de las clases superiores..."*

Desde un principio Ozanam se declaró lealmente a favor de la República. La correspondencia de estos meses suministró, junto con su artículo escrito en la prensa, las razones que tenía para ello. Pensó en un régimen que se basara en una auténtica Soberanía Nacional, y una libertad democrática cristianamente entendida, con el fin de que se estableciera esa justicia y unión entre las clases. Comenzó su campaña en favor de la democracia con un brillante discurso en el Círculo de París que después se publicó en el periódico *Le Correspondant*, en febrero de 1848, con el título: *Los peligros de Roma y sus esperanzas*. Aquí expuso y justificó con gran ardor sus ideas sobre la democracia.

En este artículo expuso y defendió la política que seguía el Pontífice Pío IX. Era una interpretación profética en donde se veía una reconciliación, una nueva alianza entre la libertad

y la religión, el cristianismo y la democracia. Consideraba al Papa como un enviado por Dios para concluir el gran hecho del siglo: la alianza entre religión y libertad.

En realidad constituyó un llamamiento a los católicos franceses para que abandonaran las caducas ideas absolutistas monárquicas, y que se decidieran por iniciar un movimiento social de carácter democrático. En este artículo hacía, además, un recorrido por la Historia Antigua, considerando la Obra de la Iglesia a través del tiempo, sobre todo desde los siglos V al VIII, y cómo los Papas perseveraron en la fidelidad a pesar de los avatares. Trató de

establecer un paralelo entre el pasado y el presente. He aquí una muestra de ello: *"La situación actual es semejante, dice. El Papado ha visto por un lado la monarquía absoluta respetable por sus recuerdos, pero perdida, como se pierden todos los poderes, por sus errores, por el escándalo de sus costumbres, por la usurpación de los derechos de Dios, por su acción sobre las conciencias... La veía como un gran cuerpo cuyo espíritu se retira y, sin embargo, la permanecía fiel, unida como un moribundo del que hacía respetar los últimos días a pesar de las condenas de los impacientes que se extrañaban de tanta obstinación. Ahora que ha envejecido junto al lecho fúnebre y que ha procurado la solemnidad de las exequias, el Papado se vuelve hacia la democracia, hacia esos bárbaros de los tiempos nuevos, de los que no ignora ni los instintos violentos ni la dureza de corazón..."*

Vio con gozo y apoyó a Pío IX que se adhirió al gobierno actual, a los nuevos bárbaros que necesitaban ser civilizados y salvados.

Sigue diciendo en el mismo artículo: *"Que el pontificado moderno arrastre también a los católicos franceses por el camino abierto; sacrifiquemos las repugnancias y los resentimientos para volvernos a la democracia, hacia el pueblo que no nos conoce, sigámosle no sólo con la predicación sino con nuestro bien obrar. Ayudémosle no sólo con la limosna que obliga sino con nuestros esfuerzos para obtener la creación de instituciones destinadas a libertarlos y hacerlos mejores. Vayamos, por tanto, hacia ese pueblo que tiene muchas necesidades y pocos derechos y que si se deja arrastrar por malos jefes es porque nosotros no le ofrecemos otros mejores. Sigamos pues a Pío IX y pasemos a los bárbaros para arrancarlos de su barbarie, para convertirlos en verdaderos ciudadanos y hacerlos dignos y capaces de poseer la libertad de los hijos de Dios..."*

Francia y otras naciones de Europa estaban amenazadas por un cambio de soberanía, era evidentemente peligroso para los tronos y los aristócratas y, ahondando en la historia, buscó Ozanam la luz necesaria para ver claro y responder con serenidad. Para ello fue contraponiendo aquella Francia galo-romana del siglo V, amenazada por los bárbaros, a la del siglo XIX que no era ya una sucesión de raza a raza, sino de clase a clase.

Mientras Ozanam se adentraba en estas reflexiones, el Papa Pío IX bendecía a sacerdotes, burgueses y obreros, que le aclamaban por las libertades políticas que les había otorgado, y es aquí donde vio un símbolo de alianza, cristianismo-libertad, que quiso divulgar por toda la Francia galicana, explicando esta adhesión con su famosa frase: "Pasemos a los bárbaros", asombrando a muchos, y escandalizando incluso a los de su círculo más íntimo. Se le tradujo como frase revolucionaria y afectó a gran cantidad de católicos conservadores; incluso Montalembert levantó una tempestad de protestas.

Los más moderados, los mejor dispuestos como su amigo Foisset, tampoco podían comprender y admitir las voces de Ozanam. Con el grito de "pasemos a los bárbaros", la palabra democracia evocó el fantasma del Terror; se tradujo por socialismo falansteriano, no comprendían que esta frase estaba dicha y escrita en clave de historia. Nada más lejos estaba que del socialismo, el cual combatió desde su juventud muy inteligentemente. Aunque no le gustaba provocar discordias, desafió la opinión pública; sabedor de lo que le aguardaba, actuó convencido del deber imperativo que tenía que cumplir. En una larga carta explicó lo que quiso decir con esta expresión explosiva: *"Cuando digo vayamos a los bárbaros, no quiero decir pasemos a los radicales, a aquellos que causan espanto. Ir a los bárbaros es pasar del campo de los hombres de Estado de 1815 para ir al pueblo..., el cual tiene demasiadas necesidades y muy pocos derechos..., con razón pide una parte más completa de los negocios públicos, seguridades para el trabajo y contra la miseria; si no es lícito esperar cosa alguna de esos bárbaros, estamos ya al fin del mundo..."*

Al explicar a Foisset quiénes eran los bárbaros a que había aludido y a qué democracia se refería también añadió: *"No aludo al partido detestable de Mazzini, de Ochsenbein o de Enrique Heine, sino a ese pueblo que tiene demasiadas necesidades sin atender, y muy pocos derechos reconocidos..."* *"Sacrifiquemos nuestras repugnancias y nuestros prejuicios y volvamos hacia la democracia, hacia ese pueblo que no nos conoce..."*

Pide una república sin conspiraciones, no como las que propugnan los personajes citados, sin radicalismos ni represiones.

3. Cómo vio y aceptó la República

Ozanam abogó por la democracia; él mismo se llamó demócrata. En 1848, lealmente y hasta con entusiasmo, se declaró republicano. Tomó esta palabra (el término no estaba aún definido, no estaba fijado), en un sentido bastante amplio: como la ascensión del pueblo, tanto moral, como social, cultural y político. Federico Ozanam, cristiano apostólico y romano, se alegró enormemente cuando el Papa Pío IX se volvió hacia la democracia y, por tanto, la revolución, que derribó a Luis Felipe, la recibió con serenidad, puesto que contaba con el papado para sostener el orden moral. A pesar de todo separó muy bien las ideas políticas y las aspiraciones democráticas de las religiosas, nunca enfeudó el catolicismo a régimen político aunque alguno fuera de sus preferencias.

Ozanam es un demócrata social; no es un católico liberal y republicano. Su republicanismo deriva de su doctrina democrática que, a su vez, bebió en el cristianismo haciendo efectiva la igualdad de todos. Vio y aceptó la república no como una desgracia del tiempo al que hay que resignarse, sino como un progreso que hay que defender. Así lo escribió en un artículo de *L'Ere Nouvelle*: *"Si la democracia es tan vieja como el mundo, si después de cincuenta años se esconde bajo las ficciones legales del Imperio y de las monarquías constitucionales, hay que reconocer que encuentra su expresión más exacta en la constitución republicana. Es por esto que hemos aceptado la república, no como un mal de los tiempos a los cuales hay que resignarse, sino como un progreso que hay que defender..."*

No la aceptó, como sus compañeros, como un régimen de transición; la aceptó por convicción; no fue un expediente sino una solución; no la había deseado pero la aceptó como enviada por la Providencia y cuyas razones estaban apoyadas por la historia del pasado. En el artículo citado escribía: *"La Providencia no destruye más que para construir y cuanto más remueva la tierra, más pensamos que ella ahonda los cimientos de un orden nuevo..."*

A su amigo Luis Gros, desde París, contestando a una invitación que le hizo para presentarse como candidato a las elecciones de la Asamblea Nacional, le escribía sobre la manera de aceptación del Régimen: *"Acepto la soberanía de la Nación y la forma republicana; las acepto no como una desgracia de los tiempos a la que hay que adaptarse, sino como un progreso que hay que sostener, sin pensar volver a las monarquías desde ahora imposibles. Quiero la república pacífica, protectora de todas las libertades civiles, políticas, religiosas, sin intervención del Estado en las cuestiones del fuero interno. Quiero, en fin, el respeto a la propiedad, a la industria y al libre comercio y que todas las instituciones puedan mejorar y renovar la condición de los obreros. Quiero menos la organización del trabajo, que la de los obreros, mediante asociaciones voluntarias, bien sea entre ellos, bien con los patronos..."*

Mientras unos, los socialistas, esperaban que este régimen fuera un puente para la revolución social, otros, los de derechas, querían volver a la monarquía de los recuerdos y añoranzas, sin embargo, él aconsejaba tranquilidad, confianza y coraje. A través de los artículos publicados en el periódico de *L'Ere Nouvelle* quiere infundir a todos la esperanza y

el empuje de lucha para conseguir las metas programadas. Desde el n° 1 tiene presente esta idea: *"Lo primero que queremos decir a nuestros lectores es esto: Confianza y coraje. Todo el mundo está de acuerdo en que jamás el dedo de Dios ha sido marcado en un acontecimiento humano como en la revolución, que se acaba de cumplir..."*

Y como historiador que es, ve en esta encrucijada un momento óptimo para no dejarse inclinar ni hacia las derechas ni hacia las izquierdas. Recordó a todos los católicos que no debían aferrarse a ningún sistema ni forma determinada de gobierno. Tampoco quería que se abstuvieran de la participación política de la Nación: *"[...] lo que he aprendido de la historia me da derecho a creer que la democracia es el término natural del progreso político y que Dios conduce al mundo hacia"*

Ozanam propuso un plan concreto de acción; consistía en unir a todos los católicos para que reconocieran la legitimidad de la república y trató de llevar a la Asamblea Nacional Constituyente el mayor número posible de representantes que estuvieran dispuestos a defender tanto la justicia social como la libertad política y religiosa.

Lograron escaños tres obispos, once sacerdotes y gran número de seglares católicos, entre ellos, Lacordaire, Montalembert, Tocqueville, Berryer, Falloux y Melun, todos ellos dispuestos a trabajar con ardor y sinceridad por lograr un bienestar social durante el régimen de la Segunda República francesa.

Si Ozanam se lanzó a la refriega, para intentar incorporar a los católicos a participar en el régimen republicano, fue ante todo por deber. Él no sentía ningún gusto natural, ninguna atracción particular por la política. Los años que participó en este campo no fueron largos. Vio claro, y quiso invitar a otros para participar. Él no era hombre de lucha cuerpo a cuerpo, ayudó desde la retaguardia. Tenemos un testimonio de ello en una carta que dirige a su amigo: *"No soy hombre de acción, no he nacido ni para la tribuna ni para la plaza pública, si puedo hacer algo (y bien poco) será en mi cátedra o en el recogimiento de la biblioteca. Como mucho puedo sacar de la filosofía cristiana una serie de ideas que puedan ayudar a los espíritus perturbados e inciertos"*.

Una y otra vez insiste en que hay que actuar y no quedarse inactivos en el momento presente: *"Lo mejor que pueden hacer es dar, sobre todo, sus sufragios a candidatos republicanos bastante conocidos por su entrega a la causa democrática, para poder conseguir un gran número de votos que están cercanos a nuestras convicciones; bastante amigos de nuestras libertades religiosas para tranquilizar nuestras conciencias..."*

El fin de su actuar político se lo cuenta a Louis Gros en una carta escrita desde París: *"El periódico que hemos fundado, tiene como fin hacer pasar el espíritu del cristianismo a las Instituciones republicanas. Así como Lamartine he hecho pasar a ellas los sentimientos generosos y las sanas ideas filosóficas"*

4. Candidato a la Asamblea Nacional: Su Programa

Federico Ozanam fue solicitado por París para las elecciones de la Asamblea Constituyente pero logró rehusar. No obstante, se presentaría por Lyon empujado por sus compatriotas. Se resistió largo tiempo decidiéndose en el último momento.

Su profesión de fe para dicha candidatura, escrita desde París el día 15 de abril de 1848, estaba así encabezada: A los electores de Rhóne. Esta proclama nos lleva a conocer, de una manera clara y contundente, sus ideas sobre la democracia republicana.

No deja de ser sensible el equilibrio, la clarividencia y la generosidad de este programa. En primer lugar, nos muestra la aceptación de las ideas salidas de los acontecimientos de febrero de 1848, juzgados conforme a los principios evangélicos: *"La revolución de febrero*

no es para mí -dice- una desgracia pública a la que hay que resignarse, es un progreso. Veo en ella la llegada temporal del Evangelio expresada en estas tres palabras: libertad, igualdad, fraternidad."

Acepta, pues, sin equivocación el régimen del 48 fundamentado sobre sus convicciones cristianas, sobre los tres conceptos de libertad, igualdad y fraternidad. La libertad implica la soberanía del pueblo, el rechazo de todo vestigio del Antiguo Régimen. El pueblo soberano está regido por las leyes que son los derechos naturales del hombre y de la familia, que no dependen de ningún hecho, ni de los gobiernos que son inciertos, ni de la mayoría de los parlamentarios. Su deseo de luchar por los derechos naturales es bien claro: *"Yo deseo la soberanía del pueblo. Y como el pueblo se compone de todos los hombres libres, deseo ante todo la aprobación de los Derechos naturales del hombre, y de la familia. En la Constitución hay que anteponer a la incertidumbre de las mayorías parlamentarias, la libertad de las personas, de la palabra, de la enseñanza, de las asociaciones y de los cultos. Hay que evitar que el poder entregado a la movilidad de los partidos, pueda, alguna vez, suspender la libertad individual, inferirse en asuntos de conciencia, y amordazar a la prensa..."*

También se encuentra el deseo de edificar la democracia, así como la descentralización administrativa y económica: *"Quiero una Constitución republicana, sin espíritu de vuelta a las realidades ya imposibles. La quiero con igualdad para todos y, en consecuencia, con sufragio universal para la Asamblea Nacional. La unidad territorial es obra de la Providencia y de nuestros padres. Yo rechazo, por ello, todo pensamiento de república federal y al mismo tiempo una centralización excesiva que agrandase aún más a París con perjuicio de los Departamentos de las ciudades a costa del campo, que volviese a traer desigualdades entre los que la Ley hace iguales"*

Se advierte, asimismo, la defensa de la propiedad templada por una fiscalía progresiva, y así dice: *"Defenderé el sagrado principio de la propiedad pero sin tocar la base de todo fundamento de orden civil. Se puede introducir un sistema de impuesto progresivo que disminuya los impuestos de consumo, se puede reemplazar los impuestos de fisco, y asegurar una vida barata..."*

Además están presentes en el Programa el derecho al trabajo y la igualdad de las remuneraciones, libertad de asociación, justicia y provisiones sociales: *"Sostendré también los derechos del trabajo..., del trabajador, del artesano, del comerciante que sigue dueño de su trabajo y de su salario. Las asociaciones de obreros, entre ellos y los patrones... Apresuraré con todos mis esfuerzos las medidas de justicia y previsión que unifiquen el sufrimiento del pueblo. No es demasiado, me parece, este conjunto de medios para resolver la formidable cuestión del trabajo, la cuestión más acuciante del momento presente y la más digna también de preocupar a la gente de corazón... Utiliza un vocabulario social para dirigirse a los ciudadanos. No podemos dejar de lado los puntos de vista sobre la fraternidad que están muy unidos a las ideas sociales. No hay duda que, en estos acontecimientos de 1848, ambas ideas están íntimamente relacionadas. Deseó la fraternidad con todas sus consecuencias. Terminó su confesión de fe electoral con esta frase: la fraternidad no conoce fronteras".*

Este excelente Programa no pudo llegar a ser conocido por todas las personas que debían votar. Presentado cuatro días antes de cerrarse las candidaturas y sin que Ozanam hubiera podido personarse en Lyon para realizar la campaña electoral. Obtuvo 17,000 votos que no fueron suficientes para obtener el escaño. Él se alegró de este fracaso pues no se sentía con fuerzas para ser orador parlamentario. Se había presentado a la fuerza y para complacer a

sus amigos. Después de esto, su trabajo consistió en infundir esperanza y seguridades entre los católicos, e impulsar a que los demás se comprometieran en responsabilidades políticas. Por un momento Ozanam pudo creerse que este anhelo por unir las clases sociales bajo el signo cristiano demócrata tendría una eficaz realización. Aunque muchos diputados eran afines y hemos visto que consiguieron reformas importantes, incluso el mismo presidente de la Asamblea Nacional, Felipe Buchez, realizó una labor considerable, por desgracia, esto fue bastante efímero a causa de los extremismos e intereses parciales que les llevaron al enfrentamiento, y a seguir con el odio de las clases sociales.

III. FUNDADOR DE UN PERIODICO

Con algunos amigos que compartían sus ideas republicanas fundó el periódico *L'Ere Nouvelle*, en el cual propugnaba la fundación de un Partido político cristiano que confiara en la República: el Partido de la Confianza.

1. Su objetivo principal

La cuestión de la República no interesaba más que a la gente ilustrada y, por eso, no le importó que no saliera su candidatura de diputado por Lyon. Consideró que el mejor servicio político para el pueblo era la publicación de ese periódico cuyos principales redactores fueron, junto con él, Lacordaire como director, y el presbítero Maret, mereciéndose la aprobación, tanto de la opinión pública como de la jerarquía eclesiástica por estar apartado totalmente de toda implicación política, buscando únicamente salvar la Religión y la Patria.

Animado por los hombres que, como él, estaban libres de todo compromiso político con el Régimen caído, dirigió su actividad desde la tribuna de la prensa, y con ellos pretendió unir a los católicos que rechazaban las posiciones conservadoras, y las invectivas de *L'Univers*, así como la política un tanto timorata de *Le Correspondant*.

El día 1 de marzo de 1848 salió a la calle una hoja anunciadora del nuevo diario. El contenido de dicho panfleto era: *"Todo el mundo ve en la actualidad que hay en Francia dos fuerzas poderosas: Jesucristo y el pueblo. Si esas dos fuerzas se dividen, estamos perdidos. Si se entienden todo estará salvado. ¿Cómo pueden llegar a entenderse? Se entenderán si la Iglesia respeta la voluntad general de la Nación y si la Nación respeta las leyes tradicionales de la Iglesia. Y asimismo, se entenderá, si la Iglesia trabaja por el bien de la Nación. ¿Acaso las Instituciones cristianas no florecen mejor bajo el cielo democrático de los Estados Unidos que bajo el cetro absolutista del Zar de Rusia?... Pero estas razones humanas no tienen ningún carácter divino ni ninguna sanción religiosa. No existe, pues, un deber cristiano que nos obligue a oponernos al voto de Francia si ella prefiere en ese momento la República a la Monarquía. Este es un asunto de opinión y no de fe. Y un asunto de opinión no basta para que la Iglesia entre en hostilidad voluntaria contra el voto general de un pueblo..."*

Y sigue diciendo la hoja: *"La Nación debe a la Iglesia el respeto de su constitución divina. Esta constitución no la hicimos nosotros los católicos. La hemos recibido de Dios y estamos dispuestos a firmar con nuestra sangre cada uno de los artículos de la fe. Atacar uno de estos artículos es ordenarnos elegir entre la muerte del tiempo y la muerte de la eternidad. Y si la República llegase a ponernos en esa alternativa, nuestra elección estaría hecha de antemano. Pero la Nación nos debe, no solamente el respeto de nuestra constitución divina, sino también, al igual que todos los otros cultos religiosos, una verdadera abolición de los obstáculos que, en nuestro país, impiden a la conciencia y al pensamiento desarrollar sus*

derechos de expresión y de expansión. Pedimos para nosotros y para todo el mundo las libertades que, hasta hoy nos han sido negadas. Nosotros pedimos, pues, la libertad de educación, de enseñanza y de asociación, sin las cuales, las otras libertades son impotentes para formar hombres y ciudadanos."

Con este periódico, Federico Ozanam y sus colaboradores quieren seguir la línea de la libertad y defensa de los Derechos del Hombre, seguían muy de cerca las opiniones de L'Avenir de Lamennais sobre Dios y la libertad, y en estas fechas el éxito y la aceptación fue más fecundo que en tiempo de su antecesor. La elocuencia y el entusiasmo arrastró a muchos, tratando de unir a todos los católicos en una causa común pero desde distintas plataformas. Esta idea sobre la pluralidad de opiniones, legítima y necesaria, estuvo muy presente desde los comienzos de esta tribuna. A Lallier le escribe: *"El "Univers" no puede seguir siendo el único órgano de los católicos a los cuales perjudica más que nunca. Es cierto que el momento de la revolución y durante las primeras horas de pavor, nos propusieron vendernos ese periódico en condiciones generosas. Pero a medida que las emociones se han ido calmando, las explicaciones se han vuelto más categóricas... Conviene más un título que no haya estado comprometido en polémicas anteriores... Por otra parte, puesto que hay varias opiniones entre los católicos, es preferible que sean fielmente representadas por varios periódicos"*.

En el espacio de poco más de un año de vida este periódico, L'Ere Nouvelle, Ozanam lanzó al aire sus más fecundas ideas, y no sólo en materia política, sino principalmente en la cuestión social: era la médula de su actuar. Al afirmar sus convicciones democráticas no ocultó sus temores: la insuficiencia de la política social llevada hasta entonces, y así se lo confía a su amigo Dufieux: *"Sabemos que las circunstancias son amenazadoras y que la revolución puede aplastarnos, pero pensamos que la Providencia tiene sus designios que surgirán gloriosamente de nuestras ruinas. La República puede, por un momento, triunfar pero debido a las faltas de sus defensores y a la habilidad de los enemigos, fallar en algún momento, pero la democracia es la dueña de la situación y bajo todas las formas políticas proseguirá sus progresos y terminará por volver a tomar la forma republicana, que es la más natural y la más sincera. Tampoco somos socialistas en el sentido de que no queremos trastocar la sociedad, lo que queremos es una reforma libre, progresiva, cristiana. Creemos que nos equivocáramos muchos si supiésemos que el movimiento de 1848 sólo debe conducir a una cuestión social y precisamente porque es formidable, Dios no quiere que la apartemos"*.

Pero la actitud de Ozanam respecto a los hechos que se iban desarrollando en Francia, lejos de la mayoría de los católicos que sucumben ante el miedo de la revolución, infunde esperanza. Muchos se retraen, existe un choque de pánico y quizás de odio por el recuerdo de políticas anteriores y esto le causa verdadero sentimiento de dolor.

A medida que los meses avanzaban se detectaba un creciente aislamiento entre el grupo reducido de L'Ere Nouvelle y la opinión católica. A partir de junio de 1848, hasta la elección del Presidente, la división entre los católicos se acentúa.

L'Univers, L'Ami de la Religión, Veuillot, Montalembert, Dupanloup, y hasta una buena parte del episcopado, arrastraron a una gran masa de la opinión pública que llegaron a poner en duda la ortodoxia y la buena fe del periódico de Ozanam.

Los artículos, que escribió desde esta tribuna, se distinguieron bien pronto por el cuidado que ponía para que no se confundieran sus aspiraciones democráticas con las filosofías en que se asentaban las reformas políticas de los partidos de izquierdas. Ante una moción de Cremieux en favor del divorcio escribió un artículo criticándolo: *"Nada tiene de democracia*

la ley del divorcio, procede del viejo liberalismo que tuvo siempre más odio a la religión que amor a la libertad que sólo supo destruir, y que procuró la ruina de las Instituciones sociales; como la filosofía del s. XVIII trató de derribar las creencias religiosas”

Federico Ozanam no fue un visionario enamorado de la democracia o un iluso que confiara ciegamente en el poder de sus virtudes. Su alma, profundamente religiosa, se inspiró siempre en la fe católica y en ella sólo confió. En Dios puso su esperanza..., y por ello dijo: *"Aunque viera perecer toda la sociedad moderna sabría que costaría menos a Dios crear una nueva que limitarla a lo poco que han visto estos dieciocho siglos de la Obra redentora de la Sangre de su Hijo..."*

Sufrió profundamente la división de los católicos y se avergonzó por ello. Personalmente se sintió muy afectado por las diversas ideologías que le separaban de sus amigos lyoneses tan queridos para él.

Al comenzar el año 1849, *L'Ere Nouvelle*, acosada constantemente sobre todo por Montalembert que le acusa de demagogo y oportunista, comienza a ceder terreno y reduce su actividad. Lacordaire había dejado la dirección en agosto de 1848 y Ozanam, que estaba muy absorto en la redacción de su libro "Civilización cristiana", apenas escribió desde el mes de octubre. Por más que algunas veces se le oyese hablar con cierta complacencia de la evolución democrática por la que estaba pasando Europa, asistía como un observador político ante un hecho, una revolución no menos importante que la que puso fin al Imperio Romano.

Habiendo abandonado gran parte de lectores, el periódico fue vendido a un líder monárquico legitimista, La Rochjacqueline, el cual le hizo desaparecer poco después, dejando así de ser el órgano de expresión del pequeño núcleo de demócratas cristianos. El día 9 de abril de 1849 se anunció el cese de publicación. Era el fin de la esperanza.

A un compatriota lyonés le escribió para explicarle las razones que tuvieron para cerrar este órgano de expresión, rogándole que: *"el odio no haga presa en nosotros por razones controvertibles, por disconformidad en materias que son opinables..."*. Por varias razones pero, sobre todo, por los sucesos de Roma con la huida del Papa, la convicción ardiente, el trabajo ardoroso y desinteresado de un grupo de católicos, no fue suficiente para arrastrar a la gran masa hacia el lado de la República y de la democracia; del lado de un régimen, que Ozanam y su grupo querían construir, más justo, más fraterno... *¿Se podría hablar de fracaso? La labor de estas personas de buena voluntad ahí quedó como un rescoldo o un cimientito que, a lo largo del siglo, otros aprovecharon haciéndole triunfar”*

Desde abril del 1849, Ozanam no volvió más al campo de la política que dejó sin gran pesar y traumas. Con un gran deseo, eso sí, de reconquistar la paz perdida entre él y sus amigos.

Aceptó humildemente este fracaso aparente, comprendió que seguir luchando no conduciría más que a una ardiente polémica entre la gente de la Iglesia e incluso entre la jerarquía eclesiástica.

La prudencia le aconsejó la retirada. Sin embargo, jamás perdió la confianza en la divina Providencia que guía a su pueblo aún por caminos, en apariencia, torcidos: *"Llegará un día en que la divina Providencia -escribe- nos devolverá la unión que hace la fuerza... No teníamos ningún interés de ganancia ni de ambición, ni de amor propio, sólo hemos creído servir a Dios y a la Iglesia haciendo que penetren los principios cristianos en la democracia. Las contradicciones que hemos encontrado en nuestro camino no tenían nada que pudieran sorprendernos ni desalentarnos, estaríamos en la brecha si circunstancias ajenas a nuestra voluntad no hubieran venido a alejarnos del momento del combate»*

2. Fin de su carrera política

Cuando el periódico *L'Ere Nouvelle* desaparece y se dispersa el grupo de cristianos avanzados en su tiempo, Ozanam, tocado ya por la enfermedad, abandona la política activa sin renegar en ningún punto de sus convicciones. Así escribía: *"He creído y creo en la posibilidad de la democracia cristiana y no creo en ninguna otra doctrina política"*.

Con gran clarividencia, él percibe las amenazas que presenta la República dividida y debilitada y denuncia el peligro que podría correr la Iglesia (las esperanzas que soñaban muchos católicos), con un gobierno de orden moral que asegurara una detestable religión de estado, lo cual haría volver los errores fatales: *"Quisiera creer en la duración de la República sobre todo por el bien de la religión y la salvación de la Iglesia de Francia... No tenemos bastante fe, queremos restablecer la religión por vías políticas, soñamos en un Constantino que de un solo golpe lleva a los pueblos al redil... Las conversiones no se hacen por las leyes sino por las conciencias que hay que conquistar una a una..."*

Toda la política religiosa del II Imperio estaba ahí condensada, pero Ozanam se da cuenta que predica en el desierto y, entonces, se retira discretamente, sin odio y sin amargura, con una tolerancia y una serenidad que sigue siendo para nosotros un modelo de actualidad. Se ve a las claras que sus trabajos no son personales, sino de servicio y, cuando advierte que no son necesarios se retira elegantemente. *"¡Qué época tormentosa pero instructiva! Pereceremos quizás, pero no nos quejemos de haber llegado a ella. Aprendamos de ella principalmente a defender nuestras convicciones sin odiar a nuestros adversarios a amar a los que piensan distinto a nosotros y a reconocer que hay cristianos en todos los campos y que Dios puede ser servido hoy día y siempre. Lamentémonos menos de nuestro tiempo y más de nosotros mismos. Seamos menos derrotistas y seremos mejores"*.

En este aprendizaje del desprendimiento fue para Federico Ozanam un avance en su vida espiritual. Esta época de aparente fracaso le va a hacer avanzar hacia el desprendimiento, el despojamiento de sí mismo y el abandono total de Dios. Al término de su existencia ardiente, humana, mezclada de éxitos y fracasos se mantiene, espiritualmente, en constante ascensión, seguramente recuerda lo que escribió un día: *"Todos nosotros somos como los obreros de los Gobelins que siguiendo los planes de una artista desconocido, se aplican a sacar los hilos de diversos colores en los reversos de su trama. No ven el resultado de su trabajo, solamente cuando han terminado pueden admirar con tranquilidad, las flores, las figuras, las escenas espléndidas y dignas de palacios de reyes. Así ocurre con nosotros, trabajamos, sufrimos, sin ver el término ni el fruto. Pero Dios lo ve y cuando nos releva de nuestra tarea, pone a nuestra vista lo que Él, el gran artista invisible y presente en todo momento, ha hecho de todas estas fatigas que nos parecen tan estériles y con gran placer coloca en sus grandes palacios estas obras de nuestras manos."*

A partir de estos momentos se negó a participar en la vida política francesa; tampoco volvió a tomar la pluma para escribir para el público con este motivo. Sin embargo, los contactos con sus compatriotas lyoneses continuaron con gran alegría y asiduidad, por su parte, tanto escritos como orales. Largas cartas, a finales de 1849, son testigo de ello. La política estaba cada vez más enrarecida. Ozanam observaba la situación con gran ansiedad. La actitud de los católicos, que se inclinaban a la restauración monárquica, apoyaban un régimen autoritario y despótico, propugnado por el Presidente Luis Napoleón y esto, a él, le parecía peligroso para la democracia.

A Dufieux le escribe: *"Mi querido amigo, a excepción del arzobispo y de un puñado de hombres alrededor de él, sólo se ven personas que sueñan con una alianza del trono y del*

altar. Veo que se paraliza ese bello movimiento de vuelta y conversión que había hecho la alegría de mi juventud y la esperanza de mi edad madura..."

Ciertamente el momento político había sufrido un gran golpe, subía la marea absolutista tanto en Francia como en Roma donde Pío IX se vio obligado a volver al régimen de Gregorio XVI. Eran los últimos años para mantener el Antiguo Régimen y no era extraño que, al tambalearse los cimientos en los que Ozanam se apoyaba, se quedara sin respaldo para hacer frente a los ataques del catolicismo conservador.

Desilusionado, pero no vencido, sigue luchando. Su fe ardiente y reflexiva, su constante aspiración a la perfección cristiana, le mantiene. Creyó que su deber era impregnar la democracia de un cristianismo vivo y eficaz a la luz de Evangelio. Frecuentemente repetía: *"la democracia necesita para poder vivir la abnegación y el sacrificio de inspiración cristiana."*

Incondicionalmente estuvo siempre al servicio de la Verdad, eje de su vida, aunque no siempre le fue fácil. Habitualmente luchó contra corriente, y varias veces se vio invadido por sentimientos de impotencia personal.

Al retirarse de la política, nos dejó el recuerdo de una tentativa muy valiosa, el eco de la verdad noble y fuera de todo partidismo, que seguirá, no obstante, en su cátedra de la Sorbona, donde sus alumnos bebían sus enseñanzas con gozo y asiduidad.

Así terminan, pues, los balbuceos de un mundo nuevo: La alianza de la democracia con el cristianismo.

CAPÍTULO IV: FEDERICO OZANAM Y LA IGLESIA

I. EVOLUCION HISTÓRICA DEL LAICADO EN LA IGLESIA DE DIOS

El tema de los laicos, hasta bien cumplida la primera mitad del siglo XX, era asignatura pendiente, para todos, en la Historia de la Iglesia. Los seculares, como rama del tronco eclesial, sólo a partir del Concilio Vaticano II han sido revitalizados, impulsados y valorados por sendos documentos que el Magisterio de la Iglesia ha ido ofreciendo a lo largo de estos últimos años.

1. Orígenes del laicado

¿Quiénes son los laicos? El laico es un bautizado, un miembro del Pueblo de Dios, un cristiano sin más. Durante muchos siglos, la idea más común era: persona que no es sacerdote. El origen y uso del concepto "laico" lo explica el Derecho Canónico de la siguiente forma: "el término laico ha hecho su aparición en el contexto de la Iglesia por necesidad de dar un nombre a una determinada categoría de fieles. Es en sus comienzos un vocablo, que si propiamente no puede llamarse diferenciador -lo es en cambio clero- pretende designar por contraste al resto del Pueblo de Dios, aquellos fieles que, por no pertenecer a la clerecía, se pueden llamar *innominados*." Son los fieles sin más especificación. Podemos afirmar que el término, en principio, es ambiguo. Tuvo muchas connotaciones según el contexto en que se analizara. Si la influencia era romana, sería una persona popular que no pertenece a la clase dirigente; por el contrario, si el ámbito era judío, se le considera como alguien profano que está fuera del sacerdocio. Dentro del contexto cristiano, el término aparece como algo necesario para nombrar una categoría de fieles, sin contenido teológico especial.

Es cierto que en la mentalidad primitiva, se consideraba a todos los miembros que componían la Iglesia con una dignidad común, aunque existieran unas funciones ministeriales diferentes. Lo específico era la distinción de múltiples "carismas": ***"Existen diversos carismas pero un solo Espíritu. Y existen diversos ministerios y el mismo Señor... A cada uno se le concede la manifestación del Espíritu para el provecho de todos..."***

Desde los principios de la eclesiología, está presente la idea de Pueblo de Dios, los fieles están consagrados, participando del sacerdocio de Cristo, sin formar grupo aparte con los ministros. En la Iglesia antigua hay una clara conciencia del carácter sacerdotal del bautizado, discípulo de Jesús, lo que constituye y significa el título de cristiano.

La condición cristiana y laical, sin contenido teológico especial, aparece constante y permanentemente en la patrística. La Iglesia es "populus Dei", pueblo santo de Dios, cuyos miembros son todos los bautizados. Los demás son ministerios puestos al servicio de todos. Lo que evoluciona y se desarrolla no es la condición cristiana, sino la del ministro. El ministerio de la Iglesia primitiva tuvo clara conciencia de que no es un grupo aparte, "los segregados", sino que tiene funciones específicas que le son propias.

Desde todos los puntos de vista la base de la teología del laico está en el BAUTISMO, la identidad cristiana sin más.

Durante la Edad Media se potenció la idea de laico hombre profano. Los sacerdotes eran los consagrados, desaparece el sentido del sacerdocio común, se margina la importancia bautismal, aceptando una versión no cristiana, ya que no puede haber ningún cristiano "ungido" que tenga vida profana. Todos son sacerdotes desde el sacerdocio de Cristo.

2. Participación del laico en la vida de la Iglesia

Al igual que la identidad, esta faceta ha evolucionado a lo largo de los siglos. En un principio todos los fieles celebraban la Eucaristía con los ministros, todas las fórmulas empleadas en la celebración, estaban en plural. La participación se expresaba con gestos concretos: presentación de ofrendas, procesión de entrada, distribución de la Comunión, gesto de la paz... Existía una clara conciencia de "sacerdocio común" así como de sacramentos comunitarios.

Asimismo tuvo gran importancia el peso específico de la COMUNIDAD en los problemas eclesiales. Sin dejar al lado la función ministerial, los laicos participaban en la elección de ministros y el envío a los ministerios; también intervenían en decisiones, desacuerdos e importantes problemas. Un principio fundante es el que los obispos sean elegidos con el consenso de su pueblo. "El que preside a todos debe ser elegido por todos" (S. León Magno). La Iglesia local alcanzó un amplio grado de autonomía, concretándose en los sínodos donde los laicos estaban ampliamente representados y presididos por su obispo.

Otra tarea realizada por los laicos en sus orígenes era la participación en la administración de los bienes temporales, procedentes de los diezmos o limosnas. Esto se realizaba en corresponsabilidad y siempre de común acuerdo con los obispos. Estos bienes estaban destinados a los pobres, viudas, huérfanos y demás necesitados. "Todos los bienes los tenían en común. Todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía:" (Hechos 4, 32)

Durante la Edad Media, estos conceptos primitivos, van a sufrir una evolución con connotaciones muy negativas y deterioro de la identidad de los laicos.

En las celebraciones litúrgicas se cambió el plural por el singular en todas las oraciones, algunas partes de la Misa, como el canon, se recitaban en voz baja y, en general, toda la liturgia se empezó a reservar, exclusivamente, para el clero. Sobre todo, a partir de Trento se advirtió una progresiva pérdida de influencia seglar en toda la teología y en toda la conciencia eclesial. Son los sacerdotes y religiosos los que ostentan "el estado de perfección:" Los laicos pasan a ocupar el lugar más alejado, el más ínfimo, tanto en lo que se refiere al aspecto canónico como a la vida cristiana.

La doctrina del siglo XIX y comienzos del XX estableció una sociedad desigual sobre todo con la encíclica "Vehementer Nos" de Pío X, que incluye dos categorías de personas: los pastores y el rebaño; dos grados, la jerarquía y multitud de fieles que no tiene otro derecho que dejarse guiar. Esto consumó la separación de ministros y laicos así como el monopolio de unos sobre otros. Aquí tenemos una estructura completamente vertical donde la obediencia sería primordial para los laicos.

3. Revalorización del laicado a partir del Concilio Vaticano II

La herencia conciliar más relevante fue la doctrina sobre los laicos que, junto con los obispos, fueron los miembros de la Iglesia más revalorizados. En la historia de la Iglesia nunca se había hablado tan positiva, sistemática y extensamente sobre las funciones y el lugar que los seglares ocupan en la Iglesia. *"Todo cristiano, por el hecho de su bautismo y desde esta pertenencia a la Iglesia, está llamado a acoger, amar el evangelio y orientar su vida hacia los demás, para comunicar la luz de Cristo, la alegría del Reino, porque el llamamiento apostólico es una dimensión esencial de su ser, y la vitalidad de la Iglesia de Jesucristo y su misión en el mundo dependerá de la riqueza específica que aporte cada vocación cristiana"*

El Vaticano II abrió pues nuevos horizontes. Esta teología no partió de cero, hubo una larga preparación que comienza a finales del s. XIX, como la doctrina del Cardenal Newman, la teología del pueblo de Dios y del apostolado de los laicos de Pío XI, en la primera mitad del s. XX. Destaca así mismo Y. Congar, que en 1953 escribió una obra de gran importancia para la base de la teología del laicado, reflejada después en los documentos del Concilio. Es cierto que el Vaticano II ofreció nuevos enfoques, que se refieren al aspecto comunitario y espiritual de la vida laical.

Así mismo el concilio presenta los ministerios y los carismas como dones del Espíritu Santo para la edificación del Cuerpo de Cristo y para el cumplimiento de su misión salvadora en el mundo. La Iglesia, en efecto, es dirigida y guiada por el Espíritu, que generosamente distribuye diversos dones jerárquicos y carismáticos entre todos los bautizados, llamándolos a ser -cada uno a su modo- activos y corresponsables.

Además de los documentos conciliares que condujeron a la formulación de lo que puede considerarse la teología básica del laicado, concretamente en el n° 31 de la *Lumen Gentium* y el n° 43 de la *Gaudium et Spes*, pasando por la exhortación *Apostólica Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, contamos con la doctrina más reciente del Sínodo de los obispos celebrado en Roma en octubre de 1987 bajo el lema: "Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo." En la exhortación *Apostólica Christifideles Laici* de Juan Pablo II en 1988, que pone bien de manifiesto la preocupación conciliar, el Papa habla sobre el papel de los seglares en la Iglesia. Este documento resume y da forma a los planteamientos y conclusiones del Sínodo de los obispos del 87, actualiza, amplía y puntualiza muchas de las ideas del Vaticano II, sobre la necesaria incorporación de los seglares a la vida de la Iglesia. Estima la participación del seglar, especialmente en la evangelización del mundo a través de su trabajo, en la familia, en la profesión y en la política. Así mismo señala, juntamente con aspectos positivos, algunas tentaciones que han acompañado al florecimiento del laicado desde el Concilio. Y entre otras: "...una práctica dejación de sus responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político; y la tentación de legitimizar- la indebida separación entre fe y vida, entre acogida del Evangelio y la acción concreta en las más diversas realidades terrenas..."

4. El laico, "sacerdote" de Cristo

Es en estos momentos cuando se pone de relieve la consagración sacerdotal del laico. El capítulo II de la *Lumen Gentium* dice: "*Cristo, Señor y Pontífice tomado de entre los hombres... hizo un Reino de sacerdotes para Dios su Padre... Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo... por medio de toda obra del hombre cristiano ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquel que los llamó*".

Se advierte una vinculación entre sacerdote de Cristo y el de los fieles. Laicos y ministros participan del mismo sacerdocio. El Bautismo imprime carácter sacerdotal, expresando en textos del Nuevo Testamento como en la I Carta de Pedro a los Hebreos o Apocalipsis y que el Concilio corrobora. Se esclarece también lo que se entiende por personas consagradas (sacerdotes y religiosos) que son ante todo y sobre todo personas bautizadas, aunque esta consagración bautismal conlleve otro significado que le aporta el sacramento del Orden o la Profesión religiosa.

La doctrina conciliar viene a deshacer la dualidad consagrado-profano y quiere resaltar que los laicos, los seglares, son igualmente personas consagradas pero viven inmersos en las

realidades del mundo, como lo fue Cristo, pero sin ser del mundo y ninguna obra o quehacer de un bautizado puede ser profana.

Hoy día se está superando la significación negativa. El Vaticano II pone bien de manifiesto el concepto de Iglesia como "Pueblo de Dios" y lo antepone, teológicamente, a la jerarquía, visión renovada en la que todos participan y son corresponsables. La Iglesia la componen todos los fieles, como miembros plenos, y no solo la parte jerárquica. Esta idea desplaza el dualismo clérigo-laico como algo constitutivo de la Iglesia.

Es cierto que en los documentos conciliares no aparecen definiciones, sólo apunta como específico el carácter secular de los laicos, como alguien que vive en el siglo, de ahí que actualmente se ha reemplazado el término laico por el de seglar, porque está inmerso en las realidades temporales.

Como decía Pablo VI: *"La iglesia tiene una auténtica dimensión secular, inherente a su íntima naturaleza y a su misión, que hunde su raíz en el misterio del Verbo encarnado, y se realiza de formas diversas en todos sus miembros."*

La Iglesia, en efecto, vive en el mundo, aunque no es del mundo (Un. 17, 16) y es enviada a continuar la obra redentora de Jesucristo, la cual, "al mismo tiempo que mira de suyo a la salvación de los hombres, abarca también la restauración de todo el orden temporal:" (C.L. 15, cf. Ef. I, 10; 1 Cor. 15, 28)

Ciertamente, todos los miembros de la Iglesia son partícipes de su dimensión secular; pero lo son de formas diversas. En particular, la participación de los fieles laicos tiene una modalidad propia de actuación y de función, que, según el Concilio, "es propia y peculiar" de ellos. Tal modalidad se designa con la expresión *"índole secular"*.

Al revalorizar la participación del laico en el *sacerdocio* de Cristo, no se trata de que se relacione con Dios a base de un culto ritual o de sacrificio, sino que tiene que hacer lo a través de su vida: "Un sacrificio agradable al Padre" conmemorando y actualizando la vida y muerte de Jesús, siendo capaces de prolongarla en su vida. Es en la vida y a través de ella donde el seglar debe estar unido a Dios.

No se puede establecer el baremo del cristianismo en hacer, más o menos, prácticas de piedad, sino en el seguimiento de Cristo que "pasó su vida haciendo el bien." El tomar conciencia de la consagración bautismal y en la participación del sacerdocio de Cristo, implica, para el seglar, un replanteamiento de la actividad cotidiana. Las ceremonias religiosas son válidas en tanto en cuanto conduzcan a la relación con Dios y con los hermanos, sobre todo con los más necesitados. Una vida vivida en superficialidad y sin compromiso es un signo claro de falta de conciencia de su consagración bautismal. Se es, a veces, más religioso que cristiano.

La vida según el Espíritu, cuyo fruto es la santificación (Rom. 6, 22; Gal. 5, 22), suscita y exige de todos y cada uno de los bautizados el seguimiento y la imitación de Jesucristo en la aceptación de las bienaventuranzas, en el escuchar y meditar la palabra de Dios, en la participación consciente y activa en la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia, en la oración individual y comunitaria, en el hambre y sed de justicia, en el llevar a la práctica el mandamiento del amor en todas las circunstancias de la vida y en el servicio a los hermanos, especialmente si se trata de los más pequeños, de los pobres y de los que sufren (C.L. 16).

Y no se trata de repetir literalmente la vida de Jesús, ni la de Federico Ozanam o la de San Vicente de Paúl, ésto es imposible, cada uno de ellos tenía, además de su propia personalidad, unas circunstancias espacio-temporales muy distintas, donde desarrollaron su existencia, esas son inimitables. Ningún período puede, simplemente tomar prestada su forma espiritual del pasado.

La tarea a realizar sería, pues, la vida de Cristo como un ejemplo, seguir sus pasos, su espíritu, su actuar, desde la propia personalidad. La imagen de los modelos es muy necesaria para que, desde una forma creativa, acomodarla a la propia vida con sus circunstancias actuales siendo sujetos activos en la misión de la Iglesia.

El seglar, al vivir la vida cotidiana siguiendo a Jesús, santifica todas sus actividades y viviéndolas, desde su consagración bautismal, las integra en el proyecto del Reino de Dios. De esta manera, transforma las realidades desde su fe y hace vivir un culto a Dios, a través de su trabajo, la vida familiar, participación política... "De esta manera consagra el mundo a Dios" (L.G. 24) (Cf. Rom. 12, 1-2; IR 2, 5).

En definitiva, el seglar no es un receptor pasivo, ejerce la triple función de Cristo: sacerdote, rey y profeta a través de los ministerios de los laicos que no son mera acción de suplencia sino que es parte de la misión de la Iglesia: evangeliza el mundo conectando sus experiencias con las de Jesús, actúa en su nombre, pudiendo llegar a decir con el apóstol: "No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí:" (Gal. 2, 20) De este modo, prolonga la vida de Jesús en la tierra, ayuda a restaurar todas las cosas en Cristo.

Durante mucho tiempo ha prevalecido la falta de claridad sobre el quehacer de los seglares y se carecía de precisión a la hora de determinar sus tareas específicas con relación a la vida interna de la comunidad eclesial. En la actualidad, al redescubrir su relación con la vocación cristiana se afirma el protagonismo del laico, su vocación y tarea dentro de la Iglesia.

Desde esferas jerárquicas, a veces, se puede tener miedo a esta revaloración de los seglares, pensando que pueden desbancar a los sacerdotes y religiosos, perdiendo así su sentido y significación. De lo que se trata es de revitalizar la vocación cristiana y acceder a la mayoría de edad recuperando el lugar perdido. No se trata de subir en detrimento de otros, sino de llegar a establecer una verdadera comunión como Pueblo de Dios encontrando toda su riqueza y densidad teológica.

En definitiva, es urgente un mayor protagonismo del seglar en la vida pública. El Plan pastoral de los obispos españoles para el próximo cuatrienio apunta: "es necesario un mayor protagonismo de los seglares en la vida pública con una presencia comprometida y activa. Su religión no puede ser un asunto privado sino público".

Hay que dejarse ver, hay que estar en la brecha. No se puede dejar de hablar de lo que hemos visto y oído. La buena nueva, dijo Pablo VI, debe ser proclamada por medio del testimonio: *"A través del testimonio, sin palabras, los cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles"*

Como dice Luis G. Carvajal, "se trata de vivir y dejar que nos vean, porque no es del todo verdad que el *buen paño en el arca se vende.*"

El cristiano debe vivir de una fe que no puede acomodarse a la moral que está de moda en cada momento sino cumpliendo el mandato de Jesús: siendo fermento en la masa (Mt. 13, 33) y luz y sal para el mundo (Mt. 5, 13). Porque a la vista está que, en definitiva, es insuficiente este compromiso porque como declaró el secretario de la comisión española Monseñor Sánchez: "Si hubiéramos tenido unos cristianos comprometidos no hubiera habido tanta corrupción:" La fe, el testimonio y la coherencia de vida serán, pues, la aportación seglar a las necesidades de urgencia de la sociedad actual.

II. LA IGLESIA QUE VIVIO OZANAM

La Iglesia que Ozanam vivió fue el fruto reciente de la Revolución Francesa de 1789; ésta rompió violentamente con el pasado, frenó el desarrollo pacífico, y desvió el rumbo normal

de la historia con apriorismos de soluciones, no siempre acertados para situaciones concretas.

La estructura social de la nueva sociedad liberal se movía bajo el principio fundamental de "separatismo:" La Iglesia y Estado circulaban por caminos paralelos que nunca llegarían a encontrarse. La sociedad buscaba como fin la prosperidad temporal, limitada a esta vida, y la religión, en cambio, se orientaba al vivir eterno en lo íntimo de la conciencia.

Los historiadores contemporáneos a la Revolución hicieron un juicio duramente negativo, como José Maistre, que veía "desorden, locura, impiedad y ruina en todos los principios y soportes morales de la conciencia civil:". Subrayaban, ante todo, la persecución que se levantó contra la Iglesia, herida en sus bienes, ministros y hasta en el mismo pontífice. Los más intransigentes no se limitaron a señalar los abusos, sino que afrontaron la sustancia del problema condenando los principios de: libertad, igualdad y fraternidad. Contra todos los que echaron en cara a Francia el haber realizado un corte demasiado drástico con el pasado, Tocqueville (1805-1859), reivindicó la continuidad de la política francesa antes y después de 1789.

1. Expolio de los bienes eclesiásticos

En la sesión de la Asamblea Nacional del 4 de agosto de 1789, se decretó abolir los privilegios conservados por la nobleza y el clero en favor del bienestar de la familia común. Cesaron las inmunidades que disfrutaban los eclesiásticos, considerados, a partir de entonces, como ciudadanos normales con idénticos derechos y deberes. La libertad de culto se trocó en muchos casos en lucha abierta contra la Iglesia a la vez que la sociedad prescindía, en su organización, de todo tipo de inspiración religiosa. Diversas actividades ejercidas hasta el momento por la Iglesia, fueron reivindicadas por el Estado y así pasaron a sus manos registros civiles, control de los hospitales, y la educación se trocaría en laica.

Las nuevas ideas se introdujeron con tal vehemencia que llegaron a cambiar no solamente las disposiciones morales, sino la constitución material del país. El suelo se vio afectado por una nueva división de las provincias, y los surcos que separaban las propiedades se borraron bajo la invasión popular.

Pero mucho antes que las propiedades fueran fraccionadas e introducido el nuevo régimen hipotecario, antes que las posesiones de la nobleza fueran dejadas a libre voluntad del pillaje, mucho antes, el patrimonio de la Iglesia fue invadido, no por una multitud sediciosa, sino por una Asamblea. Y esto no fue en un momento de delirio, sino después de largas deliberaciones.

El alto clero, a pesar de las enormes sumas que había dado al tesoro público en forma de don gratuito, unos 400 millones, todavía tuvo que ceder y admitir los impuestos sobre los bienes eclesiásticos y suprimir toda contribución al Papa, obispos y cabildos. No bastó la oferta para cubrir el déficit del Estado y en sesiones de los días 4, 5, 10 y 12 de octubre de 1789, la Asamblea hizo una declaración nombrando a la Nación propietaria de los bienes de la Iglesia, cuya petición salió de la boca de Riquetti, conde de Mirabeau y de Tal leyrand-Perigord, obispo de Autun.

Con teorías filosóficas y jurisprudentes convencieron a los asambleístas de los inconvenientes que tenían los bienes de "manos muertas:" Se presentó a la Iglesia como rival ambicioso de poder político. A pesar de los argumentos para frenar los hechos, el día 2 de noviembre de 1789 se proclamó un decreto que obtuvo 568 votos positivos, 346 en contra y 246 ausencias. Por este Decreto se aprobó el despojo y nacionalización de todos los bienes de la Iglesia: *"Todos los bienes eclesiásticos están a disposición de la Nación. El*

Estado se hará cargo de manera conveniente de los gastos del culto, la manutención de sus ministros y el alivio de los pobres bajo la vigilancia y según las instrucciones de las provincias."

Al día siguiente de esta sesión los pobres ya no podían acudir a las puertas de los monasterios e iglesias a recibir su pan cotidiano. La herencia de la Francia cristiana sería desde estos momentos patrimonio de los agitadores públicos. El expolio en el que la Nación tenía tantas esperanzas no la sacó de la bancarrota nacional; al contrario, fue en aumento al tener que hacerse cargo del pago al culto y al clero mientras que los bienes de la Iglesia cayeron en manos de ávidos poseedores que no pudieron ni supieron explotarlos.

Las riquezas y bienes de la Iglesia estaban de sobra justificadas en sus orígenes ya que provenían de donaciones, compraventa, herencias, y eran aprovechadas en una doble finalidad: sustentar al clero y atender a las necesidades de asilos, hospitales, seminarios y todo tipo de beneficencia. A pesar de su ilegalidad, la Asamblea sancionó el Decreto y el rey no tuvo más remedio que confirmar lo establecido.

No contenta con desposeer de sus bienes a la Iglesia, la Asamblea de Francia promulgó la Constitución Civil del Clero, votada el 12 de julio de 1790; con ella se vulneraba su misma constitución divina.

A partir de estos momentos, la situación del Estado frente a la Iglesia fue francamente hostil. Todos los sacerdotes quedaron catalogados; como "juramentados", los que aceptaron la Constitución civil del clero, y como "no juramentados", los que la rechazaron. Los sacerdotes "no juramentados" eran considerados traidores y hasta podían ser ejecutados, como lo fueron muchos de ellos en la época del Terror.

El segundo golpe para la Iglesia fue el ataque a las órdenes Religiosas mediante un Reglamento de 15 artículos; se decidió su suerte quedando sometidos a la jurisdicción de los ordinarios. Prohibición de admitir novicios a excepción de los dedicados a enseñanza o beneficencia. Esto era en diciembre de 1789. En febrero de 1790, el abogado Treilhard propuso la supresión de los votos religiosos, y en agosto de 1792 se prohibía llevar el hábito religioso con la invitación de disolverse todo tipo de Congregaciones.

2. Reacción de la Iglesia

Ante estos acontecimientos la Iglesia reaccionó por boca de los obispos, como el de Clemon y el de Nancy; cabe también señalar al Padre Félix Cayle de la Garde, superior General de la Congregación de la Misión y de la Compañía de las Hijas de la Caridad.

En general, la Iglesia buscó una alianza cayendo, a veces, en contradicciones, defendiendo muchas veces "el orden constituido" ante la realidad social y una confrontación teológica. Los católicos, asimismo, se escindieron y radicalizaron en posturas diferentes:

- Por una parte, las fuerzas jerárquicas se aglutinaron para defenderse a la sombra del papado, se creó una corriente, una mística de devoción sacra hacia el Papa.
- El clero, que pasó a ser funcionario, tuvo una mayor dependencia de los obispos con una idea de segregados: de liturgia, sacristía y jardín. Progresó la separación entre el clero y el laicado católico, éstos para el mundo y aquellos para el templo.
- En la ideología se advertía un rechazo hacia la nueva filosofía, a la ciencia y a los inventos. No en vano Gregorio XVI se negó a poner alumbrado en el Vaticano y a la instauración del ferrocarril, así como a la introducción de mejoras en la administración.

En la Iglesia de este tiempo no hubo una teología significativa, sólo se advertían unos intentos que llevaron al neotomismo de fin de siglo; cabe destacar expresiones pastorales y

organizaciones pietistas, acentuación del dolor, expiación individualista, apariciones marianas y apocalípticas.

3. Postura de los católicos conservadores

En la práctica defendieron una sociedad organizada y jerárquica, religiosamente unida, y consideraron la religión como único fundamento del Estado. Se preocuparon por defender la dimensión religiosa y cristiana de la sociedad que, muy a menudo, se concreta con algo discutible, no llegando a entender la posibilidad de otro tipo de sociedad cristiana distinta a la del Antiguo Régimen.

Entre los hombres más representativos de esta sección católica destacaron: Joseph de Maistre, Felicité Lamennais, Louis Veuillot, Montalembert y también podemos incluir a Federico Ozanam en sus primeros años de actividad.

De Maistre no captó bien el ritmo de la historia y se ligó a formas políticas agonizantes. No advirtió el peligro de una estrecha vinculación entre política y religión, condenó cualquier revolución, y aceptó la tolerancia, sólo como táctica provisional; negó la igualdad de derechos enérgicamente. También defendió una sociedad organizada de forma rígida y jerarquizada donde cada cual tuviese, desde su nacimiento, su lugar y cometido, lamentaba los prejuicios de la cultura y creía que el único sistema para mantener la paz en la sociedad era dejar sin instrucción a las masas. La dirección de las ciudades pertenecía a un grupo de privilegiados, a las masas le reservaba el trabajo y la confianza en la inteligencia de los gobernantes. La Iglesia debía ser guiada a través del Papa, cuyo primado e infalibilidad constituyen una necesidad absoluta: *"sin el Papa no hay cristianismo; sin cristianismo no hay religión, y en consecuencia el orden social queda herido de muerte."*

Lamennais fue un hombre paradójico, defensor del Papado primero y rebelde después. Creador de una generación de defensores de la Iglesia, llegó al sacerdocio después de grandes vicisitudes. Podemos decir que fue un líder tanto de los intransigentes como de los liberales. En principio siguió las huellas de Bonald negando que la razón pueda alcanzar la verdad con sus solas fuerzas, y aceptó, como criterio de verdad, el sentir común. Consideró la religión como instrumento y condición insustituible del orden y de la paz más que su aspecto sobrenatural. Asimismo, exaltó el principio pontificio: "Sin Papa no hay Iglesia..."; de modo que la vida de las naciones depende del poder papal. También mantuvo la subordinación del Estado a la Iglesia formando una unión perfecta.

Lamennais, junto con Montalembert y Lacordaire, fundó el periódico *L'Avenir* con el lema de Dios y libertad, con una línea clara de alianza y, por tanto, propugnan la separación de la Iglesia y el Estado, renunciando a la ayuda estatal concedida al clero en compensación de los bienes confiscados, la libertad en el nombramiento de cargos eclesiásticos y la lucha contra el monopolio estatal. Ya se ve claramente que estaban superando el legitimismo anterior.

El verdadero jefe de la intransigencia fue Louis Veuillot, director del periódico *L'Univers*. Toda su actividad fue encaminada a hacer conocer y amar a la Iglesia y a la vez derrotar a su capital enemigo: el liberalismo. Sus polémicas se basaban en mínimas ideas fundamentales, la tendencia a clasificar a las gentes en buenos y malos. Se detectó en su doctrina una verdadera formación teológica. Autoritario e intolerante levantó polémicas en todos los sectores. En general se mostró muy severo, no viendo en todo más que graves problemas para la Iglesia, y no faltaron ni la violencia ni los grandes atropellos contra la caridad.

Los errores en que cayeron esta parte de católicos fueron el condenar en bloque al liberalismo sin distinguir la situación histórica, y creyeron que para defender a la Iglesia tenían que oponerse a la libertad. Creían defender la fe cristiana oponiéndose a la

emancipación civil, a la promoción del proletariado, a la libertad de prensa, al régimen parlamentario y a la mayor separación de la Iglesia y el Estado.

En 1822 el P Ventura, (22), director de la "Enciclopedia Eclesiástica" escribía a Boraldi, director de "Memorie di religione": *"Los enemigos de la Religión no son otros que los del trono y no se les puede combatir bajo un aspecto y perdonarlos bajo otro"*.

Dentro de este espíritu se renovó la ceremonia de consagración del rey en Reims y la pena de muerte contra los sacrilegios.

El arzobispo de París, Mons. De Quelen, fue muy intransigente, no reconoció la realeza de Luis Felipe de Orleans hasta 1839, poco antes de morir.

Desconfiaron de todo lo que se presentara como nuevo. Cualquier novedad en política sería revolución, en filosofía un error, y en teología una herejía. El Cardenal Consalvi, secretario de Estado de Pío VII, criticó en sus Memorias "la miopía de los que no habían entendido que la revolución había obrado en lo político y en lo moral lo que el Diluvio hizo en lo físico: transformar la faz de la tierra".

Ante los peligros eminentes de la democracia no intuyeron las ventajas que a largo plazo podía traer a la Iglesia. Por una carencia de sentido histórico e intuición política, se cerraron en un ambiente rígido confesional, a menudo, sin unos puntos de vista profundos, defendieron una causa justa con medios, a veces, equivocados. Su actuación resultó parcialmente estéril. También se desencantaron ante las peroraciones de Lacordaire: *"Por prebisterio, una cabaña, una piedra como mesa de altar y para el templo un tejadillo como el que resguarda las mieses..."*

No obstante, tenemos que ver el lado positivo que aportaron a la situación del momento. Realizaron una crítica radical, útil y constructiva de los principios liberales subrayando los aspectos intangibles de la doctrina cristiana. Fue una lucha contra la laicización, en defensa de la escuela católica, obligando al Parlamento a tener en cuenta sus exigencias.

4. Postura de los católicos liberales

Concuerdan todos los que aceptan esta ideología en que la libertad es un factor positivo y signo de progreso. Advierten que, si la Iglesia es perseguida es porque, en la mayoría de los casos, no han aceptado el Nuevo Régimen y han seguido fieles al absolutismo, el cual estaba agonizando. Así el Padre Ventura se afanó en demostrar: *"Si la Iglesia no camina al ritmo de los pueblos, éstos no por eso dejarán de caminar, seguirán avanzando sin la Iglesia, fuera de Ella, o contra Ella"*

Por otra parte quisieron demostrar que las condiciones de la Iglesia tampoco habían sido tan favorables en el Antiguo Régimen. Estuvo vigilada por la policía, los obispos nombrados por el poder civil, el control de los bienes eclesiásticos..., etc.

Los principios fundamentales que los liberales defendían fueron: reconocimiento y respeto a la persona humana, supresión de toda coacción en defensa de la fe, que el Estado no interviniera en cuestiones de conciencia sino en lo relativo al orden público. La misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo sólo sería posible si su libertad se fundamentaba en el principio de la libertad general, y renuncia a los Concordatos para no quedar ligada ni subordinada al Estado.

Fue un momento oscuro para la Iglesia. Tuvo que enfrentarse por un lado con los laicistas y por otro con los reformistas radicales que pretendían poner en un mismo plano a obispos, sacerdotes y laicos. Queda claro que, en principio, la Iglesia no aceptó las reformas, pensando que con ello debilitaba su autoridad.

Los Papas, que gobernaron la Iglesia entre 1800 y 1846, se alternaron en sus pontificados con tendencias diversas cuando no del todo opuestas. Los problemas, que tuvo que afrontar el papado, a comienzos del siglo, fueron graves ya que tuvieron que restaurar en diversos países la labor pastoral trastocada por la Revolución, y acomodarla a las exigencias de los tiempos.

El primero fue Pío VII (1800-1823), deportado por los franceses, siguió una línea de política moderada. En realidad, el actuar del Vaticano en aquellos años fue más bien del Secretario de Estado Consalvi, que del propio Papa, muy fatigado por la edad y las vejaciones napoleónicas. León XII (1823-1829), elegido por un grupo de cardenales intransigentes restableció diversos privilegios y persiguió todo lo que oliera a liberalismo.

Pío VIII (1829-1830), volvió a la política moderada, reconoció a Luis Felipe de Orleans y pretendió adaptarse a los nuevos tiempos. Su pontificado efímero no lo dejó actuar.

Gregorio XVI (1830-1846) volvió a ser elegido por los intransigentes cuya actitud fue el signo visible de su pontificado. En la administración interna y en los problemas doctrinales se manifestó partidario de una gran intransigencia mucho más rígida que en sus predecesores. Tuvo que chocar por fuerza con el grupo que propugnaba hermanar el binomio Iglesia-libertad.

Los franceses católicos de corte liberal aspiraban a una alianza al estilo de los católicos belgas, que terminaban de conseguir una victoriosa separación de Iglesia-Estado, apoyados por la Constitución.

Entre los católicos de corte liberal podemos señalar un grupo que buscaron sin descanso una renovación religiosa, y una presencia de Iglesia que se distinguiera por su preocupación social. Aquí tenemos a Federico Ozanam con la respuesta de sus Conferencias de Caridad enlazando con Armand de Melun, Albert Le Mun, Patrice de Poin, Lamennais, Chateaubriand, Montalembert, Lacordaire...

Es obvio que muchos de estos católicos que en un principio fueron intransigentes a partir de la Revolución de 1830 fueron cambiando su manera de pensar y, poco a poco, se pusieron del lado de los liberales con una mayor pureza que los que se situaron desde el principio. Tal fue el caso de Montalembert y de los suyos que desde la tribuna de *L'Avenir* defendieron los derechos eclesiales frente al Estado que pretendía tener el monopolio, tanto en educación como en las diversas actividades de la sociedad. Montalembert llegó a afirmar: "*El privilegio, la unión trono-altar, fueron para la Iglesia más nocivos que útiles... Los cristianos no tienen nada que lamentarse con respecto al pasado y pueden esperarlo todo del porvenir...*"

En materia social quisieron hacer algún intento en apoyo de los oprimidos con algunas tentativas para resolver cuestiones sociales, restablecer asociaciones obreras, petición de sufragio universal, libertad de conciencia, asociación y prensa.

Evidentemente hay en Lamennais, en sus amigos y colaboradores un sentido claro de las realidades sociales. En un artículo de *Drapeau blanc* se alzó uno de los primeros estandartes contra la esclavitud obrera: "*La política moderna no ve en el pobre más que una máquina de trabajo de la que hay que obtener el mayor provecho posible en un tiempo dado. Ella mide su utilidad en lo que produce, como mide la utilidad del rico en lo que consume... Dejad propagar esas ideas, dejadlas combinarse con las más viles pasiones encerradas en el corazón del hombre. Tendréis ilotas de la industria, a los que se obligará, por un trozo de pan, a encerrarse en los talleres y vivir y morir sin haber oído, quizás, ni una sola vez, hablar de Dios, sin conocer ningún deber ni a menudo ningún lazo de familia. Ya sé que pueden responderme: por lo menos son libres. Es necesario forjarse extrañas nociones de libertad...*"

Hay que desengañarse, esos infortunados no son libres, bastante lo prueba el terrible dominio que ejercéis sobre ellos. La necesidad los coloca bajo vuestra dependencia, la necesidad les hace esclavos vuestros..."

Y el economista del grupo, De Coux, también se levantó diciendo: *"El catolicismo no está en lid, como en otros tiempos, con la aristocracia territorial, tendrá que enfrentarse ahora con la aristocracia de las riquezas. Quebrantará a ésta de la misma manera, liberando a los proletarios del monopolio que ejercen sobre la mano de obra los capitalistas que la compran para revenderla."*

Bien pronto estallaron polémicas en torno a esta prensa con la oposición de buena parte de obispos que la prohibieron en sus diócesis. La esperanza de una aprobación por parte del Papa, les impulsó a realizar un viaje a la Ciudad Eterna en marzo de 1832. O no sabían o no se dieron cuenta de que la praxis romana era contraria a las teorías que ellos defendían y, por tanto, su gesto, no sólo fue rechazado sino también condenado públicamente.

Como resultado final el día 15 de agosto de 1832, el Papa Gregorio XVI, publicó una encíclica: *Mirari Vos*, en la que hacía una expresa condena de los errores modernos, en un tono de dureza, sin matices ni distinciones y sin concesión alguna. No se condenaba solamente el indiferentismo sino también *"esa absurda y errónea tesis o más bien delirio de que hay que garantizar y defender para todos la libertad de conciencia."* Podemos afirmar que es claramente un manifiesto en contra de las ideas liberales y de todos aquellos que se empeñaron en la separación del trono y el altar. *"Las mayores desgracias vendrían sobre la religión y sobre las naciones, si se cumplieran los deseos de quienes pretenden la separación de la Iglesia y del Estado y que se rompiera la concordia entre el sacerdocio y el poder civil. Consta, en efecto, que los partidarios de una libertad desenfrenada se estremecen ante la concordia que fue siempre tan favorable y tan saludable así para la religión como para los pueblos."*

Aunque esta encíclica no expresaba claramente que las condenas se dirigían directamente al periódico *L'Avenir* y sus responsables, el cardenal Pacca se lo hizo saber. Este hecho provocó reacciones negativas de parte de Lamennais que, poco a poco, se puso fuera de la Iglesia; sobre todo a partir de su libro, *"Les paroles d'un croyant"*, fue evolucionando hacia posturas de racionalismo radical hasta su muerte, 27 de febrero de 1854. Los demás siguieron en un compás de espera hacia tiempos más propicios.

Federico Ozanam, corresponsal de este periódico, y que compartía plenamente estas doctrinas, permaneció fiel a la Iglesia, cultivando lo concreto del proceso conciliador del mundo moderno hasta la venida del Papa Pío IX.

Defensor acérrimo de la Iglesia, Ozanam escribió en abril de 1837 un artículo sobre: *"Los bienes de la Iglesia"*. En él hizo una crítica al expolio hecho por la Asamblea Nacional y defendió el derecho que la Iglesia tenía sobre estos bienes. Se puso en contra de los que abogaban y defendían el derecho legítimo de esta desamortización como eran: Mirabeau, Petion, Barnave... etc. Contra estos últimos ya se habían levantado el arzobispo d'Aix, los obispos d'Uzès y de Nimes. Laroche foucauld y Malouet, pero estas discusiones, aunque enérgicas, fueron muy incompletas. Ozanam dice en su artículo citado: *"Abandonaron el terreno filosófico y religioso para refugiarse, y a veces extraviarse en la jurisprudencia y en la historia. La cuestión que atañía a los intereses generales de la Iglesia universal fue aceptada como un hecho particular y no sólo en la Iglesia gala sino en todo el clero francés. Las disputas de este orden parecieron inclinar su propia causa mientras que 130 millones de católicos, y Roma, y el Pontífice Supremo, la tierra y el cielo, esperaban con inquietud el resultado de estos debates..."*

En la actuación de la Asamblea, sigue diciendo Ozanam, se llegó a algo que hasta entonces no se había osado abordar de frente. Hay algo de vergonzoso en esta debilidad aunque también se puede reconocer algo de honestidad. Un acto sin nombre, sin calificación; la disposición de los bienes del clero atribuidos a la Nación, pero no la propiedad.

La declaración de pertenencia llevó al frenesí y la locura, llegando a cometer grandes sacrilegios y orgías, portando incluso a lomos de animales los ornamentos sagrados y quedando las celebraciones religiosas relegadas a la clandestinidad. Deportaciones y exilios, prisiones y masacres estuvieron a la orden del día, y en poco tiempo, las puertas de los hospitales, los centros del dolor humano, se vieron clausurados por manos avaras. Faltó el pan, y bajo la palabra libertad se condenó al silencio.

A la vista de los hechos Ozanam denuncia: *"El Estado no ha cumplido con las condiciones esenciales que marcaba el Acta, por tanto, no se podía apuntar la victoria. Hay más, haciendo valer los términos con los que fue concedido el Decreto de Expoliación, se le puede anular como inconstitucional. La Asamblea hizo la Declaración de los Derechos del Hombre. Eran la mayoría de las voluntades de los franceses. En el artículo 2 se menciona que la propiedad es un derecho inviolable y sagrado y nadie podía ser despojado de ella, a no ser que, la necesidad pública y legalmente constituida lo exigiera con la condición de una justa indemnización"*.

Cuando la Asamblea, en el decreto, no contempla la indemnización, está atentando contra los Derechos Humanos. Por otra parte, la mayoría de los ciudadanos querían mantener la religión católica, al menos para atender la asistencia pública por parte de la Iglesia para lo que necesitaba conservar sus bienes. De este modo, los usurpadores estaban trasgrediendo los derechos de los ciudadanos.

También en este artículo, Ozanam trata al gobierno de tirano, ya que, en la Asamblea, se acordó la consulta al pueblo mediante plebiscito y no se llevó a efecto para evitar se reconociera la injusticia cometida. Otra cosa a tener en cuenta era que, el régimen de los bienes de la Iglesia estaba respaldado, no solamente por las leyes anteriores, sino por tratados entre el clero y el imperio. Especialmente tenemos el Concordato de Francisco I y León X. La obra común de dos poderes no podía ser destruida unilateralmente. Para utilizar estas riquezas en favor de las arcas estatales, tendrán que haberse iniciado unas negociaciones diplomáticas. Fuera de esta vía no se podía considerar más que un abuso de poder. Aparece como un atentado al derecho privado e internacional, inaplicable en la causa, y nulo en el fondo, desde el punto de vista del simple y llano derecho.

La condena que hace Ozanam a este decreto no es solamente apelando al nombre de Dios, de la religión o de los católicos. Sus bases son más profundas; había que ver los y juzgarlos a la luz y en nombre de la humanidad. En la Iglesia, despojada por los revolucionarios, veía toda la civilización ultrajada por la barbarie. Tanto más, cuanto que ella había hecho lo que cualquiera de las asociaciones políticas podía pretender. En ninguna otra se podía encontrar más olvido de sí, más amor al otro; todo estaba al servicio de todos. No era un destino individual, sin otro dueño que Dios señor de todas las cosas. Estaba al servicio del culto y de los necesitados.

Sigue preguntándose Ozanam: ¿Qué es la barbarie sino la ausencia de los elementos de la vida social, el desarrollo del egoísmo, el culto a sí mismo? Si una de las preocupaciones de la Asamblea era reducir las grandes posesiones y cambiarlas por dominios nacionales no sólo para ser libres sino también para ser dueños, esto sería el símbolo del egoísmo popular que reemplazaría al aristocrático o real. El egoísmo de 30 millones de hombres agitados a través

de motines e incendios, martillo demoledor, sembrando en Francia los horrores que Atila les había ahorrado.

El Acta de expoliación ¿no debería desaparecer de los anales y de la memoria de la nación que se cree, no sin razón, ser elegida entre todas las naciones de la tierra para cumplir una misión civilizadora?... Ozanam como buen ciudadano sintió en sus entrañas la vergüenza de los actos vandálicos que degradan y envilecen.

En 1848, con la llegada de la Revolución en Francia, los católicos recuperan el liberalismo en su totalidad al mismo tiempo que un régimen republicano. Gracias a los esfuerzos de Montalembert llegaron a tener cierta unidad de acción. Se podía llegar a decir, sin paradojas, que todos eran liberales, en estos momentos. Y no aparece esta palabra como algo herético o sospechoso.

Lacordaire y Montalembert, que se sometieron un día a la política del papado en la encíclica *Mirari Vos*, van a ser ahora los que enarbolan la bandera de esta recuperación liberal. Constataron que fue una condena al liberalismo radical nacido de un individualismo sin freno. A la caída de Luis Felipe, oradores y periodistas católicos saludaron el nuevo régimen con el grito de libertad. La misma noche, Louis Veuillot redactó para *L'Univers* la declaración siguiente: *"Hoy como ayer nada es posible más que por la libertad. Hoy como ayer la religión es la única base posible de las sociedades. La religión es el bálsamo que impide que la libertad se corrompa. Una libertad sincera puede salvarlo todo..."*

Y más atrevido fue su artículo del día siguiente: *"Afirmamos que la Iglesia no pide nada más y que pagará con gratitud eterna e inmensos servicios al reconocimiento de este derecho puro y simple: el de la libertad..."*

El mismo tono liberal se encontraba en los documentos episcopales. Monseñor Sibour, obispo de Digue, escribía así a su clero: *"Queremos para nosotros y para todos la libertad, pero franca y sincera, la libertad de reunión y de asociación, de culto, de conciencia, de enseñanza... Todo lo que se pide en la Iglesia y el Estado es liberal. Todo gobierno que quiera detener los progresivos desarrollos de las libertades públicas, tarde o temprano será sumergido por las olas de las ideas y de necesidades legítimas que crecen sin cesar. Se podría rehusar a la Iglesia católica la libertad, cuando su augusta jefe, Pío IX, ha demostrado las tendencias esencialmente liberales:"*

En el mismo tono también escribió el arzobispo de Cambrai Mons. Cardinal Giraud. Montalembert desde su nueva tribuna, el periódico *Le Correspondant*, comenzó a polemizar ante posturas que creía avanzar demasiado deprisa, con *L'Univers* de Veuillot, e incluso habrá un momento que lo haga con *L'Ere Nouvelle*, periódico de su querido amigo Federico Ozanam, al cual le echará en cara el abandono de las ideas primitivas. Consideró que había llegado a posturas demasiado radicales.

La Iglesia entró por una nueva vía al subir al solio pontificio el obispo de Imola, Pío IX (1846-1878). Este nuevo Papa estaba de acuerdo con el bien de los fieles y la libertad de la Iglesia. Se sentía y era ante todo un pastor, conquistando fácilmente la simpatía universal. En su juventud había sido defensor acérrimo de los moderados. En una carta de su juventud, 1833, a su amigo Falconieri le escribía: *"Odio y abomino desde la médula de los huesos, los pensamientos y operaciones de los liberales pero tampoco me son simpáticos los fanáticos llamados papalinos. El justo medio cristiano y no el diabólico que hoy está de moda, sería el camino que me gustaría seguir con la ayuda de Dios..."*

Los católicos de primera línea vieron en estos momentos la línea de su acción. En 1847, cuando Ozanam estaba preparando un libro sobre los germanos, veía al Papa como un símbolo de libertad. El hecho de que desde el Quirinal bendijera a 50.000 romanos,

sacerdotes, burgueses y obreros que le aclamaban por las libertades políticas otorgadas, le llenó de esperanza.

Reflexiona Ozanam sobre este hecho que para él constituiría la "alianza entre el cristianismo y la libertad" firmada por un Papa del que más adelante diría: *"El Papa más grande que el mundo ha conocido en seiscientos años... la cicatrización de la herida abierta hace setenta años en la sociedad europea..."*

La bendición de Pío IX, la comparaba Ozanam, con imaginación de historiador, con el hecho ofrecido en el siglo V por el gran Papa Gregorio III rompiendo con Bizancio y dirigiéndose a los pueblos germánicos; la arrancó la célebre frase: Sigamos a Pío IX y PASÉMONOS A LOS BÁRBAROS. Frase con la que entraron en polémicas sus contemporáneos tachándole de haber entrado en una vía socialista.

Este Papa impresionó mucho a Ozanam, le calificó como "un santo que no lo había habido en el trono pontificio desde Pío Y" y en su correspondencia escribe la impresión causada en la audiencia concedida en Roma por el Pontífice: *"Siempre consideraré como una dicha haber visto de cerca a este Papa admirable. Naturalmente la popularidad de un Papa no es lo que afirma o debilita la fe pero el corazón se dilata viendo al Padre en quien se cree, rodeado de tanta admiración y amor."*

Este Papa, al que vemos aclamado por los católicos liberales que veían en él la tabla salvadora de la libertad, nos lo encontramos años más tarde endureciéndose, poco a poco, a medida que se iba agravando la "cuestión romana:" Terminó por replegarse pasando a defender los Estados Pontificios desde una postura tremendamente radical. No obstante, hay que reconocer que tuvo que enfrentarse para levantar de un estado deprimente a la Curia Romana, paralizada durante el período gregoriano. Dos problemas tuvo que atajar con carácter de urgencia:

- La renovación administrativa.
- Y una clara opción política ante las aspiraciones de unidad y de independencia reinantes en los Estados Italianos.

Las condiciones políticas de la Iglesia a lo largo del siglo XIX no fueron muy floridas. En política internacional la autoridad de Roma prácticamente había desaparecido. Los legados pontificios no eran admitidos en los Congresos. Las leyes laicistas la privaron de considerables ingresos que hicieron penoso el apostolado; podemos decir que existió un abismo entre la Iglesia y el mundo moderno que se estaba desarrollando. La sociedad, por una parte, se alió con la libertad, y la Iglesia, como contrapartida, se aferró a regímenes absolutistas para conservar lo dado.

La burguesía intelectual, generalmente, apostató. El proletariado se unió cada vez más al socialismo donde encontraba más apoyo social que el que le brindaba el cristianismo que, en gran parte, le hablaba de resignación.

Ahora bien, al verse libre en muchos aspectos, la Iglesia apareció con signos muy positivos. Carente de medios humanos comprendió mejor el alcance de la gracia, la libertad que se funda en la fe, la solidaridad con los más pobres como reflejo de Cristo pobre y doliente.

5. Luces y sombras de la Iglesia del siglo XIX en Francia

El anticlericalismo combatió contra la fe en nombre de la ciencia, del libre pensamiento y del progreso, sostenido e instrumentalizado por la sociedad secreta de la masonería. La lucha contra el clero se debió también a las tendencias de ideas monárquicas legitimistas de muchos católicos. La autonomía propia de la política, que tiene como fin último el bien común temporal y no el sobrenatural, se transformó en laicismo, excluyendo cualquier influ-

jo sobre la sociedad, ignorando completamente el fin último sobrenatural, al que está destinado el hombre.

Las consecuencias más inmediatas para la Iglesia fue la pérdida de buena parte de las riquezas y del poder temporal que hasta el momento había tenido. La desamortización de 1789 fue el inicio de todo un proceso que se repetirá a lo largo del siglo. La Iglesia salió de esta revolución empobrecida y despojada del poder político y económico, sin embargo, fortificó su acción espiritual. Se llegaron a multiplicar las fundaciones de religiosos; unas 40 durante el pontificado de Pío IX. La sangre de los mártires y la lucha por subsistir engendró un nuevo prestigio. *"Herida en sus intereses materiales, en su libertad y muy a menudo en la vida de sus ministros, la Iglesia supo purificarse en la persecución, dar nuevos mártires y por su testimonio alcanzar nueva autoridad y prestigio..."*

Y Alejandro Mazoni habla también al respecto: *"Podré equivocarme, pero, al ser despojada la Iglesia de Francia de su esplendor externo y no tener otra fuerza que la de Jesús, pudo hablar más alto y ser mejor escuchada..."*

III. OZANAM APOLOGETA

El cristianismo de Ozanam informó toda su vida y todo su pensamiento. El Dios de Jesucristo le inspiró cualquier acontecimiento ya fuera público o privado. Era una fe que no molesta, no es inoportuna ni sermoneante. Su inteligencia la puso totalmente al servicio de la fe y su apologética la fundó en la verdad histórica; en este campo se movió toda su actividad intelectual. Dios, Cristo, las verdades cristianas, fueron fuente y objeto de cuanto escribió.

La Iglesia era una preocupación constante y a su defensa y mayor gloria, se consagró desde la juventud. Quiso mostrar con su Obra, tanto escrita como de palabra, la solidez divina de la constitución eclesial y cómo su acción era perpetua y universal, que tiene una misión eterna de enseñar la verdad. Quiso hacer una apologética para aquellos que trataban de enterrar a Cristo, asegurándoles su inmortalidad. Durante toda su vida quiso demostrar la verdad cristiana y presentó a la Iglesia como custodia de esa misma verdad.

Buscó la verdad y la buscó con pasión. Dos años antes de morir (1851), al final de su obra apologética: "La civilización en el siglo V", insertó esta declaración: *"En medio de un siglo de escepticismo, hízome Dios la gracia de nacer en la fe. Púsome en las rodillas de un padre católico y de una madre santa. Los rumores de un mundo sin fe, más tarde, llegaron hasta mí, conocí el horror de aquellas dudas que roen el corazón. La incertidumbre de mi eterno destino no me dejaba descansar. Agarrábame con desesperación a los sagrados dogmas... Fue en aquél momento cuando un sacerdote, el P Noiro, me salvó. El puso en orden mis pensamientos y no sólo creí con fe fortalecida, sino que prometí a Dios consagrar mi vida al servicio de la Verdad..."*

París fue su gran escenario de lucha y defensa de la verdad. El aire que se respiraba después de la revolución de 1830 era de laicismo en todos los ambientes. Si se ocupaban de Dios era para perseguirle. En la Sorbona, profesores como Lettronne afirmaban que el Papado era "una institución pasajera nacida en tiempo de Carlomagno y que hoy era agonizante:" Theodore Jouffroy, escribía que *"el cristianismo acabaría con la educación de la humanidad hasta hacerla capaz de vivir sin Él, dejando el campo libre a la filosofía para acelerar la llegada del día en que la última de las religiones se retirase"*

Cuatro meses llevaba en la universidad de París cuando determinó, junto con sus amigos, enarbolar la bandera beligerante, dispuestos a defender, en debates públicos, las verdades de la Iglesia católica y no descansar hasta verla aceptada por todos. Por escrito presentan

las objeciones convenientes a lo expuesto por tan insignes profesores. Él mismo escribe a sus amigos de Lyon: *"Cada vez que un profesor racionalista levanta la voz contra la revelación, voces católicas se levantan para responder. Ya dos veces he tomado parte en esta labor dirigiendo objeciones escritas a estos señores principalmente en el curso de Historia del Sr. Saint Marc-Girardin donde hemos tenido éxito. Dos veces había atacado a la Iglesia. Primero tratando al papado como institución pasajera nacida bajo Carlomagno y la segunda acusando al clero de haber favorecido siempre al despotismo. Nuestra respuesta, públicamente leída, ha causado el mejor efecto sobre el profesor que casi se ha retractado y sobre el auditorio que ha aplaudido. Lo que hay de más útil en ello es mostrar a la juventud estudiante que se puede ser católico y tener sentido común, que se puede amar la religión y la libertad, es en fin, apartarla de la indiferencia religiosa y habituarla a graves y serias discusiones"*

El día 25 de marzo del mismo año vuelve a escribirle: *"Ahora, nuestro campo de batalla ha sido la cátedra de Filosofía. El curso de Louffroy, uno de los más ilustres racionalistas de nuestros días, se ha permitido atacar la revelación. Un católico, un joven, le dirige algunas observaciones por escrito, y el filósofo le promete responder a ellas. Ha esperado durante quince días. Entonces, nosotros nos reunimos, dirigimos una protesta en la que estaban expuestos nuestros sentimientos refrendada por cinco personas. Esta vez no pudo dispensarse de leerlas. El numeroso auditorio compuesto por más de 200 personas, escuchó con respeto nuestra profesión..."*

Esta acción de signo apologético llevada a cabo por Ozanam en el barrio Latino de París no era una agitación superficial. Cuando refutaba las posiciones de estos profesores de la universidad o cuando juntaba, a través de las enseñanzas del sacerdote Gerbert, las formas del liberalismo de Lamennais, traducía su esfuerzo personal de reflexión y pesquisas, fue una síntesis cuya precocidad sorprende. Antes de concluir sus propios estudios, había elegido ya a sus maestros. Volviendo la espalda al racionalismo, cuyos fundamentos decía eran psicológicos, siguió a Lamennais, Chateaubriand, Ballanche, Bonald, Schlegel, Elstsin, etc. Esta elección se la comunica por escrito a su primo Falconnet.

Conversó con Montalembert y Lamennais la víspera de su partida a Roma y se impregnó de esa atmósfera de ideas más o menos contradictorias, enfrentadas en fuertes polémicas.

Era una época de grandes y elocuentes discursos donde los jóvenes estaban pendientes de las palabras de los maestros famosos. Ozanam se dio cuenta del peligro y como líder, quiso encauzar este potencial hacia maestros como Gerbert o Lacordaire con las Conferencias de la Historia o de Notre Dame.

El libro del Genio del cristianismo de Chateaubriand, podemos decir que fue uno de los fundamentos de la obra apologética de Ozanam que le infundió valor para proseguir la lucha en favor de la verdad, en contraposición a las doctrinas volterianas o de Montesquieu en los albores del siglo XIX. Desentrañó la eficacia y los beneficios que conlleva toda religión y sobre todo el cristianismo, quinta esencia de todo lo que es noble y verdadero.

Todas estas ideas le fueron transmitidas a través de su compatriota Ballanche que compartía con Chateaubriand la misma tesis, de tal forma que, Ozanam no temió el atribuir a Ballanche la prioridad de estas ideas en un panegírico que escribió de él en 1848 a los 15 meses de su muerte: *"La inspiración religiosa de sus primeros años está clara en un ensayo sobre el sentimiento en el que se sorprende al encontrar el pensamiento del primer enfoque del genio del cristianismo. En 1801 y varios meses antes de que este libro inmortal viniese a comenzar la educación del siglo XIX"*

Es cierto que Federico Ozanam no participó directamente en la Société Chrétienne fundada por Andrés María Ampere (que se dispersó en 1804 al ser llamado a París), en la que concurrieron pléyade de notables lyoneses paralelos al desarrollo de los acontecimientos de la Revolución Francesa.

Sin embargo, a lo largo de su vida, heredó la fisonomía común de estos notables pensadores que configuraban un constante patrimonio del espíritu lionés: una espiritualidad elevada, un sentimiento religioso a la vez independiente y puro, la creencia en el derecho natural, una conciencia escrupulosa de la conducta y en el trabajo, una sencillez, una bondad ingenua, un misticismo tierno y soñador, al mismo tiempo que poseían una infatigable caridad.

El contacto con estos compatriotas lo llevará a cabo en París hospedándose en casa del célebre físico Ampère a quien tuvo la suerte de tener como protector y maestro. A través de él se puso en contacto con Ballanche, hombre que anteponía los grandes hechos políticos a sus intereses personales. Cualquiera que fuera la cuestión abordada, serviría para descifrar el enigma, la novedad de cada siglo respecto a la humanidad y esta preocupación, veremos que, en Ozanam es también una constante. Como historiador místico, descubrió en la historia la verdad y la religión que subsiste en ella a pesar de las etapas oscuras. El cristianismo ha puesto en el mundo ideas que no pueden ser ignoradas y que son la salvaguarda de la civilización, independientemente, incluso, de su origen divino.

Después de Ballanche y Chateaubriand, otro verdadero maestro también fue Lamennais, y no como filósofo, sino como apologista de la religión cristiana, e intérprete de la historia de las religiones; el Lamennais del Ensayo sobre la indiferencia y en algunos aspectos de religión, considerada en sus relaciones con el orden político y civil.

A pesar de estos cimientos, Ozanam sacó de su propio fondo y de sus estudios los elementos claros y precisos que configuraron, personalmente, su propia doctrina. En la Sorbona fue el representante de una escuela que quería encontrar, a través de la historia de las religiones, bajo las degradaciones fetichistas, la traza de una revelación primitiva.

Tuvo en cuenta, como prueba de la verdad del cristianismo, la excelencia de su virtud civilizadora y demostrar cómo la Iglesia ha recogido y transmitido lo mejor de la herencia antigua y ha forjado, en la Europa bárbara el pensamiento cristiano.

Cuanto más horrores veía en aquellos tiempos lejanos, mayor confianza tenía en la acción bienhechora de la Iglesia. El mejor testimonio de este progreso, era el triunfo de la Iglesia sobre la barbarie medieval. Bajo el impulso de estas creencias, y con la convicción de que Dios está en los signos de los tiempos, no esperaba restablecer el Reino del cristianismo por procedimientos políticos o con golpes de Estado y decretos. Esperar en estos acontecimientos terrenales, le parecía una falta de fe y de confianza en la divina providencia que había guiado a la Iglesia a través de los siglos con mayores dificultades.

Fruto de una investigación concienzuda y perspicaz a través de la historia civilizadora de la Iglesia fueron apareciendo uno tras otro los escritos apologéticos. El más importante es el volumen compuesto por dos estudios: *Los germanos antes del cristianismo* y *La civilización cristiana con los francos*, aparecidos en 1847 y 1849, que lo titula como "Estudios germánicos." En ellos quiso mostrar a la Iglesia como transmisora de cultura y que el mismo pensamiento que civilizó a los bárbaros, recorría aún Europa para salvarla. Esta idea la repitió constantemente, fue como su *leit motiv* a través de toda su obra.

Las ideas religiosas de Ozanam fueron expresadas a través de la prensa católica, en órganos a veces efímeros pero nunca carentes de calidad. En *L'Abeille française* publicó, a partir de junio de 1830 un trabajo sobre: *La verdadera religión cristiana*, con otros cinco números más.

El primer Correspondant y el *L'Avenir* recibieron sus ideas de juventud; más adelante en la *Revue Européenne* y en *L'Université Catholique*; en esta última revista colaboró con el sacerdote Gerbert cuya tesis religiosa sirvió a Ozanam para afianzarse en sus ideas. También colaboró en *los Annales de la Propagati6n Foi*, nacida en su tierra natal, cuyo desarrollo coincidió con los años de su juventud. A partir de 1840 participó como redactor de esta revista.

La colaboración con estas revistas y sus conocidas relaciones con algunos dirigentes de *L'Univers* sobre todo Bailly y con Lac y Saint-Cheron llevaron su fama hasta el corazón de las actividades religiosas de su tiempo.

Por último, casi al final de su vida, fue fundador de *L'Ere Nouvelle*, junto con Lacordaire y Maret, y terminará siendo hostigado y mal interpretado incluso por quienes anteriormente habían estado en colaboración. Desde *L'Univers* de Veuillot, que tenía un método para defender a la Iglesia opuesto al de Ozanam, se le tachó de atentar contra la fe cat6lica e infundir "nuevos errores y cobardes condescendencias." Estas acusaciones le llegaron al alma, tanto más, cuanto él había declarado en un claustro de profesores en la Sorbona: *"Estimo más la ortodoxia cat6lica que mi propia vida:"*

Tomó la pluma para contestar, pero aconsejado por sus íntimos, en especial por Cornudet, rompió el escrito acordándose que años atrás él mismo había pedido: *"compasi6n y tolerancia hacia los que dudan y caridad para los que niegan:"*

Ante el temor y la duda lanzada sobre su fe y valor cristiano que surgió entre sus amigos, sobre todo entre sus paisanos lyoneses, y aconsejado otra vez por Cornudet, escribió una especie de profesi6n de fe dirigida al Sr. Dufieux donde le expone con toda humildad las intenciones de su actuar cristiano: *"Me conozco desde hace mucho tiempo y, si Dios ha querido concederme cierto ardor en el trabajo, nunca consideraré esta gracia como un don brillante del genio. Sin duda, en la fila inferior en que me encuentro, he deseado dedicar mi vida al servicio de la fe, pero considerándome como un servidor inútil, como un obrero de última hora, a quien el dueño de la viña recibe por caridad. Me ha parecido que mis días serían bien aprovechados si, a pesar de mi escaso mérito, lograba retener en torno a mi cátedra a una juventud numerosa, a restablecer ante mis auditores los principios de la ciencia cristiana, a hacerles respetar todo cuanto ellos desprecian: la Iglesia, el Papa, los monjes... Hubiera deseado recoger estas mismas ideas en los libros más duraderos que mis lecciones y todos mis deseos serían colmados si algunas almas errantes, encontraran en esta enseñaanza una razón para abjurar sus prejuicios, esclarecer sus dudas y regresar, con la ayuda de Dios, a la verdadera fe cat6lica. Todo esto es lo que intenté hacer durante diez años sin ambici6n de un destino mayor, pero también sin tener la desgracia de desertar del combate..."*

Este gesto de disculpa, de confesi6n de su actuar cristiano, esta tolerancia al mismo tiempo, le valió una vez más demostrar su gran madurez cristiana. Lacordaire hizo una alabanza, diciendo de él: *"Era una imitaci6n constante de Nuestro Señoor Jesucristo que no quebró una caña encorvada..."*

IV. LA IGLESIA QUE FEDERICO OZANAM QUISO LEGARNOS

En el terreno eclesial la herencia que quiso legarnos Federico Ozanam está bien clara: la fidelidad a la Iglesia como garante del mensaje divino y además un gran espíritu militante que le hizo capaz de llevar a cabo el mensaje de Jesús a través de su apostolado caritativo. De ahí que probara en su tiempo y lo está probando ahora, ser un hombre eminentemente

eclesial. Lacordaire dijo de él: *"Ni en Francia, ni en nuestra época, ningún cristiano amó más a la Iglesia que Federico Ozanam"*.

Y en otra ocasión escribe: *"Dios quiso de él un corazón sacerdotal en una vida de hombre del siglo. En la Francia de nuestro tiempo ninguno sintió más las necesidades de la Iglesia, ni lloro con más amargura las faltas de sus servidores. Ninguno desarrolló en su existencia laica un apostolado más auténtico y profundo."*

Efectivamente no cerró los ojos ante los fallos de las estructuras eclesiales, ayer Federico Ozanam y hoy los seglares cristianos, debemos asumir que existen debilidades, criticarlas con amor y pensar que el Espíritu derrama su fuerza y vive en ella (2a Cor. 12, 10).

Poco antes de morir, en una conversación con su esposa, expresó claramente su adhesión a la Iglesia y a la Verdad: *"Si algo hay que me consuela al pensar en la hora de la muerte antes de haber concluido mi obra es el hecho de haber servido únicamente a la Verdad sin haber hecho nunca nada por desagradar a los hombres. Me aferro a la doctrina ortodoxa y católica más que a la misma vida y por eso amo y sirvo a la Iglesia Católica y Romana con todo mi corazón."*

Y en otra ocasión también escribe: *"Cristiano soy y es para mí una gloria no pertenecer a ninguna otra escuela que a la de la Verdad que es la Iglesia"*

La Iglesia por la que Ozanam luchó tenía unas notas características, tonos originales que marcaron su propia respuesta emanada de un hombre consciente de su pertenencia a los movimientos globales desde su plataforma laical.

Ozanam no se dedicó a la Teología pero fue teólogo viviente que expresó sus convicciones espirituales a través de múltiples actividades que jalonaron su corta vida. Se (e puede considerar como: UN MISTICO EN LA ACCION.

1. Revalorizó el papel del laico

Se ha definido a Federico Ozanam como "uno de los más grandes personajes del laicado católico del siglo XIX" En efecto, fue una persona que adelantó la doctrina del Vaticano II sobre el Tema. Adquirió conciencia de su derecho y de su deber de tomar parte activa en "las luchas, las esperanzas y las actividades de la Iglesia", poniendo en marcha un poderoso movimiento que ha continuado progresando, apoyado hoy día por una fuerte acción dentro de la Iglesia.

Una somera lectura sobre su vida y sobre su obra, nos lleva a comprobar que con la acción y el apostolado que ejerció en toda circunstancia espacio-temporal, trazó un camino, un lugar teológico en la Iglesia, similar a lo que Juan Pablo II enumera como actividad propia de los laicos cristianos en la Christi *fideles laici*. Este seglar decimonónico adelantó, pues, una doctrina eclesial y cumplió las palabras escritas por el Sumo Pontífice cincuenta años más tarde: *"La caridad con el prójimo en las formas antiguas y siempre nuevas de las obras de misericordia corporal y espiritual, representan el contenido más inmediato común y habitual de aquella animación cristiana del orden temporal que constituye el compromiso específico de los fieles laicos."*

Escribiendo a su suegro, le dice: *"Soy de la Iglesia y de la Universidad, todo junto, y voy a conciliar estos dos deberes sean cuales fueran sus dificultades"*

Es una convicción que revela un espíritu comprometido con su fe y con su profesión.

Federico Ozanam quiso una Iglesia donde los laicos tuvieran una misión protagonista al margen de la jerarquía, pero siempre a su sombra, en comunión estrecha con ella. Así lo vio y lo realizó toda su vida con amor que rayaba en veneración hacia la Iglesia y sus ministros y cuya doctrina era para él, garante de Verdad que defendió y buscó asiduamente.

Quiso un quehacer laico en una Iglesia renovada. Nunca estuvo de acuerdo con aquella realidad de Iglesia estática, institucionalizada y jerarquizada de su tiempo, vi gente en todo sector eclesial: prepotencia del clero y organización interna en detrimento de la dimensión ministerial del pueblo de Dios.

Nadie estuvo más cualificado para inaugurar en la historia religiosa del siglo XIX el papel activo de los laicos en armonía y común acuerdo con la jerarquía. Abrió una brecha, un camino eficaz, para ganar la batalla de la santificación personal en el mundo laical, con un testimonio verdadero dentro de la Iglesia. Rompió moldes y formas tradicionales arropando su obra bajo el signo del laico. Una vía que no encerraba al individuo sino que lo dejaba en medio del mundo, sumergido en sus deberes profesionales y sociales, ejerciendo un apostolado adaptado en todo momento a las circunstancias ambientales. Todo ello lo expuso en una de sus cartas: *"Queremos que esta sociedad de caridad, no sea ni un partido, ni una escuela, ni una cofradía, sino que sea profundamente laica y sin dejar de ser totalmente católica..."*

En realidad, Federico Ozanam no fue el primero en aportar conceptos nuevos respecto al laicado. El carisma vicenciano, en el cual se inspiró, estaba cargado de este espíritu. Sin embargo, fue un gran maestro cuya labor consistió en saber formular y vivir las responsabilidades sociales de la fe cristiana al estilo vicenciano en circunstancias muy especiales.

La formación sacerdotal había sido prioritaria en la Iglesia a partir del Concilio de Trento en detrimento del papel del laico, que quedó convertido en mero "receptor." Ozanam reconoció la necesidad de movilizar este sector encaminándole, sobre todo, a la acción social con los más necesitados. A imitación del pionero, Vicente de Paúl, retomó el vicencianismo conectando con Sor Rosalía Rendu, de cuya fuente bebe, para realizar, a imitación de Cristo, lo que Él hizo en la tierra. De esta manera pasó de ser un receptor pasivo a tener un papel activo en la evangelización y servicio al pobre en esta doble vertiente.

Tuvo como carisma el saber interpretar, a la luz del Espíritu Santo, los acontecimientos como mensajes o llamadas de Dios las cuales hicieron determinar sus ideas. Así decía: *"Temo siempre que las cuestiones católicas se hayan suscitado demasiado pronto y antes de que nuestro nombre, nuestra influencia y nuestros trabajos se hayan puesto en la medida de sostener la lucha. Temo que los laicos, sin gracia de estado, sin autoridad, no hayan asumido así, espantosa responsabilidad, comprometiendo a la Iglesia de Francia en una crisis cuya salida nadie pueda prever."*

Poseía la capacidad interior de percibir el mensaje de la palabra, captar su significado más íntimo, interiorizarlo y aplicarlo a la vida cotidiana en continuo contraste con sus contemporáneos.

La plenitud de la figura de Ozanam como hombre cristiano y apóstol, muy bien se puede proponer como ejemplo del laico católico. En un momento en que los vicentinos tampoco lo tienen fácil, éstos como él, superando las dificultades, deben distinguirse por su tesón particular en la construcción del Reino.

Ozanam no desmayó ni perdió la confianza ante los sucesos, aún los más adversos, y así los escribió: *"Yo creo en los progresos de los tiempos cristianos. No me espanto por las caídas y rupturas que dividen las sociedades; las frías noches que reemplazan el calor de los días, no impiden al verano que siga su curso y maduren los frutos. La historia no tiene más espectáculo corriente que las generaciones débiles suceden a las fuertes. Los siglos*

destructores vienen después de los constructores y cuando ellos piensan que todo son ruinas, son la base de una construcción nueva."

Tuvo muy claro el papel del laico en la Iglesia, el carácter de "pueblo sacerdotal:" Aunque el ministerio laical es un fenómeno, fundamentalmente, del siglo XX a partir del Concilio Vaticano II, no obstante, la palabra ya estaba acuñada y él la utilizó con bastante frecuencia y con diferentes motivos. Es cierto que en su contexto, conlleva una comprensión general de Iglesia diferente al estilo ministerial de la actualidad. Queremos decir que, características de hoy, ya estaban presentes en la mitad del siglo XIX.

2. Una iglesia de servicio

En primer lugar, Ozanam quería una Iglesia de servicio, de dedicación y entrega, vivificada por Cristo evangelizador de los pobres, servidor del designio amoroso del Padre. El Hijo de Dios que descendiendo del Padre, se encarna, y se hace hombre encarnado en la historia para realizar su voluntad por obra del Espíritu Santo, según lo entiende la formulación usual del Credo. Pero Ozanam no se quedará ahí, ante todo contempla a Cristo como quien actúa e interviene desde dentro del mundo, continuamente está mirando a ese mundo en el cual se encarnó.

Adoptó el Cristo vicenciano, el Cristo de los evangelios sinópticos, el Cristo terreno. Discernió con sentido crítico a la luz de los valores evangélicos y vicencianos. Buscando la verdad encontró la respuesta que Dios le pedía en situaciones concretas para el servicio del hombre. Puso de relieve, como lo hizo su modelo Vicente de Paúl, la entidad de Jesús-Hombre-Cristo en su recorrido por la vida desde la encarnación hasta la muerte y resurrección. Adoptó, pues, una cristología "desde abajo", "ascendente", y es en esta santa humanidad el lugar en donde encontró a Dios y al hombre, al hombre y a Dios.

Su doctrina tuvo como punto de partida el misterio de la humanidad de Jesús concreto, no un Jesús abstracto y espiritualizado, y este ideal lo llevará a la praxis por medio del ejercicio práctico de la caridad en favor de los pobres a quienes consideró como a miembros del mismo Jesucristo.

Los valores vicencianos, encarnados en su existencia, le arrojaron la luz necesaria y suficiente para la situación cambiante que le tocó vivir. Y esto, lo realizará Ozanam, no desde la "pasividad" o la "quietud", sino lanzándose a la "acción" en beneficio del otro.

Ozanam bajó de la plataforma de la teoría para situarse en la de la praxis. Su mística no será contemplativa sino que descubrió la presencia de Dios en el hombre: "De la misma manera que existe una mística contemplativa en la que el alma percibe, experimenta la presencia gozosa, íntima de Dios en sí misma y se adhiere toda a él, también hay una mística de la acción en la que se descubre la presencia amorosa de Dios en el hombre y éste se une totalmente con Él."

Desde esta mística de la acción, Ozanam verá a Dios con los ojos del cuerpo del pobre, ante quien cae de rodillas y exclama: "Si no sabemos amar a Dios como los Santos le aman sin duda debe sernos objeto de reproche. Parece que tenemos que ver a Dios para amarle, pero no le vemos más que con los ojos de la fe... Pero a los pobres los vemos con los ojos de la carne, están ahí y podemos meter el dedo y las manos en las llagas y los rasguños de la corona de espinas son visibles sobre su frente... Son nuestros dueños y nosotros seremos sus servidores, son imágenes sagradas de Dios, a quien no vemos y no sabiendo amarle de otra manera lo hacemos en sus personas, debemos caer de rodillas y decir como Santo Tomás: Dominus meus et Deus meus.

El pobre es la imagen visible de Dios a quien no ve pero a quien ama. Por tanto, los pobres, serán la imagen y el lugar de encuentro con el Cristo sufriente. Su cristología, su espiritualidad, consistió en ver a Dios anonadado, encarnado en el hombre miserable y deshecho. Podríamos aplicarle a él la frase con que Calvet califica la doctrina vicenciana: "*Su doctrina era un antropocentrismo nutrido de amor a Dios. Amó a Dios en los hombres*".

Este amor a Dios le llevará también al anonadamiento, la virtud de la humildad constituirá, en su visión eclesial, un gran fundamento a imitación de Cristo que "sien do Dios se despojó de su rango tomando la forma de siervo:" (Fil. 2, 6-8.)

El Cristo frágil, sin rango, desprendido de todo, lo encontró presente, Ozanam, en el pobre, en los desheredados, los miserables, los sin voz, los explotados por la sociedad. Este Cristo anonadado que llegó hasta la muerte y una muerte de cruz, es el que le infunde esa profunda humildad que, junto con la caridad, serán el don máspreciado y gratuito que le lleve a ser testigo del mundo, de ese mismo amor con que Dios ama a los hombres. Y a imitación de San Vicente de Paúl pudo decir: "*No basta amar a Dios si mi prójimo no lo ama*".

Vicente de Paúl primero y Ozanam después nos muestran la vía de servicio y de entrega que llevan hasta la inmolación y cuya pregunta fundamental en ambos será: ¿Cómo servir...?

3. Una Iglesia libre de trabas

En segundo lugar Ozanam quiso una Iglesia sin subordinación ni trabas humanas. Buscó ante todo la paz en el entorno de su época donde las consignas de ambición y poder trajeron secuelas de llanto y de muerte. El secreto de su actualidad es su fidelidad a la Iglesia católica e inmortal que siempre vuelve a empezar y está presente en cada giro de la historia, siempre dispuesta, en la vanguardia de las revoluciones, a hacer renacer, sobre el viejo tronco de la civilización, las flores y los frutos de la fraternidad cristiana.

Gran servidor de la Iglesia no se contentó con magnificar su papel en el pasado a través de sus escritos, también lo hizo por medio de la ciencia, muy informado con un ta lento que se elevó a gran altura. Además, Ozanam, supo hacer una lectura del Evangelio en profundidad, intuyó lo que tenía de llamada urgente. Conocía demasiado bien la historia para no ignorar las diferentes tendencias eclesiales, sobre todo las dos más significativas a partir de 1848. Una, se preocupaba de defender la integridad del tesoro de las creencias desde una postura bastante radical, soñando con un partido católico preparado para la lucha. La otra, era más tolerante, trataba de llevar a Dios a los demás desde distintas opciones. En esta última postura se sitúa Ozanam, deseando que haya "cristianos en todo campo, que se multipliquen los terrenos neutrales en los cuales puedan, los católicos, sembrar la verdad y aprender a conocer mejor a los hermanos:"

Él quería, para él y los suyos, situaciones pacifistas, actuar desde la moderación y la cordura, sin exaltaciones febriles que nubilan mentes y corazones. En carta a su amigo Lallier le dice: "*Hacen falta hombres de guerra y hombres de paz, la cruzada de la polémica y el proselitismo por la caridad. Admiro a los que combaten gloriosamente en la brecha pero prefiero para mis amigos y para mí, aquel otro ministerio, no menos peligroso, aunque menos brillante*".

Lo que quiso perpetuar, la plataforma en la que luchó constantemente, fue tratar de impregnar de creencia cristiana e inyectar savia católica en la vida de todos. En un ensayo dice: "*La Iglesia debe proceder en la liberación del género humano por la vía del sacrificio y no por la vía de la revolución, por un largo y a veces invisible trabajo y no por una brillante catástrofe*".

4. Una Iglesia "Pueblo de Dios" encarnada en el mundo

La idea de Iglesia como Pueblo de Dios ya estaba presente de algún modo en Ozanam anticipándose al Vaticano II. Concibió al seglar unido y asociado al sacerdote en la obra de la Redención universal y en su misión "ad gentes"

Al colaborar en los Anales de la Propagación de la Fe, Ozanam arenga a las gentes escribiendo sobre el compromiso en la construcción del pueblo de Dios en lejanos países, para ayudar a elevarlos y darles el puesto que les corresponde en la Iglesia ya que los califica como "pueblos niños": *"Viejos cristianos de Europa, comprometidos en las piadosas fundaciones que devoran las tempestades de nuestro tiempo, venid a ocupar vuestros puestos, sois vosotros los padrinos naturales de los lejanos "pueblos niños" que esperan el Bautismo... La Iglesia está en pie sosteniendo, en una mano el libro del Evangelio y en la otra lleva la antorcha de la luz. Apresuraos a esta sagrada cita en la que el seglar se encuentra asociado al sacerdote en la obra de la redención universal. Enviad a estos pueblos los sacerdotes sin olvidar que ellos cuentan con vuestro auxilio"*.

Y por último, quiso una Iglesia encarnada en la historia con los hombres de carne y hueso, llamados por Dios, comprometidos en el bregar diario, continuadores de Cristo que vive, sufre y tiene presencia real entre nosotros. Sin euforismos ni rutinas, sin ilusionismos que estuvieran vacíos de contenido. A sus amigos escribe en los siguientes términos: *"He pensado que los laicos servirán mucho mejor a la fe confrontando todos los detalles con la ciencia, tratándolos cristianamente, más que permaneciendo en generalidades de apologética donde los teólogos dejan poco que hacer..."*

Y en otra ocasión describió cómo la Iglesia lo abarca todo y es una especie de Madre que nos acompaña en todos los momentos de la vida: *"La Iglesia es una sociedad formada para el cumplimiento de los destinos inmortales del género humano presente en todos los lugares y en todas las edades, reúne en todas las almas, que quieran caminar bajo sus auspicios, les acompaña en su caminar y hasta más allá de la tumba, reúne en alianza misteriosa las generaciones que están aquí en los combates de la vida actual, los que atraviesan, bajo los sufrimientos, expiando para la vida futura y los que ya reposan en los triunfos. La Iglesia lo abarca todo"*

Ozanam fue un cristiano plenamente consciente, coherente y sin alteraciones sustanciales a lo largo de su existencia; con su vida, no sólo interior sino en cualquier actividad y situación, supo dar testimonio de su fe. Ya en sus años de adolescencia había escrito: "Quisiera ser en todo un hijo digno de la Iglesia" y más tarde "siento más que nunca cómo debería amarse a la Iglesia:" Del amor a la Iglesia y al culto hizo algo intrínseco para su vida. En una carta a Falconnet le dijo: *"El cristianismo me parece la fórmula necesaria de la humanidad. Creo en la Iglesia por encima de las cosas de este mundo, pero reconozco el derecho de marcarse a sí mismo el límite de su intervención y de su poderío. Creo también en el culto como la expresión de la fe, como símbolo de la esperanza, como realización terrestre del amor de Dios"*

El resumen de su vivir lo podemos encontrar en un párrafo de su testamento donde resume y confiesa el amor a la Iglesia y el deseo de la fidelidad que pide a los que ama: *"Muerdo en el seno de la Iglesia católica, apostólica y romana. He conocido las dudas de nuestro siglo, pero toda mi vida me ha convencido de que no hay reposo para el espíritu y el corazón más que en la Iglesia y bajo su autoridad. Si concedo algún valor a mis largos estudios es el que me den derecho de rogar a todos los que amo que sigan siendo fieles a la religión donde yo he encontrado la luz y la paz..."*

CAPÍTULO V: FEDERICO OZANAM VIVE HOY

Los hombres no mueren sin más. La Obra de Federico Ozanam permanece viva, de hecho, esto es lo que están intentando sus seguidores, los socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl, que tratan de asegurar la presencia social y testimonial evangélica en una sociedad plural donde abunda la increencia, con un servicio gratuito en favor de los marginados sociales que les sirve de cauce para el desarrollo del amor a Dios y del encuentro con Jesucristo. Objetivos inspirados por el Espíritu a su fundador y que ellos quieren concretar en la experiencia de su vivir. Él fue profeta, inculturando en "su" propio tiempo; a ellos les toca re-vivir su "secreto" y prolongarlo en el mundo. Conocer mejor al fundador, amarlo más, agradecerle su herencia ayudará, sin duda, a inculturar su profecía en "nuestro" propio tiempo.

Esta Organización está abierta y atenta a cualquier forma nueva de ayuda que pueda suscitarse en el mundo de la marginación, con una clara tendencia de acercamiento a los que nada poseen, y esto mediante el encuentro personal con el pobre, viendo a Cristo en el hermano necesitado: "Lo que hicisteis a uno de éstos, a mí me lo hicisteis:" (Mt. 25, 40) Es éste un factor determinante en la vida del vicentino. Es el meollo de su carisma, elemento esencial y constitutivo de su propia identidad.

No pretenden ir al pobre como meros agentes sociales, ni con demagogias, sino para servirles con el espíritu y amor de Jesucristo que les lleva más allá del mero asistencialismo. Practicando la autopromoción que supone que el pobre puede ser sujeto de su mismo desarrollo. Tratan de acercarse al hermano necesitado en su espacio cotidiano, apreciando los valores que encierra su subcultura injustamente marginada, dejándose enriquecer por ella, descubriendo que los pobres también los evangelizan. Es un movimiento de ida y vuelta, constatando que lo más importante no es lo que se da sino lo que se recibe.

Esta Sociedad conserva, según el sello de su fundador, un amplio margen de libertad y de acción, sin depender, en su gestión y en sus orientaciones, de las jerarquías eclesásticas. Siempre en comunión con la Iglesia, pero sin ningún tipo de lazos que pueda vislumbrar dependencia.

I. RASGOS DE LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL

1. ¿Cómo se estructuran?

La Sociedad de San Vicente de Paúl es una Asociación católica, internacional, benéfico-social, fundada en 1833 en París por Federico Ozanam e instituida en España en 1849 por Santiago Masarnau. Ha sido declarada de Utilidad Pública el 23 de Abril de 1972.

El nombre oficial de esta organización es el de "SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL", siendo conocida habitualmente por el nombre de CONFERENCIAS de San Vicente de Paúl. Este nombre procede de las primeras reuniones que mantuvieron un grupo de universitarios católicos en París, de los cuales saldría el grupo de los "seis primeros" entre los que se encontraba el líder Federico Ozanam. Las reuniones eran conferencias, propiamente dichas, de Historia, Filosofía, jurisprudencia y Ciencias Morales. A partir de esta actividad dieron respuesta a la situación social de aquel momento, creando así las CONFERENCIAS DE LA CARIDAD.

La CONFERENCIA es, pues, la célula base dentro de la organización de la Sociedad. Consiste en un grupo de 5 a 15 personas que se reúnen por término medio una vez por semana, buscando su santificación, practicando el amor al hermano, la solidaridad en un

voluntariado totalmente social, pero viviendo dentro del más ortodoxo mensaje y espíritu cristiano, extrayendo de él el mandato de amor de Jesús hacia los hombres, sobre todo, con los más necesitados. Se esfuerzan en aliviar al hermano, con espíritu de justicia y caridad por medio del compromiso personal y voluntario, colaborando con su aportación económica.

Otro objetivo, no menos importante que el anterior, es el de vivir este mensaje cristiano prestándose mutuo apoyo a través de la oración, la reflexión y la práctica religiosa.

Las responsabilidades recaen sobre:

- Un Presidente que dirige el grupo.
- Un Vicepresidente que sustituye al Presidente por delegación.
- Secretario, toma fielmente nota de los acuerdos tomados.
- Tesorero, que se encarga de la cuestión de las finanzas.

Todas sus acciones están animadas por el Consejo General Internacional. Existe un Consejo Nacional. Todas las Conferencias pertenecen a Consejos provinciales y lo cales, representados en el Consejo Nacional, gozando de gran autonomía.

Los temas de reflexión que abordan en sus reuniones son muy diversos:

- Interrogantes sobre la fe.
- La espiritualidad mariana.
- Documentos de la Iglesia y su doctrina social.
- Temas actuales con relación a la marginación y la pobreza.

2. La Sociedad de San Vicente de Paúl: una sociedad vocacional, abierta y democrática

La Sociedad tiene como preocupación constante la de renovarse y adaptarse a las condiciones cambiantes de los tiempos.

Por su carácter católico, está abierta a todos aquellos que desean vivir su fe en el amor y en el servicio de sus hermanos. En algunos países, las circunstancias pueden aconsejar el acoger a cristianos de otras confesiones, o a miembros de otras creencias que se adhieran a sus principios.

Ninguna obra de caridad es ajena a la Sociedad. Su acción consiste en toda clase de ayuda, que por un contacto de persona a persona, trate de aliviar el sufrimiento; y de promover la integridad y la dignidad humana.

La Sociedad busca no solamente desterrar la miseria, sino también descubrir y remediar las situaciones que son su causa. Quiere llevar su ayuda a todos cualesquiera sean su religión, opiniones, color o raza.

Los miembros de la Sociedad están unidos entre ellos por un mismo espíritu de pobreza y de participación. Forman en el mundo, con aquellos a quienes ayudan, una sola familia.

Los vicentinos se esfuerzan, por medio de la oración, de la meditación de la Sagrada Escritura, y por su fidelidad a la enseñanza de la Iglesia, en ser testigos del amor de Cristo, tanto en sus relaciones con los más desvalidos como en los demás aspectos de su vida diaria.

"Los pobres, los tendréis siempre entre vosotros:" (Mat. 26,11)

El vicentino está a su servicio. No juzga. Siempre está disponible. La Sociedad ha tenido desde su fundación un marcado espíritu democrático. No de aspecto formal sino de hecho. Cada Conferencia tiene plena autonomía y se incardina en el Consejo Provincial de donde recibe apoyo y participa en las decisiones que son aprobadas en los plenos que se celebran. El órgano supremo de la Sociedad es la Asamblea General. El órgano de dirección es el Consejo Nacional.

El Presidente Nacional es elegido por todos los socios activos de las Conferencias de San Vicente de Paúl, mediante votación directa y secreta, por un período de 6 años, pudiendo ser reelegido una sola vez para un segundo mandato consecutivo.

Un papel muy importante para la vida del vicentino es la Liturgia, insertándose en la Oración de la Iglesia, no solo personal y comunitariamente en su Conferencia, sino animando a otros en Parroquias, sobre todo en la celebración de la Eucaristía, dirigiendo la oración en escuelas e institutos. Su relación con Dios, a través de todos los medios, es el alimento de toda su acción.

Hoy en día, la Sociedad de S. Vicente de Paúl es una "verdadera multinacional de la caridad", que combate incansablemente la miseria con sencillez y sin ruido. La lucha salvadora de su fundador, aquel creyente comprometido, que fue Ozanam, no ha sido baldía. Lo demuestran, hoy como ayer, los innumerables socios, vicentinos, que, entre luces y sombras, siguen presentes allí donde se encuentre la marginación, el abandono, la soledad, la miseria, la explotación, y las mil y una formas de pobreza generadas, en nuestra sociedad de hoy, por el progreso, la técnica y la desigual distribución de la riqueza. En 132 países repartidos por la geografía de los cinco continentes, cuenta con alrededor de 1.000.000 de socios perfectamente organizados.

Creo que no es exagerado aplicarles las palabras de la Gadium et Spes.

"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo."

Estos discípulos son, sin duda alguna, los socios de las Conferencias que luchan y se afanan por reciclarse continuamente y poner a punto esta Asociación que tanto bien ha hecho desde su fundación en los comienzos del siglo XIX (1833). Convencidos de que sólo el cristianismo podía sacar adelante a la sociedad que tantos males sufría, hicieron y hacen que el amor afectivo se convierta en amor efectivo al servicio de los pobres, emprendido con alegría, coraje y constancia, satisfaciendo las necesidades materiales junto con las espirituales. Sintiendo los problemas como suyos propios, quieren participar en "la Iglesia de todos que quiere ser particularmente, la Iglesia de los Pobres".

Para que su labor, a la vez caritativa y social, sea verdaderamente eficaz, los vicentinos no intervienen de una manera intermitente sino que tratan de paliar los problemas hasta que éstos quedan completamente resueltos, haciendo suyos sus sufrimientos como si de algo personal se tratara, razón de ser de los vicentinos. Colaboran con los poderes públicos y con las corporaciones locales con el propósito de que vayan evolucionando hacia la justicia social y disminuyan las miserias humanas. También están atentos a las víctimas de la violencia, de la opresión, pretendiendo ser "voz de los que no la tienen", defendiendo la dignidad del hombre a través de los derechos humanos.

Practican una caridad de proximidad por medio de un contacto personal. No sólo están a su servicio sino que tratan de compartir con ellos todo. Sus actividades son múltiples, pretendiendo adaptarlas a los momentos de necesidad más urgente como son: alfabetización, visita a los hospitales, enfermos mentales, orfanatos, drogadicción, enfermos de Sida, campamentos de verano, socorros materiales a familias en dificultad, atención al Tercer Mundo, comedores de transeúntes, parados, Parroquias urbanas y rurales, colegios, prisiones y un largo etc., cualquier miseria o necesidad no puede pasar desapercibida. Y todo ello, con objetivos muy claros de aportar amistad, sostén espiritual, ayuda moral y material a las personas en dificultad sobre todo a los más débiles. Se puede decir que no hay necesidad que los vicentinos no puedan y deban compartir.

Su compromiso en la acción se fundamenta en una vida espiritual densa y profunda, es más, la necesitan para llevar a cabo tan hermosa obra. La identidad se ve reflejada en estas dos dimensiones: unir la acción a la oración sin descuidar ninguna. Cada CONFERENCIA auténtica es a la vez "UN ORATORIO Y UN LABORATORIO DE CARIDAD" Inventan los medios propios allí donde ejercen una caridad de proximidad con los pobres que ayudan. Su servicio no es un servicio junto a los pobres, sino un servicio con ellos. Lo específico del servicio vicentino es la espiritualidad en la acción.

Sus preguntas constantes son: ¿Qué es la fe sin obras? ¿Qué sería la fe de los vicentinos sin los servicios que la acompañan? He aquí un proyecto GRANDE apto para hoy y posible de ser vivido.

¿Qué razones de peso moral legitiman a los vicentinos hoy? Desde mi punto de vista es "LA OFERTA DIFERENCIAL:" Una manera específica de evangelizar, de ver y de servir corporal y espiritualmente al POBRE, sacramento de Cristo, dando respuesta a su vocación cristiana. Es la consecuencia lógica y necesaria de haber optado por seguir fieles a Cristo desde la condición de bautizados en un estado seglar, servidor y evangelizador de los pobres y que busca compartir los bienes de la tierra con los hermanos de una misma familia, y que odia la injusticia, la insolidaridad y la opresión; el documento de la Iglesia y los Pobres dice: *"Los seguidores de Jesús debemos dejarnos mover, inspirar y orientar por el Espíritu Santo, si queremos vivir, crecer y madurar como cristianos, llamados a la perfección de la santidad. Por lo mismo nos sentimos misioneros de la misión principal de Cristo, que fue y sigue siendo en nosotros la de anunciar el Evangelio a los Pobres, liberar a los oprimidos y curar a los enfermos"*

II. RECREAR LAS CONFERENCIAS

Ofertar, en estos momentos críticos por los que pasan las Instituciones de la Iglesia, una Sociedad con garra que esté segura de tener una vocación de prolongarse en la Historia, es una necesidad urgente. La postura de Federico Ozanam respecto a su confianza en el futuro nos lo hace, curiosamente, más cercano a la sensibilidad, en estos días.

Las Conferencias de San Vicente de Paúl están siendo, durante estos últimos años, objeto de una autocrítica que les conduzca a una revitalización, a una re-creación. Exponente de ello son las distintas jornadas de Estudio que se vienen celebrando. Una y otra vez retoman el tema. En 1986 durante el mes de octubre, en Canarias, se dijo: *"La revitalización tiene que contemplar la necesaria renovación espiritual de cada uno de los miembros de la Conferencia y la renovación del acercamiento generoso a los necesitados"*

Año tras año los temas son sugerentes, tales como "LAS CONFERENCIAS EN MARCHA", en Barcelona, e "IDENTIDAD Y CRECIMIENTO", en Granada, etc...

¿Cómo se entiende esta nueva recreación? La posibilidad de recrear la Sociedad de San Vicente es un gran RETO. Recrear es un vocablo comprometido. No es crear de nuevo, no es fundar, no se parte de cero. Esta palabra tiene un sentido muy dinámico, que moviliza y da sentido, no consiste únicamente en avivar sentimientos o afanes que se mantuvieron desde los comienzos. Recrear significa, más bien, una transformación de esquemas, mentalidades e incluso motivaciones teológicas o religiosas, que acompaña en el acontecer histórico e impulsa en la acción.

Al recrear no se debe olvidar el pasado, sino que valorando lo anterior, es necesario buscar un "cambio" que permita dar respuesta a la nueva situación preparándose para afrontar nuevos desafíos. Un cambio que lleva a situarse como un grupo significativo y provocador en una sociedad que se está articulando, y de la cual forman parte.

Recrear una Institución conlleva el compromiso de ser capaces de crecer, florecer y dar frutos (en un ambiente más bien desfavorable) sobre presupuestos evangélicos, en medio de un mundo plural, que empezó su andadura en momentos y eventos históricos muy diferentes a lo actual. Recrear es también sentirse llamados a ser profetas en medio de una gran inestabilidad en todos los sectores. Este cambio solo será posible con la fuerza interior del Espíritu, teniendo fe en el Señor Jesús que nos ama profundamente, que camina con nosotros y nos comunica su vida, su fuerza, su paz, su alegría. Hay que creer en la presencia del Señor viviente que camina con nosotros y ha querido ser espíritu vivificante (I Cor. 15, 45.) Este mismo Espíritu prendió, un día, la llama de amor en Federico Ozanam y hoy nos interpela, nos empuja y nos convoca para inyectar e impulsar nuestro actuar. Para recrear, es así mismo imprescindible, estar en perfecta comunión con el espíritu del fundador, respondiendo a la fuerza creadora que encierra su inspiración, intentando escuchar las nuevas llamadas de los pobres, abriéndose a las realidades nuevas en que viven "nuestros clientes", "nuestros amos y señores" en frase de S. Vicente de Paúl y que hace suya Federico Ozanam, de manera que, enriqueciendo el carisma, podamos prolongarlo en la historia.

Al pensar en la recreación, creo que el camino más certero es el que lleve a pensar en un profundo cambio, en un salir de sí mismo y... "dejando a un lado lo que queda atrás mirar hacia el futuro..." (Filipenses 3, 14). Es un que hacer de todos, yo diría más, de cada uno, para llegar a realizar un cambio de estilo de vida, a pesar de lo que conlleva de inseguridad, desconcierto y suspense ante lo venidero y desconocido.

La recreación es urgente en unos momentos en que la pobreza, la miseria y las carencias espirituales alcanzan cotas de profunda gravedad. Los pobres también hoy como ayer son noticia. Miles de personas sufren y mueren ante nuestros ojos. Ahí tenemos a Cristo sufriendo, en los pobres, en los pueblos de Ruanda, Burundi, Argelia, Zaire, Serbia, China y un largo etc. En casi todos los países es un desafío diario para la entrega y el servicio ir descubriendo las nuevas formas y bolsas de pobreza que desgraciadamente cada vez son más abundantes. Está comprobado que se ensancha el abismo entre los pueblos del Norte y del Sur: "*Donde multitud de hombres y mujeres viven en absoluta indigencia.*"

Conviene tener presente que cada año mueren de hambre en el mundo 40 millones de personas, 100.000 cada día, de los cuales 35.000 son menores de 5 años. En la actualidad existen 1.300 millones de pobres, 1.200 sin acceso a ningún servicio de salud ni al agua potable, los cuales representan un elevadísimo porcentaje de la población mundial.

En España existen más de ocho millones de pobres de los que casi la mitad se encuentran en situación de pobreza crítica, y mientras esto ocurre, mientras que unos no disponen de mínimos, otros, muy pocos, nadan en la abundancia. Una minoría, el 14 % de la humanidad, está instalada en la "cultura de la satisfacción" producida por la sociedad de consumo, mientras que la gran mayoría de los habitantes del planeta están sometidos a la dictadura de la pobreza.

Ante la situación mundial, los socios de las Conferencias han tomado conciencia de la necesidad de solidaridad del planeta, tanto dentro del país, en su entorno, como en el seno de las organizaciones internacionales con las cuales trabajan. Se han comprometido, de una forma muy directa, con los países del Tercer Mundo, donde las Conferencias han abierto sus puertas de acción, ubicándose en estos territorios con proyectos concretos de evangelización y de ayuda económica. También se esfuerzan en la lucha contra el derroche y el despilfarro, en actitud de denuncia, tomando conciencia del pecado colectivo del siglo, como lo ha calificado Juan Pablo II "el pecado de las Estructuras," que enriquece a unos mientras que otros se empobrecen cada vez más. Hay que tener claro que esta solidaridad

que practican los vicentinos no debe ser paternalista, egoísmo de grupo o algo que tranquiliza la conciencia, sino una solidaridad que sirve para llegar a la convicción de que cada ser humano debe sentirse responsable de todos los demás, concepto por otra parte muy antiguo. Ya desde el siglo II Terencio escribió: "Hombre soy y nada de lo humano puede resultarme ajeno"

Su solidaridad debe guiarles desde el sentimiento a la acción radical yendo a las raíces, a las causas de la injusticia, trabajando en un triple sentido: la asistencia, la promoción y la transformación de las estructuras como culmen de las dos anteriores. Porque no es suficiente dar de comer o proporcionar un trabajo inmediato. "San Vicente preferirá siempre el trabajo a la limosna que envilece a los pobres de su tiempo." Hace falta además una implicación desde esferas políticas para acabar con las estructuras injustas. La ceguera y el olvido de las injusticias que rodean a muchos seres humanos hace que persista una gran desproporción entre los análisis acerca de la pobreza y la formulación de propuestas para erradicarla.

"Solidaridad es hacer suya la deuda del otro o el problema del otro, las esperanzas y desencantos del otro, es no pasar de largo ante el herido ni encogerse de hombros ante el hermano; es esforzarse por comprender y ayudar a los demás"

Alguien dijo: "levantar nuevas plantas donde solo existen solares". No se puede seguir con los planteamientos de siempre, ha cambiado el escenario y esto nos urge a realizar cosas distintas. Las acciones de denuncia y presión sobre las estructuras y medios de comunicación social, están dentro de nuestro deber de profetismo, anunciar y denunciar para que resplandezca la justicia a través de la caridad. Ozanam decía: *"Que la Caridad complete lo que la justicia por sí sola no puede conseguir."*

Una sociedad de Caridad nunca agotará su finalidad realizando tareas asistenciales, por numerosas que estas sean, ni siquiera serán suficientes las tareas de promoción humana, sino que deberá plantearse la reforma de estructuras injustas.

En este intento de RECREACION de las Conferencias y en la búsqueda de la IDENTIDAD, también habría que tener en cuenta algunos obstáculos, riesgos y peligros que pueden aparecer y actuar de frenos a la hora de una "puesta a punto", como sería aferrarse a lo ya establecido, ¿qué sucederá si no se hace la visita a domicilio como se hizo siempre? Hay que valorar la tradición, sí, pero sin exclusivismos, mirando al futuro con perspectivas providencialistas.

O el peligro de tomar el trabajo como algo asistencial, supliendo una carencia, sin llegar a la promoción. También se podría llegar a realizar la actividad como un "hobby" sin más, porque está de moda el voluntariado, sin hondura y sin intentar descubrir el cambio estructural.

III. POTENCIAR LA VIVENCIA DE LA OPCION CRISTIANA

Como elemento esencial para llegar a una verdadera RECREACION de la Sociedad de San Vicente de Paúl, habría que potenciar una mayor vivencia de la "opción cristiana" y no solo de un modo individual, sino con una dimensión comunitaria. Vivir la fe en comunidad, dejarse vivificar por Cristo, para que en la práctica del día a día hagamos de El la vida de nuestra vida.

Cuando en el Bautismo se nos dijo: "Yo te bautizo", quedamos injertados en la vida de Cristo, hijo de Dios, nacido de María, que por su muerte y resurrección ha realizado la salvación del mundo.

Al hablar de la incorporación a la vida de Cristo por el Bautismo estamos diciendo: encuentro personal con Él, llamada de Jesús y respuesta gozosa. Hemos encontrado al Mesías, al Salvador del mundo, y hemos experimentado que Él es el Maestro, el modelo de vida. El bautizado convierte a Cristo en el centro de su historia personal. "No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí" (Gál. 2, 20)

En la doctrina de Juan, en su Evangelio, está muy clara la intencionalidad de Jesús respecto al cristiano: quiere que vivamos con Él en plena comunión. "Permaneced en mi amor." Se compara a sí mismo con la vid y a los discípulos con los sarmientos.

Y para dar fruto y ser capaces de actuar, debe circular por su vida la misma savia de Cristo. "Sin mí no podéis hacer nada" Sin comunión con Jesús no puede haber vida de fe, ni testimonio evangélico, ni acción caritativa verdadera.

El elemento de la vida cristiana no es la creencia en una doctrina, ni el cumplimiento de unas normas, ni la pertenencia a una Institución, ni el desarrollo de una práctica de culto. El centro de la vida cristiana es: La adhesión personal a Jesucristo como revelación de Dios y armonizar la vida personal uniendo las convicciones de fe con las actuaciones cotidianas. En todo lo que se piense y se decida, lo que se desee, diga y haga, el cristiano tiene que tener a Jesús como luz que orienta y guía que conduce. Vivir la vida realmente en una mística cristiana es regirse por los criterios de Cristo, tomarle como Maestro de vida, estar siempre con Él, acompañado por Él y acompañante de Él, dando a la vida la dimensión de una comprometida peregrinación en la fe, la esperanza y la caridad.

O reconstruimos la vida cristiana sobre el ejercicio de la experiencia personal de la fe o no podemos seguir siendo cristianos. "Una fe solo heredada, pasiva, termina en indiferencia en las personas cultas o en superstición en las personas sencillas:" (Cardenal Newman). "El cristiano de mañana será místico o no será cristiano" (Rahner)

Al incorporarse a la vida de Cristo por el Bautismo, el cristiano se hace hijo en el Hijo, y por tanto participa en la vida trinitaria de Dios, y la acción del Espíritu actúa en él. Al mismo tiempo queda consagrado con la triple dimensión de sacerdote, profeta y rey.

Una vez que Jesús ha muerto y resucitado queda constituido en Sumo Sacerdote por el ofrecimiento de su propia VIDA al Padre, mediador entre Dios y los hombres.

El cristiano, que participa del sacerdocio común, da culto al Padre y Cristo se hace presente en todo, a través de la oración, en el apostolado, en el sufrimiento, en la entrega, en la convivencia familiar y social, y sobre todo en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía, particular y privilegiado momento expresivo y celebrativo. Es la comunión perfecta con Cristo en su vida. "Yo vivo por el Padre y del mismo modo, el que me come, vivirá por mí. El que come mi Carne y bebe mi Sangre habita en mí y yo en él".

Por el profetismo estamos llamados al anuncio de Cristo, su acción salvadora en la historia. Y esto por medio de la palabra, pero sobre todo por el testimonio de vida desde el lugar que cada uno le toque vivir. El que está unido a Cristo se va conformando a Él, se hace anuncio suyo para los demás, "seréis mis testigos, mensajeros de mi vida, sacramento de mi persona..."

Y este vivir con Cristo no es algo momentáneo y transitorio sino es una orientación permanente, una constante, una armonía existencial. Al tener a Jesús como camino, verdad y vida, cada decisión puntual, cada acto concreto, cada decisión interpersonal debe estar presidida por esa opción fundamental y permanente que compromete toda la existencia. Si hemos sido elegidos y ha habido una respuesta, el cristiano debe ser en el mundo y para los demás testimonio viviente del propio Cristo con todo su bagaje personal que cuestione al mundo.

Y la actuación como reyes requiere una misión de caridad. Intentar que la justicia y la solidaridad y el amor cale en las personas y el mundo entero. Luchar por el desarrollo de los pueblos, el desarraigo de la pobreza es responsabilidad de todo ciudadano, sobre todo del cristiano, que se siente rey. Las exigencias cristianas comprometen en toda la problemática de las obras de caridad, particularmente las que se acercan a la miseria y a los necesitados, comprometiendo su condición y asumiendo la solución de los problemas como si se tratasen de los personales. Pensando en utopía, se debería vivir con los pobres, compartir su existencia para poder comprenderlos mejor, aunque nunca sería total, porque no partimos "de cero:"

Por último, no hay que olvidar que esta vivencia cristiana tiene un intrínseco componente comunitario. "El encuentro y la vivencia con Jesús acontece en el ámbito de la comunidad eclesial. Esta realización y maduración de la vivencia eclesial, tiene lugar en la "vida asociativa" (movimientos eclesiales) como lugar de experiencia y compromiso comunitario de maduración en la fe, de solidaridad humana"

Las Conferencias, pues, son el lugar donde los vicentinos deben vivir la experiencia cristiana de su opción por Cristo que les llevará al encuentro con ese mismo Cristo sufriente en los pobres. Se trata de reunirse bajo la convocatoria del Espíritu formando comunidades cristianas auténticas. Fraternidades en comunión entre sí, movidas por la misma profesión de fe, guiadas por el carisma de la Caridad, en perfecto diálogo y colaboración, y respetando la diversidad de los miembros que la componen.

IV. DESAFIOS DE LA SOCIEDAD ACTUAL

La Sociedad de San Vicente de Paúl está llamada, hoy, a inyectar una vigorosa espiritualidad vicenciana en una sociedad que ha sido revolucionada por la Ciencia y por la Técnica y a la que, ambas, han conducido a un proceso deshumanizador. Desde Federico Ozanam a nuestros días, el mundo ha dado un giro copernicano. El progreso y la tecnología parecía, a principio de siglo, que iban a ser la panacea y por consiguiente paliarían todo tipo de miseria, pobreza y demás males que atacaban a la humanidad. La esperanza en el porvenir reinaba en todos los ambientes. La realidad ha demostrado que ha sido todo lo contrario. Parte de la ciencia se volvió contra el hombre, convertida en mortíferas bombas o en sofisticadas crueldades, lo cual obligó a las Naciones a realizar ingentes gastos que restaron al bienestar social.

A raíz de estas realidades se dejó de hablar de progreso para caer en una filosofía del pesimismo, llegando Jean Paul Sartre, filósofo existencialista, a decir: "el hombre nace sin razón, se prolonga por debilidad y muere por aburrimiento". Nuestro mundo, y nosotros con él, se va introduciendo en un sistema materializado, donde sólo lo útil tiene sentido, sólo el gozar, la comodidad, la competencia es lo que más interesa. Todo lo que es gratuito, la heroicidad, el gastarse y desgastarse de San Pablo, pasó a ser como "un fósil de museo:" De tal forma que llega a extrañar la delicadeza, el ceder el paso, dejar un asiento o el decir simplemente ¡gracias!

Por otra parte vivimos en una sociedad de "cambios acelerados" en todas las áreas sin dejarnos tiempo para asimilar. Apenas nace una filosofía cuando ya aparece la siguiente. No da lugar a dejar "poso" donde fundamentar las experiencias. Cambios de residencia, de trabajo, de pareja, de relaciones de todo tipo. Las rupturas son abundantes porque la superficialidad de las relaciones las convierten en temporales, nada parece definitivo, los valores cambian dejando espacios vacíos sin producir raíces y, no cabe duda, que esto llega a producir vértigo, inseguridad, desorientación y a veces puede rayar en la neurosis.

Con estos presupuestos hay que contar a la hora de ponerse en MARCHA. Es un RETO nada fácil en el "modus vivendi" actual donde nos quedan pocas cosas por saber y muchas por hacer. No hay que ocultar el gran esfuerzo que continuamente hay que estar realizando para eludir la gran presión e innumerables mensajes que nos llegan y nos aturden. Vientos nuevos se acercan en la historia, por ello debemos dar una gran intensidad al presente ya que el futuro se contempla como algo muy incierto. No hay duda que estamos en una sociedad de riesgo, de gran diversidad y enormes diferencias. Por eso uno de los RETOS más inmediatos podría ser el cambiar los modos de acercamiento a los POBRES. El reto nos exige un discernimiento: buscar y afrontar nuevas situaciones. No hay que bloquearse en formas del pasado que pueden llevar a instalarse en la rutina, realizando la visita a domicilio amparados en una seguridad ya conocida y experimentada. Hoy día no se les puede buscar solo en sus domicilios, sino en los múltiples lugares donde realizan sus actividades. La casa, el domicilio, ya no suele ser siempre el lugar de vida, el pobre vive en la calle, en los bancos de los grandes parques y jardines, en los pasillos del METRO, en la "casa pensión", "ciudades dormitorio", etc. La actividad de la Sociedad de San Vicente de Paúl debería apostar por la lucha contra la pobreza, contra las estructuras, ser "la voz de los sin voz:" Por supuesto no descarto la asistencia personal, el contacto directo con el hermano necesitado, con el que sufre cualquier deficiencia, algo tan esencial en esta Sociedad de San Vicente de Paúl. Me refiero al modo y lugar de realizar estos contactos personales. Por otra parte hay que tener muy presente el consejo repetido de Federico Ozanam: LA VISITA DEBE SER UN MEDIO PERO NO UN FIN.

Hay que dejar al espíritu que sople donde quiera y cuando quiera, estando atentos a las nuevas formas de servicio. El vicentino debe estar en continuo dinamismo, potenciar la creatividad para descubrir las nuevas formas de pobreza y nuevas posibilidades de acción. La voz de Dios se manifiesta en los "signos de los tiempos" e interpela y compromete. A nosotros nos toca hacer la historia colaborando con Dios por la vía del compromiso.

En cada momento histórico hay que ubicarse en el espacio temporal donde nos encontramos. A veces invade la tentación de reproducir lo sabido, lo de siempre. En este tiempo en que todo pasa y nada permanece, se corre el riesgo de "PASARSE DE CADUCIDAD:"

Otro Reto al que me parece hay que dar prioridad y dirigir todas las fuerzas es recuperar de una manera definitiva, el lugar que corresponde al seglar dentro de la comunidad eclesial. Sin menoscabo de la vida consagrada o del ministerio sacerdotal, determinar la misión que le corresponde a cada uno. Un buen discernimiento puede asegurar la mayoría de edad del cristiano seglar. La jerarquía sacerdotal tiene sus funciones: el sacerdocio ministerial.

Pero el espíritu de Dios se derrama sobre toda la comunidad. El seglar más insignificante puede ser voz de Dios para otros. Estoy plenamente convencida de que la era del seglar la estamos viviendo y, ¡ojalá!, se haga extensible de una manera definitiva. La secularidad, y no el secularismo, va tomando cuerpo, de una manera específica dentro del sentir eclesial. Por ello debernos sentirnos contentos todos los que estamos embarcados en el mismo evento y no defraudar ante el descubrimiento de lo bueno del mundo que ha llevado a abrir los postigos de la secularización. Comprometernos con el mundo pero sin ser del mundo, siendo sacramento de lo que está más allá del REINO escatológico.

En este campo tienen el Reto de recuperar el carisma secular para el que fueron creados. De ellos depende, de su formación continua, de su fuerte vida espiritual, personal y comunitaria, de la profundidad en realizar los diferentes servicios con perspectivas de futuro, que la Iglesia ponga en sus manos parcelas que anteriormente estaban vetadas y

que eran exclusivas de la vida sacerdotal ministerial y de los consagrados. Hay que conseguir una integración en la comunidad eclesial sin celotipias entre quienes sirven al mismo Señor en la persona de los pobres. A veces, sorprende el escaso empeño por estar en relación, sin competencias ni descalificaciones. Seglares, religiosos, sacerdotes, todos están llamados a seguir a Cristo desde la perfección: "ser perfectos como mi Padre celestial es perfecto" (Mt. 5) Aunque cada uno elija diversos caminos que nunca deberían ser paralelos sino convergentes. Esta recuperación del quehacer laico, debe realizarse no solo por el reconocimiento eclesial, sino por un convencimiento personal asumido desde dentro, (porque a veces cuesta mucho romper moldes con lo ya establecido) por convicciones profundas capaces de cambio.

Por último quiero apuntar otro RETO: con imperativo categórico hay que ponerse en "red" con otras Instituciones. En primer lugar con la FAMILIA VICENCIA NA cuyo objetivo común es el servicio corporal y espiritual del POBRE, todos con un carisma secular fieles a su BAUTISMO. Todos embarcados en un proyecto común aun conservando cada grupo su IDENTIDAD diferencial. Yo me cuestiono: un potencial cualitativo y cuantitativo ¿cómo no aprovecharlo?

En la actualidad no se puede actuar en solitario. Urge cada vez más unir fuerzas ante el bagaje mundial que estamos barajando. Partimos de un presupuesto básico: la actividad mundial se mueve en procesos de interacciones múltiples. Hablar de acciones en red implica una revisión de estructuras organizativas eficaces que no aboquen al vacío. Debemos superar el pasado individualista cerrado, inmerso en su burbuja defensiva, para pasar al compromiso con la realidad circundante. No es bueno perderse en lamentaciones o análisis de los hechos y lacras sociales, sino que ha llegado la hora de salir de lo individual y conectar con organizaciones de todo tipo, humano, social, político, religioso, que nos puedan ayudar en nuestro empeño. La declaración final del Congreso Nacional de España sobre la pobreza de 1996 propone: "colaborar con otras organizaciones sociales, confesiones religiosas, instituciones públicas y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad en la lucha contra la miseria y en el trabajo en favor del desarrollo de los pueblos:"

Soy consciente de que estos planteamientos rayan, a veces, en la utopía y que no resulta fácil su realización en una sociedad carente de proyectos elevados, tanto personales como de carácter universal, tendentes, hoy, a refugiarse en parámetros de subjetividad. Pero el cristianismo es igual ayer que hoy y no sería tal si no estuviera cargado de ese tinte utópico que impulsa al hombre a metas elevadas. Tampoco olvidemos el principio activo de la fuerza del Espíritu que sigue actuando para que el REINO DE DIOS continúe construyéndose.